

VOLUMEN
60

Tulio **Febres** **Cordero**

Biblioteca
Biográfica
Venezolana

Ricardo Gil Otaiza



EL NACIONAL

BANCARIBE 

Ricardo Gil Otaiza

Mérida (1961). Es Profesor Titular de la Universidad de Los Andes, escritor y crítico literario. Es Farmacéutico, Magíster en Educación Superior, Mención Docencia Universitaria, Magíster en Gerencia Empresarial, Doctor en Ciencias de la Educación y Doctor en Educación, Mención Andragogía.

Entre sus obras se cuentan: *Espacio sin límite* (Novela, 1985), *Paraíso olvidado* (Cuentos, 1996), *Plantas usuales en la medicina popular venezolana* (Divulgación, 1997), *El otro lado de la pared* (Cuentos, 1998), *Corriente profunda* (Poesía, 1998), *Una línea indecisa* (Novela, 1999), *Breve diccionario de plantas medicinales* (Divulgación, 1999), *La universidad como proyecto de Estado. Misión y visión de la universidad autóctona venezolana* (Ensayo académico, 2000), *Manual del vencedor* (Poesía, 2001), *Hombre solitario* (Cuentos, 2002), *Herbolario tradicional venezolano* (Divulgación, 2003 y 2006), *En el tintero* Vols. 1 y 2 (Colección de ensayos, 2004), *Ser felices por siempre* (Ensayo, 2005), *Todos los libros estaban allí* (Ensayos de crítica y reflexión literaria, 2006), y *Perspectivas de la educación superior venezolana en un mundo globalizado* (Ensayo académico, 2007).

Es investigador activo reconocido por el SPI (PPI Nivel I en Ciencias Sociales). Recibió la *Orden Dr. Tulio Febres Cordero en su Primera Clase* (Asamblea Legislativa del Estado Mérida) y el *Premio Félix Adam* de la UNIEDPA (Panamá). Ha sido editor de la Revista de la Facultad de Farmacia de la Universidad de Los Andes y decano electo de la misma Facultad durante el período 2002–2005. Es columnista del diario *Frontera* de Mérida, columnista del diario *El Universal* de Caracas (eluniversal.com) y articulista de la revista virtual *Literarias Siglo XXI*. Es conferencista en las áreas de Etnobotánica, Gerencia Empresarial, Literatura y Educación Superior.

Biblioteca Biográfica Venezolana

Tulio **Febres Cordero**

BIBLIOTECA BIOGRÁFICA VENEZOLANA

Director: Simón Alberto Consalvi

Coordinador Editorial: Edgardo Mondolfi Gudat

Consejo Asesor

Ramón J. Velásquez

Eugenio Montejo

Carlos Hernández Delfino

Edgardo Mondolfi Gudat

Simón Alberto Consalvi

C.A. Editora El Nacional

Presidente Editor: Miguel Henrique Otero

Presidente Ejecutivo: Manuel Sucre

Editor Adjunto: Simón Alberto Consalvi

Gerente de Arte: Jaime Cruz

Gerencia Unidad de Nuevos Productos: Tatiana Iurkovic

Gerencia de Desarrollo de Nuevos Productos: Haisha Wahnón

Coordinación de Nuevos Productos: Yosira Sequera

Diseño Gráfico y realización de portada: 72 DPI

Fotografías: Cortesía de la Sala Febres Cordero de La Biblioteca Nacional, sede en Mérida (portada y p. 9)

Impresión: Editorial Arte

Distribución: El Nacional

Las entidades patrocinantes de la Biblioteca Biográfica Venezolana, Banco del Caribe y C.A. Editora El Nacional, no se hacen responsables de los puntos de vista expresados por los autores.

Depósito legal: If78920079201826

ISBN: 980-6518-56-X (O.C.)

ISBN: 978-980-395-142-9

Conversación con el lector

La Biblioteca Biográfica Venezolana es un proyecto de largo alcance, destinado a llenar un gran vacío en cuanto se refiere al conocimiento de innumerables personajes, bien se trate de actores políticos, intelectuales, artistas, científicos, o aquellos que desde diferentes posiciones se han perfilado a lo largo de nuestra historia. Este proyecto ha sido posible por la alianza cultural convenida entre el Banco del Caribe y el diario *El Nacional*, y el cual se inscribe dentro de las celebraciones del bicentenario de la Independencia de Venezuela, 1810-2010.

Es un tiempo propicio, por consiguiente, para intentar una colección que incorpore al mayor número de venezolanos y que sus vidas sean tratadas y difundidas de manera adecuada. Tanto el estilo de los autores a cargo de la colección, como la diversidad de los personajes que abarca, permite un ejercicio de interpretación de las distintas épocas, concebido todo ello en estilo accesible, tratado desde una perspectiva actual.

Al propiciar una colección con las particulares características que reviste la Biblioteca Biográfica Venezolana, el Banco del Caribe y el diario *El Nacional* buscan situar en el mapa las claves permanentes de lo que somos como nación. Se trata, en otras palabras, de asumir lo que un gran escritor, Augusto Mijares, definió como lo “afirmativo venezolano”. Al hacerlo, confiamos en lo mucho que esta iniciativa pueda significar como aporte a la cultura y al conocimiento de nuestra historia, en correspondencia con la preocupación permanente de ambas empresas en el ejercicio de su responsabilidad social.

Miguel Ignacio Purroy

Presidente del Banco del Caribe

Miguel Henrique Otero

Presidente Editor de *El Nacional*

1810 Bicentenario de la Independencia de Venezuela **2010**

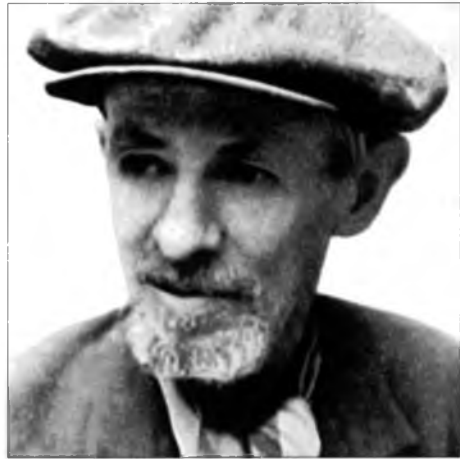
Tulio **Febres** **Cordero**

(1860-1938)

Ricardo Gil Otaiza

A la ciudad de Mérida

Un gran **des-conocido**



La vida de los grandes personajes de la historia resulta a menudo una caja de sorpresas. Es decir, tras ese halo en el que está envuelta la existencia de muchas figuras protagónicas, subyace toda una miríada de experiencias y de relaciones que la mayoría ignora. ¿Qué hace de un personaje ser el centro de la atención de la vida cultural de una ciudad para que, a fin de cuentas, todos desconozcamos en esencia su devenir histórico, y su inmenso legado? No lo sabemos, pero acercarnos a él, hurgar en sus escritos, leer a viva voz su pensamiento y sortear infinidad de situaciones para llegar a descubrir lo que en realidad fue e hizo, resulta ser tarea gratificante, y muchas veces conmovedora para un biógrafo. ¿Cómo acercarse, entonces, a un personaje que todos dicen conocer, pero al que a muy pocos les ha resultado “interesante” descubrir en toda su compleja identidad humana e intelectual? ¿Cómo abordar objetivamente la escritura acerca de un personaje cuya vida se ha transformado en un lugar común? ¿Cómo descubrir en sus páginas y en las de sus contemporáneos esos detalles, esa cotidianidad, para armar el difícil rompecabezas de su vida, cuando sobre él se ha escrito siempre lo mismo? Muchas interrogantes, sin duda, pero no nos queda más alternativa que

agregar otras, porque esa ha sido siempre el derrotero biográfico de ese gran des-conocido que se llamó Tulio Febres Cordero. Sobre él versan estas páginas.

La biografía que **jamás se escribió**

Biografiar a Don Tulio, así, a secas, al hombre descarnado, al ser físico y emocional, al intelectual por antonomasia, es tarea comprometedor, y al mismo tiempo fascinante. Fue sin duda un ser complejo, cuya pasión por su tierra merideña lo llevó a hacer de ella un universo de matices y de posibilidades estéticas, sin dejar de mirar al mundo como a un todo espectral. Pero, fundamentalmente, fue un adelantado a su tiempo, porque mientras su acuciosa presencia intentaba hurgar allí donde nacen las tradiciones y las leyendas de una región rica en imágenes y en tradición oral, su intelecto fue desgranando con paciencia y con rigurosidad toda esa vasta experiencia en textos sueltos y en libros que hoy fungen como testigos de una bella época, y como luces rojas que se encienden ante la devoradora plataforma de un “progreso” que paladinamente se ha olvidado del ser humano. Mientras por un lado a Don Tulio se le asocia de manera ineludible a *Las cinco águilas blancas*, por el otro, emerge de sus páginas como un autor prolijo, vasto, sensible, multifacético, cuya obra intenta afanosamente abarcar el mundo –su mundo–, como experiencia literaria y de vida.

Ardua experiencia intelectual y humana la que nos impusimos con este singular personaje merideño. Ardua, porque su trajinar no tuvo

reposo y sus intereses no siguieron una sola curva, sino que tras de sí quedan cientos de miles de páginas volcadas en géneros y en formas disímiles, como disímiles fueron también sus ángulos de hombre ilustrado, heredero de un linaje, fundador de una civilidad cuya génesis hoy se encuentra amalgamada con su ciudad. Si bien el biógrafo no tuvo que salir a la búsqueda del personaje por los caminos de un mundo desperdigado en pueblos y culturas, su tarea no tuvo reposo, porque el personaje hizo de su Mérida y de su región un denso entramado de claroscuros, que muchas veces lo ubicaron al pie de la Sierra Nevada; muchas otras, en la cima misma de la gélidas cumbres.

Sí, altos y bajos tuvo la longeva vida de Don Tulio. Saboreó las mieles del triunfo social y literario, fue reconocido en vida, sus congéneres lo convirtieron en una especie de oráculo viviente, de gurú, al que nada le podía ser indiferente; pero también sintió los ardores de un infierno terreno al que tuvo que enfrentarse con dignidad y empeño.

Paradójicamente, fue Don Tulio un incomprendido, un ser que tuvo que luchar contra la inmediatez de su entorno y de sus contemporáneos para erigir una obra que trascendió los límites de su tiempo histórico por acción de su mera persistencia vital. Muchos se refieren a su obra con un cierto desdén propio de aquellos que, en su infinita sapiencia, ignoran todo, creyendo ser el centro de una crítica metódica –sí–, pero desconocedora del alma y del sentir humano, también.

Precisamente allí es donde radica el interés de Don Tulio: el hombre y la mujer en su máxima expresión creadora. No se contentó con embriagarse en la lujuria de su exitosa y comentada obra literaria, en el regodeo en la palabra, en el reconocimiento social como miembro de un importante linaje, en el prestigio académico, o en el florilegio de un lenguaje que no le fue ajeno ni desconocido. No. Prefirió ante todo indagar con espíritu abierto y plural donde anida la esencia de un ser “condenado” a la introspección de sus emociones, por la lejanía geográfica. Prefirió invertir horas y horas de su tiempo en la investigación para recoger viejas tradiciones orales, que corrían peligro de extinguirse con el paso de los años. Buscó con afán hacer de su obra el

reflejo de un paisaje y de un pueblo que le fueron profundamente entrañables y necesarios.

Pudo Don Tulio buscar el camino fácil de la obra comercial, que lo acercara a los grandes centros del poder político y económico de la época, y sin embargo prefirió una vida de asceta, bajo la égida y el perfil de un llano profesor de provincia. Pudo participar en relucientes festines literarios y en maravillosos eventos parisinos, como hacían muchos de sus contemporáneos, y cuyas invitaciones le llegaban con frecuencia, pero prefirió quedarse en el silencio de su atronadora obra. Pudo Don Tulio aspirar aires europeos y lucir con orgullo su obra de la mano de los grandes de la época, como Unamuno, con quien mantenía dilatada relación epistolar, pero prefirió continuar de bajo perfil en una ciudad que sin duda le quedaba pequeña, pero que amaba como nadie la ha amado jamás. Don Tulio se quedó en Mérida, y con cada bocanada de aire que le llegaba gozosa desde las más altas cumbres de la Sierra Nevada, el escritor renovaba su fe en lo autóctono, en lo propio, como sellos indelebles marcados con fuego en su espíritu sensible y profundo.

Fue Don Tulio un escritor libre de los pesados fardos de las corrientes literarias de moda, o de deliberados esquemas minimalistas. Su interés fue siempre impactar de manera positiva todo aquello que brotaba de su tierra como un manantial, y que podría llevarse al papel para ser eternizado. Sus preocupaciones como creador e intelectual son básicamente las mismas del creador y del intelectual de hoy, lo que hace de su devenir una fuente permanente para la indagación histórica. Hasta sus trabajos acerca de las antiguas querellas entre Mérida y el Zulia por la posesión de tierras en la Costa Sur del Lago hoy cobran vigencia, a la luz del renacimiento del interés por dilucidar los linderos entre estas dos entidades. Su curiosidad intelectual no tuvo límites: se preocupó e interesó por asuntos triviales y domésticos, como el precio de la comercialización del café o del cacao, o el resguardar los nombres de las plazas y de los comercios de su época, pero también hizo suyos graves problemas planetarios, como la conta-

minación ambiental, la desglaciación, y la avasallante destrucción de bosques vírgenes, como ejemplos que ya veía como inmensos escollos para las venideras generaciones. Es decir, nos hallamos frente a un hombre profundamente consustanciado con su momento histórico, pero que jamás dejó de otear ese horizonte que a veces disfrutaba despejado, otras tantas, con oscuros nubarrones.

¿Qué le corresponde, entonces, al biógrafo ante tales circunstancias? Asumir el proceso sobre la base de un transitar caracterizado por una actitud de permanente cambio, de profusa indagación histórica, de una irreverencia “cult” y “erudita” ante lo establecido, de una creación que no siguió jamás los patrones y los clichés que los exegetas literarios de la época predicaban, pero que irónicamente burlaban. Don Tulio no quiso ser uno más del montón: esos que con poses de divos paseaban su petulancia alejados –eso sí– de una vocación y de un talento que al escritor merideño le sobran. Él no necesitó buscar lazarillos para seguir adelante con una obra *sui generis*, que estuvo signada, durante todo su largo proceso de formación, por lo que muchos de sus contemporáneos equivocadamente desdeñaban: pasión y amor por su terruño, y por su patria. Nadie (que tengamos referencia, por lo menos) ha investigado más y escrito tanto acerca de Mérida, como lo hizo Don Tulio Febres Cordero; he allí su referente obligado en todo aquello que tenga que ver con la denominada *merideñidad*.

Surge así una nueva preocupación: ¿cómo abordar la presente biografía sin caer en la tentación de la ficción y de la fábula, con un personaje que se ha ido transformando con el correr del tiempo en un mito, en un oráculo, en un “tótem” casi sagrado? La biografía es un género híbrido, en cuya estructura convergen otros, que hacen del todo una sólida amalgama. Es por ello que en una biografía encontramos datos históricos perfectamente contrastables y verificables, que deben estar tomados de fuentes primarias fidedignas y confiables; pero también hallamos, crónica, ensayo, tradición oral, empirismo y, sobre todo, “posteridad”, es decir, subjetividad. El biógrafo asume a su personaje con toda su historia a cuestas, con sus propias experiencias, con su cosmo-

visión, con sus propias y lógicas subjetividades. En la medida en que el texto va creciendo, en esa misma proporción lo hace el personaje. No obstante, el riesgo certero que se corre es que cuando el biógrafo abandona el texto porque considera que ya ha expuesto todo lo que tenía que decir, ahí no muere su personaje, porque su memoria va corriendo a través de los días, de los años y de los siglos, hasta fusionarse en el inconsciente del colectivo. El texto cierra su periplo, su *corpus*, pero el texto no es en sí el personaje, sino una filmación, una secuencia de fotografías de las etapas de su vida, de sus sueños, de sus frustraciones, de sus fracasos y de sus triunfos; pero una filmación y una secuencia de fotos en las que a veces el biógrafo aparece y desaparece haciendo las veces de un demiurgo, de un dador de vida, de una omnipresencia a veces necesaria, otras tantas deleznable.

Sobre Don Tulio se han escrito breves semblanzas que no han pasado de ser meros esbozos intelectuales; todos respetables y serios –ino faltaba más!–, pero incompletos. En todos esos bocetos biográficos aparecen siempre las mismas frases pasadas de generación en generación, los mismos elementos, las mismas “suposiciones”, que se asumen a ciegas para dar cumplida una necesaria entrada biográfica a un manual, a un catálogo, y a decenas de investigaciones académicas en torno a su obra. Una biografía como tal, jamás se ha escrito sobre el autor merideño. Es decir, y sin darle más vueltas al asunto, este libro que tiene el lector entre sus manos constituye la primera biografía completa que sobre Don Tulio Febres Cordero se haya escrito hasta el día de hoy. ¿Curioso, verdad? Él, que tanto amó a su ciudad y a su país, no ha tenido un biógrafo que se ocupe de su largo periplo vital. Qué le vamos hacer, la existencia es compleja y dentro de esa vastedad abundan los lugares comunes. Como en un mismo árbol podemos encontrar flores montadas sobre otras flores, racimos de racimos, y cosas por el estilo, en estas tareas biográficas abunda la reiteración, sin que alguien se pregunte alguna vez qué habrá más allá de lo obvio.

Para el biógrafo, el personaje es también un extraordinario descubrimiento. Tal vez el respirar el mismo aire que alguna vez respiró

Don Tulio, el ver cada día las mismas montañas, el pasearse por una avenida epónima, o el visitar bibliotecas epónimas, también hace que uno caiga en ese lugar común, y lo árboles y la misma sierra te impiden atisbar más allá, donde anida la incertidumbre. Somos cómodos, nos gusta la impronta de lo conocido, de lo sabido, pero... cuánto nos cuesta el intentar romper con los cartabones mentales que nos han colgado desde las edades más tiernas. Es entonces cuando despiertas y hallas certezas, pero también gigantescas interrogantes difíciles de responder. Ante el Don Tulio histórico, perfectamente reseñado en diccionarios y en manuales de historia, se erige el otro: el desconocido, el hombre mortal, el hijo, el esposo, el padre y el ciudadano, ante quien no queda otra alternativa sino asombrarse. Resulta que el hombre finito es tan inmortal como el intelectual y el creador literario, y ante ello la mente y el corazón se conmueven.

Cuando comenzamos a dar los primeros pasos en la indagación de las fuentes que refirieran al personaje nos topamos con un libro -entre muchos otros- que es ya un clásico de su género, *Historia de Mérida*, de Carlos Chabauld Zerpa. Lo traemos a colación porque una frase hallada en él nos marcó profundamente el derrotero desde entonces: "...la biografía completa y la estatua consagratoria, que los merideños le deben a este ilustre coterráneo, no han pasado de ser vanas iniciativas fugaces". Dejemos, pues, que Don Tulio nos hable desde la compleja versatilidad de sus escritos sueltos y de su copiosa bibliografía. Mientras tanto, algún escultor a lo mejor se "apiada" de su exigua figura cervantina y nos lo entrega completo y de pie, o tal vez sentado escribiendo, como de seguro trascurrieron sus largos y portentosos años de exilio en su propia y muy amada ciudad natal.

Cinco águilas blancas **y un epitafio**

Lo primero que se atisba en la parte central de los dos arcos que dan entrada al viejo cementerio de la ciudad de Mérida, y que llama poderosamente la atención del visitante, es la frase latina *Hodie mini cras tibi*, que llevada a la lengua española resulta ser la sabia y no menos espeluznante sentencia: *Hoy por mi mañana por ti*. Sí, en el campamento ubicado en el populoso barrio del Espejo, dispuesto a orillas de la barranca del río Chama, dividido artificialmente por el templo en honor de la *Virgen del Espejo* aparecida en el mismo sitio, se halla sepultado Don Tulio Antonio Febres Cordero Troconis (Mérida, 31.5.1860 - Mérida, 3.6.1938). Una larga avenida, que otrora estuviera vigilada por decenas de altísimos árboles (tal vez cipreses) que parecían callados centinelas apostados a la vera del camino, conduce al panteón familiar de los Febres Cordero, que se encuentra precisamente junto al de los Parra, donde yace sepultado el también eminente escritor, nacido en Mucuchíes, Pedro María Parra (1870-1945), autor de la *Lugareña*. Antes de finalizar el recorrido, a escasos veinte pasos peatonales –diecisiete para ser exactos–, de la tumba de Don Tulio, se encuentra el mausoleo de otro grande de las letras venezolanas: Mariano Picón Salas (1901-1965).

No sabemos si tal situación es producto de la mera coincidencia, o el resultado de actos deliberados de los familiares de los ilustres huéspedes de aquel camposanto, pero en un perímetro no mayor a los diez metros cuadrados, aproximadamente, en el cementerio de “abajo” (como suele llamársele a su porción del costado izquierdo, o sur), yacen sepultadas esas tres relevantes figuras de las letras merideñas y nacionales. Paradójicamente, mientras Picón Salas representa una universalidad erigida bajo la premisa del viaje constante y permanente en pos de la diversidad del mundo como escuela, la de Febres Cordero y Pedro María Parra, no tanto; ellos prefirieron quedarse en su lar nativo, saborear hasta sus últimos momentos los claroscuros de una ciudad y de una región, sin más pretensiones que el desentrañar las “certezas” de sus propias existencias, que se hacían más universales a medida que se agigantaban sus obras. En el caso que nos ocupa, en Don Tulio hallamos numerosos elementos que nos permiten recomponer con precisión su largo periplo vital, sólo que hacerlo bajo la premisa de un escritor localista, fuertemente enraizado en sus costumbres y en las tradiciones andinas, como suele encasillársele para resolver de un plumazo una entrada biográfica, es sesgar de manera flagrante su portentosa vitalidad, no sólo como creador en los más disímiles géneros literarios, sino como ciudadano profundamente ganado a sus contemporáneos, y a su tiempo histórico.

Los merideños se apostaron aquella noche del 3 de junio del año 1938 en los predios de la casona paterna, que servía de hogar al escritor merideño, y en la que había nacido, ubicada en la esquina del Centenario, en la avenida 3 Independencia con calle 19 Cerrada, a cuatro cuadras apenas de la Plaza Bolívar, en pleno corazón de la ciudad de Mérida. No hubo una personalidad, o un simple hombre del pueblo, que no se sintiera impelido a darle el último adiós a Don Tulio. Contaba con 78 años de edad cuando expiró el ilustre hombre, siendo las 10 y 30 minutos de la noche. Y a pesar de formar parte del gran linaje de origen canario de los Febres Cordero (cuyos albores se pierden por allá en el siglo XII, cuando Guilles La Fevre –Guillén de Febres– natural de

Flandes y gobernador de la Isla de Hierro, se erigió en piedra fundacional de una casta desperdigada por todos los continentes), su nombre exudaba aires de pueblo, y cada cual lo sentía como suyo.

Todos querían entrar al recinto donde la desmirriada figura de un Don Tulio ganado en años –muchos más de los que contaba–, se hallaba en capilla ardiente desde hacía tres noches. Mérida, su amada ciudad, lucía ese 6 de junio toda la magnificencia de una sierra nevada rebosante en belleza, y ese frío altanero fue signo premonitorio de lo que habría de venir. Quienes no pudieron asistir al velorio del “patriarca”, como por respeto y consideración se le endilgaba, veían pasar con pesadumbre el cortejo fúnebre desde la *Calle de la Igualdad* hacia el camposanto. Los hombres se quitaban el sombrero en señal de respeto ante el paso de la lenta procesión, encabezada por las dignidades eclesiásticas y lo más graneado de la vetusta sociedad emeritense, y en sus rostros se podía descubrir el dolor ante la pérdida de uno de sus más grandes e ilustres hombres.

La simpatía hacia Don Tulio por parte de los merideños no partía sólo del hecho –por demás relevante y significativo– de ser el más conspicuo representante de una intelectualidad fuertemente comprometida con su sociedad y su tiempo, sino también por haber sido fiel exponente de unos valores familiares y personales que fusionaban (por decirlo de alguna manera) el ideario de hombre moral y limpio y, por supuesto, el del país anhelado por todos. Don Tulio había fundado una familia al lado de su eterna compañera, Teresa Carnevali Briceño, donde lo que se predicaba con las palabras se patentizaba en los hechos. De aquella unión nacieron seis hijos: Ana Josefa, María Teresa, Tulio Antonio, José de Jesús, Mercedes del Corazón de Jesús y José Rafael, y aunque ninguno de ellos siguió estrictamente el camino literario del padre, en el sentido de la creación a través de disímiles géneros, José Rafael, el menor de sus hijos y connotado intelectual, se preocupó siempre por el destino de los papeles del padre y logró compilar ingente material que posteriormente fuera donado, junto con el de Don Tulio, a la nación venezolana, para su guarda y

ulterior estudio. Hoy por hoy la colección hemerográfica del escritor merideño es una de las más copiosas e importantes de finales del siglo XIX y de la primera mitad del siglo XX venezolano, y en ella se pueden desentrañar las huellas de un pasado no tan feliz de los predios andinos.

Es importante señalar (como se detallará más adelante) que la obra literaria, periodística y conservacionista de Don Tulio no se fundamenta sobre la base de un análisis político del difícil entorno regional y nacional que le correspondió vivir, cuestión que detestaba. Sus afanes estuvieron volcados hacia la profundización del Ser merideño y venezolano, como una manera de participar activamente en la construcción de un ideario nacional sustentado en valores. Algunos críticos señalan con sorna el contacto que tuvo Don Tulio con el poder local y nacional, como queriendo con ello desmontar su discurso por la vía del mentís real. No obstante, conocemos de sobra cómo los hombres de poder buscan con denodado interés acercarse a los intelectuales, en un esfuerzo vano (en algunas circunstancias, por supuesto) por acallar las voces de la disidencia y de la denuncia. En el caso que nos ocupa, el “acercamiento” (que no fue tal como se piensa) de Don Tulio a hombres como Cipriano Castro o Eleazar López Contreras, estuvo signado por una relación directa con su obra literaria, que a medida que se hacía vasta e impactante, ampliaba sus horizontes regionales y nacionales y, como es de suponer, ello implicaba mayores contactos, relaciones, simpatías y un gran respeto personal e intelectual.

Como anécdota se nos cuenta que en un viaje del general Eleazar López Contreras a la ciudad de Mérida, visitó a Don Tulio, y en medio de la conversación el Presidente le propuso al escritor que se encargara del Ministerio de Educación. Don Tulio vaciló unos segundos y luego le manifestó al General que aceptaba sólo con una condición: “que despachara desde la ciudad de Mérida”. Como se puede deducir, la respuesta del autor al Presidente deja claramente establecido su desapego al poder político, ya que atender un Ministerio de ese calibre, desde una ciudad como la Mérida de entonces, era menos que imposi-

ble, y eso lo sabía de sobra nuestro biografiado. Tal contrapropuesta la hizo Don Tulio como una forma elegante de rechazar las pretensiones del Presidente, ya que perfectamente pudo haber aceptado mudarse a Caracas y residenciarse en casa de Antonio, su hermano, quien vivía en la capital.

La animadversión que sentía Don Tulio por la política no lo transformó en un lacayo de los gobiernos de turno, o en una eminencia gris callada y sumisa frente a los acontecimientos que desfilaban ante sus ojos. Muchas veces su pluma se levantó contra la opinión del mismo gobierno o de sus contemporáneos. A través de sus artículos, publicados regionalmente en su misma imprenta, o en la prensa de otros estados –y de la misma capital–, fustigaba lo que consideraba atentatorio contra la salud de la República. Resultó relevante y polémica su posición en torno a la invocación a comienzos del siglo XX de la *Doctrina Monroe*, en el inminente asentamiento permanente de las armadas de Inglaterra y Alemania en nuestro territorio, estando el general Cipriano Castro en el poder.

Veía Don Tulio en la *Doctrina Monroe* un instrumento legal del colonialismo yanqui que sólo buscaba ampliar sus fronteras en detrimento de las naciones más débiles. Utilizando como excusa el rechazo a cualquier tipo de intervención europea en los asuntos del continente americano “Los yanquis pretenden monroizar la América Latina”, expuso Don Tulio en su texto. Recordemos que el artífice de la citada doctrina era James Monroe (1751-1831), político y Presidente de los Estados Unidos en dos períodos consecutivos, y con su posición respecto a la política exterior de su nación ante América Latina pretendía (y de hecho consiguió) una no tan solapada hegemonía yanqui en todo el continente. Nótese, pues, la acidez de la frase del escritor merideño que denota, sin lugar a dudas, una franca autonomía de pensamiento y un acendrado patriotismo, producto quizás, no sólo del momento histórico que le correspondió vivir, sino del Positivismo que se había instalado en los predios académicos e intelectuales, para quedarse largo rato.

Ahora bien, tal vez la no querencia de Don Tulio por la política nacional nace de hechos complejos y terribles: el nefasto y desolador panorama de guerras civiles, golpes de estado, traiciones, dictaduras, montoneras, nepotismo, injusticia, luchas fratricidas por alcanzar el poder, alzamientos, caudillismo, represión, invasiones, revoluciones, promesas incumplidas y frustración social del venezolano de la segunda mitad del siglo XIX, y buena parte del siglo XX, que le tocó vivir a lo largo de su existencia. Es más: desde 1860, año en el que nace, hasta bien entrado el nuevo siglo, en plena etapa de su madurez personal e intelectual, Don Tulio sufrió un país hundido en un estado de guerra permanente.

A pesar de estar Mérida rodeada de montañas, y que ello la hacía un tanto invulnerable (aunque fue invadida y ocupada varias veces durante ese período histórico) a las arremetidas de los grupos facciosos que ansiaban y luchaban por el poder, no es menos cierto que la política local era un fiel reflejo de lo que sucedía en el resto del país. Basta recordar, por poner un solo ejemplo, que en la época de la gesta independentista fue Mérida la primera entidad que dio a Simón Bolívar el título de Libertador. Es así como los altibajos de la sucesión presidencial desde su nacimiento hasta su madurez (Antonio Guzmán Blanco, Francisco Linares Alcántara, Joaquín Crespo, Hermógenes López, Juan Pablo Rojas Paúl, Raimundo Andueza Palacio, Joaquín Crespo en su segundo gobierno, Ignacio Andrade y Cipriano Castro), se traducían en cambios profundos o transitorios en la política territorial y en el orden social, lo que a todas luces afectaba notablemente la vida de las personas; amén de todas las influencias culturales, religiosas, intelectuales y paradigmáticas de la época.

Cuando Tulio Febres Cordero tiene 14 años, la provincia de Mérida pasó a llamarse Estado Guzmán, en clara alusión al padre del entonces Presidente, Antonio Guzmán Blanco, es decir, Antonio Leocadio Guzmán. Poco después, en 1881, las provincias de Táchira, Trujillo y Mérida se transforman, por la vía de la reforma constitucional, en el Gran Estado de Los Andes, cuya capital era Mérida. Así permanece hasta

1899, cuando cada una recobra su autonomía a la salida de Guzmán Blanco del poder. Lógicamente, todos esos cambios en el orden político-territorial, aunado a los factores ya analizados, configuran un espacio, un entorno muy particular y de influencia en la vida y obra de Don Tulio.

Es así como la plena madurez intelectual y artística del escritor discurre en medio de dictaduras y de represión, lo que de alguna manera acota el espectro de acción de todo aquel que pretendiera expresar su posición ante los acontecimientos regionales y nacionales. Si bien Don Tulio tenía el respaldo del antiguo linaje Febres Cordero, muy respetado por las autoridades civiles y eclesiásticas de Mérida y del país, ello no lo hacía impermeable a cualquier contingencia que pudiera derivarse como resultado de sus posiciones personales e intelectuales. No obstante, su vida y su obra las centra, como se expondrá acá, en explorar de manera constante las raíces históricas de su ciudad y de su nación, algo que ha sido reconocido y exaltado por las generaciones posteriores.

La ciudad estaba triste aquel 6 de junio, día del sepelio de Don Tulio; hasta la naturaleza había encapotado sus luces para vestirse de duelo por la muerte del patriarca. En la Santa Iglesia Catedral fueron realizadas las honras fúnebres, las cuales estuvieron a cargo de José Humberto Quintero, futuro primer Cardenal de Venezuela, quien visiblemente conmovido por las muestras de dolor y de pesadumbre de los presentes, y luego de pronunciar el responsorio portando en sus manos el incensario, expresó en voz alta: “Entre los escritos hay páginas para las que podemos ya presagiar la inmortalidad. La leyenda de las Cinco Águilas Blancas, por ejemplo, durará mientras exista la Sierra y al pie de ella vivan hombres capaces de sentir y admirar la música de la lengua de Castilla y la suprema belleza de esas cumbres milenarias, coronadas de nieve tan antiguas como el mundo” (TFC, OC).

Una vez llegado el cortejo fúnebre a la barriada del Espejo, el acceso al camposanto era inmediato, pero fue tal la multitud agolpada a sus alrededores, a la espera de la carroza que transportaba lentamente los restos mortales del escritor, que parecía más una apoteosis política,

propia de los tumultuosos años perdidos de la Federación, que un acto de despedida, o de un sepelio. Pero el verdadero énfasis a la tragedia que invadía a la pequeña ciudad por la pérdida de uno de sus ilustres, fue puesto por los dobles de las campanas de la Santa Iglesia Catedral y de los templos aledaños, que en una especie de rito funeral no cesaron en su tañer hasta que el cuerpo de Don Tulio quedó bajo la cripta familiar, al lado de su hermana, la Reverenda Madre Georgina Febres Cordero Troconis, muerta 13 años antes.

En mármol blanco quedó impreso para la posteridad el último adiós de sus familiares. *DON TULLIO*, a secas, con letras mayúsculas y en alto relieve, se puede leer en el centro de la placa. Luego, a modo de epitafio, quedó registrado el siguiente texto: “Cinco águilas blancas volaban un día por el azul del firmamento; cinco águilas enormes cuyos cuerpos resplandecientes producían sombras errantes sobre los cerros y montañas...”. Cinco águilas blancas fueron esculpidas en la misma piedra de mármol y revolotean libres y espléndidas sobre la Sierra Nevada de Mérida, y también sobre el nombre de uno de sus hijos predilectos. Cuando la multitud abandonó reticente e incrédula el camposanto, y quedó allí depositado el cuerpo físico de Tulio Febres Cordero, lo que muchos ignoraban, y tal vez algunos intuían por su inmenso peso intelectual y moral, acumulado a todo lo largo de su longeva vida, era que a partir de ese momento se fundía una leyenda: Don Tulio y su obra nacían a la inmortalidad.

La formación en el seno de la **campiña bucólica**

Corren las postrimerías del siglo XIX y la ciudad de Santiago de los Caballeros de Mérida, activa como su par española, no es más que un pequeño pueblo con pocos habitantes y unas cuantas calles estrechas (ocho longitudinales y veintitrés transversales), de las cuales estaban empedradas las longitudinales, y sólo algunas transversales. Esa hidalguía a la cual es fiel hasta en los actuales días, no es más sino el referente a dos circunstancias importantes. Por un lado, es cuna de una Universidad, la segunda del país, fundada por el clérigo Fray Juan Ramos de Lora un 29 de marzo de 1785 (fecha oficial, aunque muy discutida y objetada por algunos investigadores). Por el otro, es sede de una Diócesis (que será llevada a la categoría de Arquidiócesis en 1923), que eleva de rango su dignidad de ciudad fielmente cristiana encomendada a la madre de Dios, María Inmaculada.

La ciudad que viera Tulio Antonio Febres Cordero Troconis al nacer, un 31 de mayo de 1860, no se hace muy distinta a todo lo largo de su fructífero período vital, que termina en la misma ciudad un 3 de junio de 1938, sólo que debemos agregar los terribles daños ocasionados por el Gran Terremoto de los Andes, acaecido el 28 de abril de 1894 a las 10:15 pm., que destruyó buena parte de su endeble infraes-

estructura, e hizo profundizar en sus pobladores la fe hacia una deidad beatísima, a la cual le encomendara su posterior suerte con la celebración anual desde entonces y hasta nuestros días de un pomposo Te-deum, presidido, como se ha de suponer, por la más alta autoridad eclesiástica, y al que asisten los más conspicuos personajes de la ciudad.

Se conservan fotografías de la época y en ellas se puede admirar a la pequeña campiña bucólica de Mérida, de casas de tapia y teja, de pasillos enladrillados y de grandes solares, cuyos lugares públicos (calles y plazas) eran objeto de paso, no sólo de los caballos que en aquellos tiempos eran el único medio de transporte, sino de todo tipo de bestias de carga. A la ciudad llegaban permanentemente los campesinos procedentes de las zonas aledañas como San Jacinto, La Culata, Ejido (asiento de un importante poblado productor de caña de azúcar), la Otra Banda, el Vallecito, Mucujún, etc., a vender sus productos en la Plaza Mayor.

Constaba la ciudad de cuatro parroquias urbanas: *Sagrario*, la más antigua de Mérida (desde su fundación), en cuyas fronteras se erigía (también en la actualidad) la iglesia Catedral, y que más adelante diera paso a su vez al sector del Espejo, famoso por tener en su seno la imagen de una virgen aparecida a orillas de la barranca del río Chama, la cual es venerada en la actualidad. *Milla*, fundada en 1805, y en donde se erigía la iglesia de San Juan Bautista de Milla y el templo de San Francisco, sede de la Orden Tercera, levantado donde estuviera el templo de San Agustín, y que en los actuales momentos ocupa la Iglesia la Tercera, regentada por los Padres Redentoristas. *Arias*, que se fundara en 1856 por “desmembración de la de Milla”, con una iglesia dedicada a N. Sra. de Belén, erigida sobre la antigua Capilla de Mucujún. *Llano*, elevada a esa dignidad en 1805, ubicada en la parte sur de la ciudad, que posteriormente diera pie a la creación de nuevas parroquias a medida que el crecimiento demográfico obligó a la pequeña ciudad a extender sus límites naturales. Esta parroquia fue fundada por el entonces obispo Santiago Hernández Milanés, cuarto de la Diócesis de Mérida. De este clérigo cabe mencionar su activa participación en el ambiente político de Mérida, al tomar juramento a la Junta

Patriótica de Mérida, que lo nombró a su vez Rector vitalicio de su Universidad. Murió el Obispo sepultado en su palacio con motivo del famoso terremoto del Jueves Santo de 1812, que cobró con él cerca de 20.000 víctimas a lo largo y ancho de todo el país.

No podemos soslayar la majestuosa presencia de la Sierra Nevada de Mérida, fuente de inspiración del futuro escritor Tulio Febres Cordero, cuyos vientos gélidos azotaban con mayor fuerza que hoy a una población asentada sobre una meseta, al pie de su falda. No en balde el mismo Tulio expresa: “La Sierra Nevada es el orgullo de Mérida. En los días de tormenta, su aptitud es imponente; parece que Júpiter, de pie sobre la elevada cima, rompe el dique de los vientos y lanza sobre la ciudad rayos y truenos espantosos; pero cuando las aguas cesan y se disipan las nubes, la Sierra aparece entonces erguida sobre la montaña”. Sin duda, el ambiente natural de Mérida ha impreso en sus intelectuales y creadores el sello profundo de su anhelo, baste recordar la poética descripción que sobre Mérida y su entorno hace Mariano Picón Salas, en su novela *Viaje al amanecer* (1943):

Aguas frías que descienden de la montaña nevada: árboles de luminosas hojas verdes y sombra apaciguadora, helechos y musgos donde se cristaliza el rocío; permanente rumor de los cuatro blancos y espumosos torrentes en que la altiplanicie de Mérida se va a bañar los pies; continua circulación de pájaros (gonzalitos, colibríes, azulejos, chupitas) por el esmerilado cielo azul, la masa de la Sierra con sus helados picachos del Toro, La Columna, El León, cerrando el estupendo telón de fondo que erigió la Naturaleza, daban a mi ciudad color y placidez entre todas las de Venezuela.

Nos imaginamos al niño Tulio asistiendo a los actos eclesiásticos de la mano de su fervorosa madre, doña Georgina Josefa Troconis y Andrade de Febres Cordero, quien como digna representante de una casa muy acendrada en la conciencia ciudadana, bajo los signos del respeto y la consideración, tenía en la Santa Iglesia Catedral reservado su asiento y, con el de ella, el de toda su numerosa familia. Como es lógico pensar, una señora decente no asistía a los actos eclesiásticos sin la

compañía de su amantísimo esposo. Es así como el doctor Foción Febres Cordero Díaz Viana, reputado abogado y patriarca, llegado a Mérida desde Barinas en 1844 (ciudad en la que viera luz en 1831), compartía con Georgina, su esposa, las dificultades propias de tener que lidiar con tantos descendientes. Foción, Tulio Antonio, Georgina Josefa del Carmen, Bartolomé, María Teresa, José Rafael, Fabio, Josefa María, Antonio José, Miguel José, José Gabriel y María del Rosario, son muestra fehaciente de una relación marital nacida en 1855, cuando contrajeron nupcias, y que sólo interrumpiera la prematura muerte de doña Georgina, a causa de una fuerte afección hepática, acaecida en la ciudad de Mérida el 18 de octubre de 1873.

Cuando muere la madre, el niño Tulio tiene apenas 13 años, no es difícil imaginar entonces el dolor que la pérdida produjo en el seno familiar, y de manera muy particular en el ánimo del futuro escritor. A partir de ese momento la crianza de los hijos queda bajo la tutela del padre, con la ayuda de su hermana Sofía Febres Cordero. Una de las hijas, Georgina, quien para el momento del fallecimiento de su madre contaba con 11 años, ayuda al padre y a la tía-madrina en tan complejas labores del hogar. Mucho se ha hablado en torno al origen hidalgo de Tulio Febres Cordero Troconis, es más, todavía en la ciudad de Mérida se oye en las viejas y tradicionales familias expresiones como: “se cree un Febres Cordero”, para significar con ello aires de alcurnia, de abolengo y de elevada posesión de bienes. No obstante, a través de los numerosos documentos estudiados se puede colegir que la familia Febres Cordero Troconis era sencilla, a pesar de su linaje, sin muchas pretensiones en cuanto a la tenencia de riqueza. Don Foción, en medio del dolor que le produce la inesperada muerte de su esposa, le escribe una extensa carta a sus hijos en la que hace referencia no sólo a las virtudes humanas de su mujer, sino también al punto en referencia. “Ella no nos legó bienes de fortuna; quizás yo tampoco pueda dejaros nada material; (...) y aunque la fortuna os niegue sus bienes materiales, tendréis siempre en vuestro recto proceder y en la tranquilidad de vuestra conciencia una riqueza inestimable” (Rojo, 1985).

Pero el padre no se doblega ante las adversidades. Su fuerza de ánimo, aunque derrumbada por la ausencia de su esposa, no le impide seguir adelante con la empresa familiar, a la que le dedica la mayor parte de su tiempo. Si bien su formación académica en la universidad local –en la que obtiene el título de Doctor en Derecho– hace de su carácter de una solidez inquebrantable, se añan las múltiples responsabilidades políticas y profesionales que lo llevan a ser Gobernador (Interino) de Mérida, miembro de la Asamblea Constituyente de Valencia en 1858, profesor y posteriormente Rector de su Universidad, y parte activa en la vida política y social de Mérida.

Sus profundas raíces cristianas lo conminan a crear en el seno de su hogar el caldo de cultivo apropiado para el nacimiento de una vocación religiosa. Georgina, su brazo derecho en los quehaceres familiares, recibió la llamada a la vida religiosa e ingresó al Convento Santa Clara de Mérida el 13 de junio de 1890. Es importante resaltar que a pesar de sus profundas convicciones religiosas, don Foción se opuso en principio a la decisión de su hija, y le manifestó que sólo cuando él muriera podría ella cumplir con su deseo. No obstante, Georgina ingresa a Santa Clara como novicia, pero tendrá que salir pronto de allí por decisión política del gobierno, quien en la voz del delegado nacional, general García Gómez, ordena que “las que habían ingresado al noviciado volvieran a sus hogares”. A pesar de permitírsele a Georgina continuar en el convento, se le presentaba el terrible obstáculo de no poder llegar a ser una religiosa profesa, y ello lógicamente no era su deseo. Es así como el 8 de septiembre de 1892 ingresa a la Comunidad de Santa Ana, y en esta oportunidad alcanza la aprobación de su padre. La Madre Georgina, como se le conocerá en lo sucesivo, se erige en piedra angular de su congregación, y después de inmensas dificultades y grandes contradicciones, logra fundar –a la salida de las Hermanas de la Congregación de Santa Ana, por órdenes directas de sus superiores de España– una nueva Congregación, que se encarga del antiguo Hospital San Juan de Dios, con ella como Directora. El 21 de febrero de 1903 se produce la ansiada erección canónica de la Congregación de

Hermanas de la Caridad de Santa Rosa de Lima, con sede en el hoy denominado Hospicio San Juan de Dios. La obra de la Congregación es una pujante realidad, y las sucesoras de la Madre Georgina Febres Cordero Troconis, hoy conocida como la Congregación de las Hermanas Dominicas de Santa Rosa de Lima, luchan por alcanzar para su fundadora la beatificación ante la Santa Sede, en reconocimiento a sus extraordinarias virtudes personales y excepcionales valores cristianos.

A todas éstas, Tulio, su hermano, no es ajeno a tantas circunstancias y hechos familiares, y aunque en su obra hace escasa referencia a lo anteriormente contado, sabemos del profundo amor que se profesaban. Mientras su hermana luchaba por cristalizar su vocación religiosa, Tulio ingresa de once años a la Universidad para estudiar bachillerato. Ahora bien, regresemos un poco a las etapas iniciales de su formación. Tulio aprendió sus lecciones iniciales en su propia casa de la mano de su tío, Fabio Febres Cordero, hermano de su padre, quien de manera prudente pero efectiva sembró en el niño la pasión por las letras (más adelante tendrá el mismo tío la oportunidad de encontrarse con su sobrino en los espacios universitarios), “y luego doña Indalecia Almarza, excelente señora que me daba diariamente, en premio de cada lección, apetitosas frutas”. Después ingresaría a la famosa Escuela de Varones de Mérida para completar su formación inicial, la cual estaba regentada por D. Francisco Zerpa:

Fueron también mis maestros, en distintos períodos, D. Dionisio Rivera, D. Carmelo Quintero, el Maestro D. Miguel M. Candaes, como director de la Escuela Normal, que tenía varios preceptores, entre ellos el ya citado D. Francisco Antonio Zerpa; por último, el notable dominicano D. Félix María Ruiz, Prócer de la Independencia de su patria (TFC, OC).

Ya en la Universidad, Tulio aprueba con holgura asignaturas como Física, Matemática, Latín, Filosofía, Historia Universal y Geografía, graduándose de bachiller en 1878. De este período el mismo escritor recuerda al doctor Antonio María Uzcátegui, profesor de *Etimología Latina*: “no había día en que no sonasen los palmetazos a mañana y tarde

en el recinto de la clase. Pero también el tiempo en que se aprendía Latín por fas o por nefas”. Al levita Pbro. Doctor Miguel Lorenzo Gil Chipía (“padre Miguel”), de *Sintaxis Latina*. Recuerda Tulio con cariño haber ganado *in solidum* el *Premio en Mínimos*, al salir ileso del Latín, con lo cual pasó a cursar *Filosofía*. En este preciso momento histórico el gobierno de Guzmán Blanco creó el *Colegio Nacional de Varones* y comenzó a funcionar en el antiguo local de la universidad, con lo cual quedó “exclaustrada” y golpeada fuertemente, al punto de tener que buscar una casa particular para poder funcionar:

...el propósito era eliminarla de hecho ya que había un respeto para hacerlo de derecho, cual era la circunstancia tan gloriosa para el Instituto, de haber sido creada por los patriotas en 1810, y confirmada por Bolívar en 1813. Es lástima que Guzmán Blanco, protector de la Instrucción Pública en Venezuela, como que la organizó y fomentó en todos sus ramos, se dejase llevar en este punto de pasiones banderizas... (TFC, OC).

En 1877 el gobierno del general Alcántara “refundió” al *Colegio Nacional de Varones* en la Universidad, y volvió entonces Tulio a la normalidad en cuanto al hilo de sus estudios de bachillerato. De ese período recuerda a D. Juan Antonio Ovalle y al bachiller Carlos María Zerpa, de *Filosofía Intelectual*; al doctor Pedro María Arellano y al bachiller Santiago Fontiveros, de *Matemática* (1er. Año), al licenciado Francisco Antonio Celis y al bachiller Carlos María Zerpa, de Física, a su tío Fabio Febres Cordero y el bachiller Fontiveros, de *Matemáticas* (2do. año). Al Pbro. Miguel Lorenzo Gil Chipía de *Física* y a D. Fabio Febres Cordero de *Geografía Universal* (3er. año). Con respecto a la Cátedra de *Historia Universal* “se fundó en la ciudad de Mérida en 1877, y me ocupó la satisfacción de ser uno de los alumnos fundadores”. De la misma fueron sus profesores: D. Federico Salas Roo y D. Jacinto Qüenza.

Al poco tiempo se matricula para cursar *Ciencias Mayores*, y sigue la carrera de *Derecho*, título que obtiene cuatro años después y alcanza el doctorado en *Ciencias Políticas*, a comienzos del nuevo siglo. Cabe

resaltar que como docentes de la Universidad de Mérida figuraban eximios hombres, que sin duda hicieron época:

...mis catedráticos en el primer año fueron el Dr. Gabriel Picón Febres de Derecho Romano y su Historia y el Dr. Juan N. P. Monsant de Cánones. En el segundo año, fueron estos mismos, el primero de Derecho Español y el segundo, también de Cánones. En el tercer año mis catedráticos fueron mi propio padre, el Dr. Foción Febres Cordero, de Leyes Nacionales y Código Civil, y el Dr. Gabriel Briceño, de Economía Política y de Derecho Internacional. El cuarto año y último conforme a la ley vigente entonces fueron el Dr. Caracciolo Parra, de Derecho Político y de Principios de Legislación, y el Dr. José de Jesús Dávila de Leyes Nacionales, con el carácter de interino. En privado hicimos el estudio de Medicina Legal y también de Práctica Forense, asignaturas que no había en aquella época (TFC, OC).

En cuanto a sus maestros, podemos precisar que Caracciolo Parra y Olmedo tuvo una destacada participación en la vida pública venezolana de su tiempo. Ocupó diversos cargos: Alcalde (1845) y Juez de Parroquia (1853), Secretario del Concejo Municipal de Mérida (1847-1858), Secretario Interino de la Universidad de Los Andes (1847), Vicerrector (1855) y Rector (1863-1866), Prefecto General del Departamento de Mérida (1863), Diputado Principal a la Asamblea Constituyente del estado Mérida (1865), Presidente de la Corte Suprema del estado (1876-1880), diputado a la Asamblea Constituyente del Gran Estado los Andes (1881), Rector por segunda vez de la Universidad de Los Andes (1887-1900). Fue en este segundo período en el que Caracciolo Parra y Olmedo atravesó una muy difícil situación para asegurar la subsistencia de la Universidad, llevando adelante sus funciones sin cobrar por ello durante un largo período de tiempo, y logrando reconstruirla en lo académico y en su infraestructura, hasta elevarla a un sitial de respetabilidad y reconocimiento excepcionales. Además de su extraordinaria labor ya esbozada, que le ganara el título de “Rector Heroico”, se le reconoce también como el iniciador de la denominada autonomía universitaria, lo que lo sitúa en un lugar de preeminencia y de vanguardia en la historia de la universidad venezolana.

De Gabriel Picón Febres no es poco lo que se puede decir. Fue connotado médico, acucioso historiador y activo diplomático. Fundó varios periódicos: *Álbum Merideño* (1901), *La Paz* (1908), y *La voz de Mérida* (1909). Ejerció los siguientes cargos públicos: Secretario de la Universidad de Los Andes (1909-1913), encargado de negocios en varios países latinoamericanos y europeos, y fue Rector de la Universidad de Los Andes (1941). Su espléndida inteligencia, aunada a un carácter emprendedor, le granjearon el respeto de sus conciudadanos.

Nos comenta Don Tulio algo que ya presumíamos, toda vez su portentosa escritura y el tiempo que le dedicara a todo lo largo de su vida. “A la verdad, no me era muy grata la carrera de Derecho, cuanto a la parte profesional, se entiende, y por ello no tomé empeño en graduarme como pude hacerlo desde 1882, por tener llenas todas las formalidades, inclusive las de pasantías”. Acotemos que no es hasta 1900 que Tulio Febres Cordero alcanza el doctorado en *Ciencias Políticas* en su universidad, a petición de muchos de sus amigos, con una tesis que tituló: *La Legislación Primitiva de América*. No obstante, “Más me complacía la vida del taller artístico que la del escritorio o bufete de abogado; y en el campo de los estudios intelectuales prefería los de Historia y Literatura, que por desgracia, no tienen nada de productivo en el terreno profesional.”

Definitivamente, Don Tulio alcanzó su plena realización personal, no sólo por haber formado una hermosa familia, a la cual le dedicó cuidado, afecto y selectas páginas, sino por haber ejercido las dos ramas de su preferencia. Como profesor de la Cátedra de *Historia Universal* desde 1892 hasta 1924, y como profuso investigador en esa área hasta dos meses antes de su muerte, cuando concluyó el tomo *Clave histórica de Mérida*, cuya escritura inició mucho antes de 1930 y que tuvo que interrumpir por problemas de salud; y la *Literatura*, por la vía de su espléndida obra, que sólo dejó de cultivar al fallecer. No se puede obviar, tampoco, el enorme influjo intelectual recibido por Don Tulio de su entorno académico, al poder interactuar con descollantes figuras que alcanzaron notoriedad e influencia en su tiempo, en una ciudad pequeña, en donde “todos” se conocían.

No obstante, a estas alturas del desarrollo humano y académico de Tulio, la vocación literaria no deja de ser una “aspiración”, en vista de la fuerza que alcanzara en su edad madura. Sin embargo, el joven meridense comienza a mostrar indicios de una vena literaria e indagadora, que daría a la ciudad de Mérida y al país una pluma portentosa. A los 17 años publica sus primeros artículos, de corte histórico y literario, con los pseudónimos de “Augusto”, “Amaury”, “Roque”, “Horacio”, “Pablo” y “Juvenal” en los órganos *El Canario* y *El Pensamiento*, y cinco años después, en 1883, participa con entusiasmo en la conmemoración del Centenario del Natalicio del Libertador. Muy a pesar de su licenciatura en Derecho, Tulio dedica buena parte de su tiempo a la lectura y a prepararse con disciplina para la empresa que le estará encomendada, cultivando con paciencia las semillas que plantaran familiares y maestros, y que se transformarán en esa vena intelectual y literaria que posteriormente plasmará en su vasta obra. Años después, en sus magníficas y estremecedoras *Páginas Íntimas*, Don Tulio dedicará un cariñoso recuerdo a los forjadores de su ser:

...a la inteligente y abnegada tía, que fue para mis queridos hermanos y para mí una segunda madre: Sofía Febres Cordero. Habiendo recibido una educación esmerada, trató de comunicarla a sus sobrinos, a quienes crió desde la más tierna edad, consagrándose a ellos de una manera ejemplar. De ella recibí, pues, no sólo la enseñanza práctica de las virtudes morales en la intimidad del hogar, noble y santo magisterio que compartía con mi venerado padre y mi abuela Doña Josefa Díaz Viana, sino también algunas nociones de dibujo y pintura, y otros conocimientos elementales en las bellas artes, que me han sido en extremo provechosas (TFC, OC).

Están dadas, pues, las condiciones para el nacimiento del escritor, sólo que por las exigencias de sus múltiples intereses e inquietudes personales, otros derroteros no menos importantes “distraerán” su atención por un tiempo, y le aguardarán el camino que abordará hasta su muerte con inusitada y febril pasión creadora.

El empeñoso **artesano**

Son muchas las inquietudes del joven Tulio. En su afán divulgador de todo aquello que tuviera que ver con su ciudad de Mérida y con la región, se embarca en la compleja tarea de fundar periódicos, algunos con una vida muy efímera, en otros casos, simplemente participa en compañía de amigos o de familiares, o funge tan sólo como colaborador. Es administrador y editor de los periódicos *La Gaceta Forense y Páginas sueltas* (1882-1883) junto a José Antonio Parra Picón, dirige el periódico *El Comercio* (1884) en compañía del mismo amigo, funda el periódico *El Lápiz* (1885-1894) el cual es editado en la imprenta "Centenario", funda el periódico *El Centavo* (1900), funda el periódico *El Billeto* (1902) y es redactor del *Mosaico* (1921-1923), junto a su hijo José Rafael.

En el ínterin de todo este proceso, se casa en 1883 con Teresa Carnovali Briceño, hija de una notable familia local venida a Mérida desde la lejana Isla de Elba (Italia), y de la unión nacen 6 hijos. Resulta importante acotar que a Tulio Febres Cordero se le conoce como el Patriarca de las Letras Merideñas. Si bien es cierto que desde la antigüedad se le da la dignidad de patriarca a aquellos hombres poseedores de una familia numerosa, en el caso de Tulio tal denominación nace

más por la admiración y el respeto que alcanzó durante su largo periplo vital y artístico, no sólo en su ciudad natal, sino en todo el país, que por el ingente número de descendientes; que dicho sea de paso no logró superar al de su hogar paterno.

Si sacamos una simple cuenta aritmética, la vida pública de Tulio sobrepasa los cincuenta años, partiendo desde la fundación de su primer periódico, hasta que muere anciano en su ciudad natal. Pero hay algo muy curioso y que no deja de lacerar a las generaciones de intelectuales y escritores posteriores a la de Tulio, como es la circunstancia de haberse hecho de un nombre y de una obra de gran relevancia, sin apenas salir de su ciudad. Mariano Picón Salas, otro grande de las letras merideñas, reconocía en la obra de Tulio Febres Cordero el impacto que ejerce sobre los que nacimos en Mérida. “Muchos podrán escribir sobre los méritos de don Tulio en las letras nacionales; a mí me basta señalar, más modestamente, cuánto su obra significa para quienes nacimos en la altiplanicie de Mérida”. Luego agrega: “Fue el merideño que siempre se quedó, por tantos otros que partimos”.

En contraposición a otras figuras de elevada talla, Tulio Febres Cordero concentra sus esfuerzos vitales, no precisamente en recorrer el mundo, sino a insertar a su querida Mérida en el mundo de la intelectualidad y de las letras. Es más, a pesar de incluirse arbitrariamente (porque su obra es muy variada y diversa) en la corriente literaria del *Tradicionalismo*, junto a voces como las de Arístides Rojas (1826-1894) y Juan Vicente Camacho (1829-1872), ese “tradicionalismo” (con todo y sus comillas) no es camisa de fuerza para que Tulio despliegue una obra universal, que logra traspasar su acotado y aislado espacio geográfico. Es más, sobreponiéndose a la lejanía y a lo intrincado del acceso a Mérida, que la hacía inexpugnable a los productos normales de la cultura, así como al exacerbado centralismo ejercido deliberadamente desde la capital de la República, Tulio Febres Cordero alcanza el reconocimiento como Miembro Correspondiente de la Academia Venezolana de la Lengua y de otras academias extranjeras; amén de múltiples reconocimientos que suma a su dilatada hoja de vida. Leamos en pala-

bras del propio Tulio Febres Cordero su visión en torno al hecho literario que se discutía a comienzos del siglo XX en la prensa caraqueña:

Criollizarse con respecto a Venezuela, vale tanto como venezolanizarse, esto es, hacer vida propia, poner más atención a lo nativo que a lo extranjero, y en una palabra, propender a crear que a copiar o a imitar a secas; a fin de adquirir psicológicamente verdadero señorío nacional, una fisonomía típica que nos distinga y caracterice, lo que no se consigue con arreboles ni galas exóticas, por brillantes que sean, sino imprimiéndoles a todos los actos de nuestra vida el sello de una cultura típica original, que determine y singularice en el estrato de las naciones la personalidad de Venezuela. Tenemos ingenio y materiales para realizar con éxito una obra de vital importancia (TFC, OC).

Hemos dicho acá que los intereses del joven Tulio eran variados y diversos. Muy joven aprende el oficio de zapatero, y sin ambages lo ejerce en el taller del italiano Domingo Martini, lógicamente, contrariando la opinión de algunos amigos y de familias conocidas, ya que ese tipo de actividad estaba vedada para los representantes de cierta casta social, que por apellido y abolengo le correspondía resguardar las formas. Más adelante se hace relojero, de la mano de su tío materno don José Troconis, “especializándose” en relojes de pared y de mesa. Al conocer los detalles de tal actividad se le hacía cómodo darle mantenimiento a los relojes de su casa, o a los de los parientes y de los amigos. Trabajaba con tal efectividad el mencionado oficio, que a lo largo de su longeva vida recordó con alegría cómo los relojes que había reparado nunca habían fallado en su isócrono cometido pendular. No es de extrañar, pues, que al llegar las famosas máquinas de coser a Mérida, por allá en 1870, se diera a la tarea de aprender a repararlas en sus más minúsculos detalles, alcanzando maestría y ayudando en su manejo a muchos de sus felices propietarios.

En un contexto donde escasean los medios para llevar adelante su afán divulgativo, Tulio se hace tipógrafo en 1875. Desde la imprenta da rienda suelta a su portentosa imaginación, llegando incluso a desarrollar técnicas propias que le ganaron admiración y reconocimiento den-

tro y fuera del país. En 1885 desarrolla la técnica de la *Imagotipia*, que no es otra cosa que la posibilidad de recrear imágenes con las herramientas que le proporciona la imprenta. Quienes visitan la Biblioteca epónima, ubicada en pleno corazón de la ciudad de Mérida, podrán admirar diversas muestras artísticas logradas por medio de su singular invento, entre ellas imágenes de personajes ilustres de la época.

Ese mismo año Tulio funda *El Lápiz*, imprenta (tipografía) desde donde publicó textos de cosecha propia, entre ellos algunos de sus famosos cuentos infantiles y su libro *Cocina Criolla* (1899). Es importante resaltar que la imprenta como tal llega a Mérida mucho antes. Las crónicas de la época dan por cierto el año 1845 como el de su aparición en esta comarca andina, y correspondió a don Francisco Uzcátegui ese prodigio, al traerla desde la vecina e intrincada población de Barinas.

En 1896 Tulio se empeña en el arte de la denominada *Foliografía*, que le permitió reproducir las hojas de las plantas por medio de la impresión tipográfica. Aunque esta técnica no fue de su ingenio, y hoy apenas constituye una entrada biográfica al ser superada con creces por las novedosas técnicas electrónicas, sí podemos afirmar que sus aportes a la misma no se hicieron esperar, y algunos le reconocen el haberla perfeccionado.

Al revisar sus papeles nos encontramos con un Tulio Febres Cordero dibujante, calígrafo, encuadernador, pintor, coleccionista de viejos e importantes documentos de la historia de Mérida, apasionado lector y recopilador de fábulas, leyendas, mitos, tradiciones, cuentos y diversas historias pasadas de generación en generación. Hallamos también a un hombre apasionado por la cultura oral, por su tierra, fiel defensor de la hidalguía de un pueblo marginado por su lejanía, y muchas veces olvidado por los distintos gobiernos centrales.

Se erige entonces Tulio Febres Cordero en un icono de la *merideñidad*. Tanto en vida como después de acaecer su muerte, lo más relevante del devenir académico e intelectual, tanto de la ciudad como de la región, tiene en su nombre un referente imponderable. Sin duda,

ello es relevante y elogioso, pero acarrea sus propios e inconfesables peligros. Para el intelectual, para el prosista, para el narrador, lo más inquietante es la permanencia de su obra tanto en el tiempo como en el espacio. Es decir, sin hacer mucho alarde –por lo menos en el caso que nos ocupa– el escritor va sumando lentamente páginas a su legado artístico, amalgamando con ese todo llamado “obra”, la suma de esfuerzos y esperanzas.

No obstante, cuando el hombre de letras se convierte de manera no deliberada en un oráculo vivo para sus congéneres, al que nada le es ajeno, ni lo humano ni lo divino, su obra tiende a tergiversarse en el mejor sentido de la palabra, es decir, sus páginas son indagadas, no ya como fiel receptáculo del intelecto o de la creación literaria, sino como fuente viva donde se busca el remedio y la solución a la infinidad de problemas que aquejan en ciertos momentos de la historia a todo un colectivo. En el caso de Tulio Febres Cordero, su obra literaria, si bien apreciada y estudiada a lo largo de décadas dentro y fuera de nuestras fronteras, ha quedado relegada a una excusa ante la magnificencia de su figura personal y social. En pocas palabras: la figura de Tulio Febres Cordero se ha interpuesto, por su propio peso específico, entre el lector y su obra, eclipsando en cierta medida todo lo que de relevante y original posee como para tener una existencia única e independiente.

Tulio Febres Cordero no podrá seguir siendo sólo el referente de una ciudad; todo lo contrario: la ciudad debería por antonomasia referirnos ineludiblemente a su obra como parte de su historia. Un centro cultural, una avenida, dos bibliotecas, una Orden epónima, etc., jamás sustituirán, ni mucho menos aniquilar, la policromía de su prolífica obra literaria; ello sería simplemente una aberración. El esfuerzo realizado por Tulio Febres Cordero a lo largo de su vida por desentrañar las raíces del ser venezolano y americano, jamás será reemplazado por el recitado a medias y sesgado de *Las cinco águilas blancas*, por ejemplo, o por el citado ramplón de alguna frase célebre, inserta en uno de sus tantos libros. La obra entera del escritor merideño deberá

ser percibida como ese todo que busca e indaga en el ser ingenuo y sencillo de esta provincia, sin dejar de lado por valiosa, su permanente búsqueda lingüística, su perfeccionismo rayano en obsesión.

El joven y prometedor abogado decide, entonces, por su carácter intelectual e impasible, no optar al libre ejercicio de su profesión –como ya se ha expresado– que sin duda lo alejaba de su vocación literaria, e ingresa en 1892 –sin haber alcanzado su doctorado– al *Alma Mater* merideña, como profesor de la cátedra de Historia Universal y allí permanece hasta 1924, aunque el Instituto lo jubilara en 1912.

Es importante señalar que en el campo de la jurisprudencia Tulio podría haber hecho también una exitosa carrera, habida cuenta de su clara inteligencia, sus innumerables relaciones académicas y sociales, que le venían por la vía de su apellido paterno, así como por la fluidez en el verbo oral y la facilidad de expresión escrita, ya demostradas. No obstante, a pesar de las múltiples sugerencias recibidas de su entorno familiar para que se enrolara en la carrera de las leyes, opta por el ejercicio del intelecto frente a una cátedra universitaria. Pensamos acá que la elección por la Universidad se vio también notablemente influida por la figura del padre, quien desde hacía décadas era un prestigioso académico, pero fundamentalmente por la deliberada intención de aplicarse a su pasión literaria, cuestión ésta de mayor afinidad con su vocación, que el libre ejercicio de las leyes.

Las referencias de la época dibujan a un profesor de buen porte, no muy alto alto, aunque bastante delgado, de caminar lento y de maneras sencillas y fluidas, de hablar pausado, de vestir austero pero elegante, dueño de un exquisito fraseo y de una rica dicción. En el aula sus alumnos admiraban en él la rara capacidad de relacionar, con agudo pensamiento, lo aprendido en los libros, con lo experimentado en su permanente indagar en las fuentes históricas del conocimiento. Debemos recordar que hablamos de una época eminentemente librecaca y enciclopedista, anclada a la referencia escrita. Es decir, el docente universitario de entonces era un hombre culto, docto, posicionado y orgulloso de su saber no compartido, que escasamente osaba ir más

allá de la fuente o la referencia, las cuales suponía suficientes, por ser ellas la “verdad” establecida.

En la institución emeritense Don Tulio ejerce el cargo de Vicerrector interino en 1912. Adelantándonos un poco a los acontecimientos: en 1936 es nombrado por el entonces Presidente de la República, general Eleazar López Contreras, Rector Honorario de esa casa de estudios, asignándosele una modesta pensión que le apoyará en lo sucesivo en sus no muy holgados recursos. Tal nombramiento constituye para Tulio una doble satisfacción: por un lado se le reconocen sus aportes académicos a la institución universitaria, por el otro, recibe una dignidad que también su difunto padre, don Foción Febres Cordero, ejerciera con firmeza décadas atrás.

Como se ha de suponer, Tulio Febres Cordero alterna sus complejas actividades académicas y de investigación histórica, con la escritura; pero la nutre, la enriquece con el saber propio de quien conoce la historia por ser un acucioso indagador, un minucioso coleccionista de papeles raros, un ratón de biblioteca tenaz e implacable. Sus intereses académicos e intelectuales estuvieron preferentemente orientados a la indagación de la historia de Mérida, y de otras entidades nacionales. Aparte de ello fue un investigador perenne e incansable en torno a las tradiciones, costumbres, mitos y leyendas de todos estos parajes andinos, así como del habla popular.

No resulta osado pensar que la vocación de Tulio por el habla popular andina esté perfectamente relacionada con su reconocida capacidad para entablar franca conversación con el hombre del pueblo. No se ha hecho referencia a su carácter apacible y bonachón, que le ganara innumerables amigos en todos los estratos sociales. Resulta hoy día curioso acotar –como algo relevante– el que un hidalgo se relacione con personas de todos los niveles sociales, pero si hacemos una reflexión de carácter retrospectivo, nos percatamos de que nos estamos refiriendo a los tiempos que corren entre finales del siglo XIX y la primera porción del XX y, precisamente allí, en ese espacio temporal, encontramos diferencias sustanciales entre las distintas castas que

conforman el mosaico social venezolano –muy a pesar del proceso Federal, que supuestamente implicó “rompimiento” de lo hasta entonces concebido como la sociedad venezolana–, más aún en la región andina, caracterizada por la introspección, la vida hacia lo interior, y la no exposición diáfana de sentimientos y emociones. Por otra parte, tratándose de Tulio Febres Cordero, ya conocido en su entorno como “Don Tulio” (lo cual implicaba, en la Mérida de entonces, el reconocimiento explícito y genuino de sus congéneres a su brillo intelectual y a su inocultable relevancia social), el análisis anterior resulta a todas luces curioso y digno de ser exaltado, como una característica propia de su compleja personalidad.

Hijo amado de una ciudad y **de un linaje**

Como se ha apuntado en páginas anteriores, Don Tulio pertenecía a una familia de abolengo y de tradición social; es decir, sobre sus hombros pesaba la estirpe de los Febres Cordero. Decimos “pesaba”, para significar con ello toda la inmensa connotación personal, familiar, social, profesional, política y pública de su noble apellido. Independientemente de que el escritor asumiera como postura personal la sencillez y la llaneza en el trato para con los demás, sobre todo para con la gente del pueblo, no podemos ocultar que ser Febres Cordero implicaba, en tiempos del personaje, una inmensa responsabilidad. Es decir, como herederos de un apellido noble, cada uno de los miembros de la familia sentía el compromiso de hacer honor a su casta, independientemente de que en sus fueros internos palpitará un corazón amplio y generoso en lo social.

A eso se añan los factores de orden geográfico que, como en el caso de Mérida, hacían muy intrincado el permanente intercambio cultural con gentes de diversas provincias, de la capital, o de otros países, estableciéndose una especie de endogamia, todavía latente en nuestros días en el seno de las familias de mayor tradición andina, ante la denominada “merideñidad”. Es decir, el espíritu de la sociedad colo-

nial, supuestamente dejado atrás con la partida del siglo XVIII, marcó profundas huellas en el inconsciente del hombre andino, y las familias luchan denodadamente por mantener unas tradiciones que tal vez en otros lugares forman parte ya de su pasado no tan reciente, pero que para ellas significa todo.

No obstante, esto no quiere decir que Mérida fuese en aquellos tiempos un coto cerrado, a la que nadie visitara, o cuya población no se mezclara con personas provenientes de otras latitudes. Si analizamos los apellidos relacionados con Don Tulio y su época, hallamos orígenes muy diversos: Islas Canarias, Italia, Francia, Alemania, España, Inglaterra, entre otros, lo que sin duda es muestra fehaciente de un mestizaje que hizo posible el crecimiento y la prosperidad de la provincia venezolana. En las crónicas de los viajeros a estas tierras encontramos una pluralidad y una riqueza asombrosas, que han sido factores primordiales para ese orgullo que lleva el merideño muy arraigado en su ser. Si volteamos la mirada hacia esos viajeros, descubrimos personalidades extraordinarias, que no sólo exploraron estas regiones con fines académicos o científicos, sino que también se dieron a la tarea de escribir en torno a ellas utilizando hermosas frases y los más disímiles adjetivos, y sus escritos han quedado como testigos fieles del pasado.

Nombres como los de Agustín Codazzi, Antón Goering, Wilhelm Sievers y Alfredo Jahn, entre otros, son claros testimonios de una provincia admirada por viajeros de excepción. Demás está afirmar que esas personalidades descollantes en diversas áreas del conocimiento (geografía, ornitología, botánica, taxonomía) llegaron a la ciudad atraídas por la consabida belleza del paisaje merideño, sin embargo, una vez instaladas quedaron prendadas de la afabilidad y del trato de los pobladores, así como de las costumbres, tradiciones, mitos y rituales que desde mucho tiempo atrás forman parte de la vida cultural de esta comarca.

Don Tulio crece y se desarrolla en un medio, si bien pueblerino y acotado como ya hemos señalado, permeado por diversas culturas. Sus relaciones sociales y sus múltiples contactos con disímiles perso-

nalidades del quehacer académico, eclesiástico, político, cultural y científico, conformaron en él una amplia visión del mundo y de sus inmensas posibilidades, mucho más en su caso, al tener el inmenso respaldo de tan notorio apellido. Ahora bien, sería injusto adjudicar sólo al apellido la extraordinaria influencia que logró ejercer Don Tulio en su medio y en su época.

Cuando analizamos su obra rica y vasta en géneros y experticia, no nos queda más remedio sino aceptar que Don Tulio era una personalidad con una muy buena formación familiar y académica, aunándose su persistente actividad de lectura y de escritura, que lo forjaron como un intelectual y creador de primera magnitud, cuya pertenencia a su medio social y a su ciudad nadie cuestiona ni objeta, y su pertinencia e impacto cultural, mucho menos.

Por otra parte, no está demás recordar nuevamente la escasa participación de Don Tulio en actividades políticas, a pesar de las ingentes tentaciones que se le presentaron a todo lo largo de su vida (como más adelante se verá). Si bien llega a ocupar algunas posiciones académicas en el seno de su universidad, son situaciones que escapan a sus preocupaciones o afanes vitales, y no son más que algunas charreteras que logra agregar –casi al final del camino, algunas de ellas– a su muy dilatada trayectoria. Sus esfuerzos cotidianos los concentró en su obra, en su familia, y en el permanente escudriñar en la esencia del hombre y de la mujer de su lar nativo.

Es decir, la importancia del personaje no está sustentada en el apellido, o en el haber ostentado cargos públicos de representatividad que, si bien resulta relevante en quienes sí lo han hecho, como meta de sus carreras académicas o políticas, no sumaría puntos a su ya compleja biografía. La relevancia e importancia del personaje están sostenidas en sus ingentes aportes a la literatura nacional, al conocimiento histórico de la región y del país, al conocimiento de sus tradiciones, mitos, leyendas y cultura en general de su región.

Por otra parte, su incesante actividad lo llevó a fundar periódicos y a constituirse en un agudo coleccionista de documentos históricos, y de

otros papeles de interés historiográfico, convirtiéndose en un punto de referencia obligado para estudiosos e investigadores de diversas áreas: historia, geografía, cultura, literatura, lengua, derecho, sociología, mitología, crónica, periodismo, artes, etnografía, dibujo, archivología, culinaria, botánica, artes gráficas (tipografía), sicología, y educación.

Ahora bien, nadie escapa a la influencia familiar. En el caso de Tulio nos encontramos con una familia numerosa, de grandes valores tradicionales, y con fortísimos lazos sociales. Él fue uno más dentro de una gran familia, donde cada cual a lo largo de su ciclo vital logró cumplir sus metas profesionales, y obtener renombre por esfuerzo propio. En el análisis de la vida hogareña de Don Tulio hallamos un dato que no podemos soslayar, y es lo referente a que en la familia Febres Cordero Troconis hay un denominador común: la cultura universitaria (claro, debemos acotar, que sólo en el caso de los varones, porque nos encontramos en una época en que la mujer no hacía vida universitaria, y su periplo transcurría al lado de un esposo, cuidando unos hijos, y en los empeños hogareños).

Es bueno acotar que la educación universitaria en los tiempos de Don Tulio, más que un derecho, era un privilegio, por lo tanto, en los recintos universitarios hacían vida por lo general personas provenientes de familias pudientes, cuya honorabilidad no estuviera puesta en tela de juicio. Es por ello que cuando analizamos los nombres y apellidos, tanto de profesores como de estudiantes de la Universidad de Los Andes, de la época estudiada, no nos puede sorprender encontrarnos con representantes eximios de familias como Febres Cordero, Parra Pérez, Parra Picón, Parra y Olmedo, Picón Salas, Spinetti Dini, Picón Lares, Picón Febres, Paredes, Carbonell, Paoli, Dávila Celis, Chalbaud, Briceño, Bourgoin, Valeri, Colmener, etc. Es decir, la crema y nata de la sociedad emeritense.

Revisando un poco el quehacer personal y profesional de los hermanos de Don Tulio, nos encontramos que casi todos tuvieron importante participación en la vida pública, tanto en Mérida como fuera de ella. Su hermano Foción se graduó de Doctor en Medicina en la Uni-

versidad de Los Andes, y contrajo matrimonio con su prima Cenobia Lovera Febres Cordero. Bartolomé, por su parte, se dedicó al comercio y participó en algunas actividades públicas. Contrajo matrimonio con la dama merideña Ernestina Quirós Carriedo. Josefa María casó por su parte con Pablo Gazzotti, y dedicó toda su vida al cuidado de su hogar. Georgina Josefa del Carmen, como ya se ha dicho, se dedicó a la vida religiosa, y tuvo una ingente participación en la vida eclesiástica de su época y fundó una importante congregación religiosa que hoy es motivo de orgullo para la ciudad de Mérida. José Rafael se hizo ingeniero industrial e incursionó en las letras, particularmente en la poesía. Casó con su prima Dolores Troconis Febres Cordero. Fabio se graduó de Abogado y de Doctor en Ciencias Políticas. Fue por otra parte Concejal y Presidente de la Corte Suprema de Justicia del Estado Mérida. Casó con la joven merideña Isabel Quirós Carriedo, hermana de la esposa de Bartolomé.

José Gabriel se graduó de Doctor en Farmacia y tuvo una notable participación universitaria en 1918, al formar parte del plantel profesoral *ad honorem* de la Escuela de Farmacia de la Universidad de Los Andes, una vez reabierta, luego de haber sido clausurada la Facultad de Farmacia (y también la de Medicina) en 1905, por parte del gobierno de Cipriano Castro. Tal reapertura como Escuela, esta vez adscrita al rectorado, fue posible gracias a los oficios del entonces Rector doctor Diego Carbonel. Con José Gabriel fueron también profesores: Diego Carbonel y Francisco Valeri. Antonio José era gemelo con Miguel José, se graduó de Abogado y de Doctor en Ciencias Políticas. Fue miembro del Concejo Municipal del Distrito Libertador del Estado Mérida, miembro de la Corte Superior del Estado Mérida, Síndico Procurador del Concejo Municipal del Distrito Junín del Estado Táchira, miembro de la Corte Suprema del Estado Táchira, y Vicerrector de la Universidad Central de Venezuela. Casó en Caracas con su prima Josefa Ramírez Febres Cordero. Resalta en su vida el ser autor de la letra del *Himno del Estado Mérida*. Miguel José fue Agrimensor graduado en la Universidad de Los Andes, además, diputado al Congreso Nacional por su estado natal.

Casó con la bella merideña Dolores Salas Pino. Resalta en su vida el hecho de que fue su idea la de denominar al pico más alto de la Sierra Nevada de Mérida con el nombre de *Pico Bolívar*, en 1925. El acto oficial se celebró 9 años después, y se hizo de manera simbólica al pie de *La Columna*, primer monumento erigido en el mundo a Simón Bolívar, levantado en 1842 por otro ilustre merideño, el prócer Gabriel Picón González, entonces gobernador de dicha provincia...

De las hermanas María Teresa y María del Rosario no encontramos mayores referencias biográficas, es más, como dato curioso en algunas semblanzas de la familia Febres Cordero Troconis sus nombres ni siquiera aparecen mencionados. No obstante, en la carta intitulada *A mis hijos* (ya citada), que el doctor Foción Febres Cordero les dedica a sus hijos con motivo del fallecimiento de su amada esposa, hace mención de María del Rosario como su “última hija”, poco tiempo después “le empezó (a doña Georgina) una indisposición general, falta de apetito, enfermedad del estómago, y una afección aguda al hígado hizo inútiles todos los recursos, y se agravó el mal, cuyo término doloroso fue la muerte de vuestra excelente mamá” (Rojo, op. cit.).

Por su parte, Tulio tuvo 6 hijos, tres hombres y tres mujeres. De Ana Josefa se sabe que se casó con su tío Braulio Dávila Briceño. María Teresa por su parte casó con Salomón Delgado Chalbaud-Cardona. Tulio Antonio, fue un próspero comerciante y casó con Dolores Salas Bazó. De José de Jesús no encontramos datos sobre su ocupación, sólo que jamás contrajo matrimonio. De la vida de Mercedes del Corazón de Jesús tampoco hallamos mayor información, y se conoce que no contrajo matrimonio.

La mayor data fue en torno a José Rafael, el menor de los hijos, quien llevó adelante una sólida carrera como escritor e historiador. Al igual que su padre, se interesó por desentrañar el pasado de su tierra. Tuvo importantes reconocimientos y llegó a ser Individuo de Número, Miembro Correspondiente de la Academia Nacional de la Historia, y Miembro Correspondiente de los centros de historia de otros estados de provincia. Casó con su prima Sofía Febres Cordero Quirós, hija de

su tío Bartolomé. Cooperó durante toda su vida con su padre, y se erigió en un bastión fundamental para la divulgación y la comprensión de su obra.

No en balde cabe aquí que resaltemos algo que pareciera producto de un azar, o simple coincidencia, o en todo caso decisión deliberada, pero cuya connotación va más allá de lo previsto por las ciencias exactas. Nos referimos a las diversas oportunidades en que los miembros de la familia de Tulio Febres Cordero se enlazan en matrimonio con sus propios parientes, cayendo en el extremo de Ana Josefa, que se casa con su tío Braulio. Caben aquí varios análisis, o simples especulaciones, por supuesto.

Podríamos argumentar que en una ciudad pequeña, como lo es la Mérida de finales de siglo XIX y comienzos del XX, son pocos los partidos que se le presentan a las mujeres en edad de casamiento. Lógicamente, ello se agrava cuando se cierra el espectro social de una familia noble, cuyas relaciones deben estar cimentadas en “igualdad” de condiciones históricas, culturales, y de patrimonio. Invitan a casa a la misma familia, las relaciones sociales se hacen entre miembros de la misma casta, o con sus iguales, las familias numerosas se reúnen en fechas importantes y los primos se enamoran entre ellos, o los tíos de sus sobrinas. En todo caso, las cosas quedan en familia.

Otras podrían ser las circunstancias. De manera deliberada los miembros de mayor peso de una familia con linaje deciden estrechar el cerco y así evitar las denominadas “ovejas negras”, que tanto avergüenzan a las familias hidalgas. Es decir, luego de una fiesta, o de alguna celebración religiosa, o tal vez después de una buena partida de cartas, los cabezas de familia toman la decisión de casar a sus hijos entre ellos para que no se pierda la hidalguía, y la sangre siga siendo “azul”. Sobre todo, ello cobra importancia cuando se trata de hijas, cuyo apellido paterno se pierde si la muchacha se casa con un miembro de familia distinta; es entonces cuando las cosas se arreglan y el apellido queda *ad infinitum*. Analizada fríamente la situación, resulta un hecho pueril, un tanto cursi, casi inverosímil, pero cuando intentamos

pensar con una mentalidad cercana al hombre y a la mujer de hace una centuria, la connotación se hace distinta, compleja, de vida o muerte. En todo caso, no sabemos a ciencia cierta cuáles fueron las razones para que tales situaciones se dieran: empero, acaecieron, y el mundo siguió su curso. El linaje aún se mantiene, no con el peso de otrora –como es lógico suponer–, pero sí con el orgullo de un pasado que por lo visto no ha sido cualquier cosa para Mérida.

Entorno social y cultural, padres, hermanos, hijos, cargos públicos, universidad, matrimonios, linaje, prestigio, sucesos políticos..., todo, absolutamente todo, constituye la chispa, el caldo de cultivo, el catalizador definitivo de una vena literaria que Tulio, desde muy joven, ha ido alimentando pacientemente, cuyo simbolismo e impacto –como queda demostrado– sobrepasan los límites del espacio y del tiempo venezolano.

Tulio Antonio Febres Cordero Troconis, hombre maduro en la antesala del nuevo siglo (40 años, aproximadamente), en plena capacidad física y mental, decide entonces acometer su destino. Las cartas están colocadas estratégicamente sobre la mesa. El hidalgo merideño rompe lanzas y se dispone a luchar contra los molinos de viento. Y lucha hasta el final, a pesar de las adversidades.

El ingenioso **hidalgo merideño**

Albores del siglo XX. El mundo se apresta a disfrutar de los beneficios de una tecnología creciente, y de una ciencia que augura grandes satisfacciones al ser humano. La concepción de lo cotidiano es fragmentada de manera sorprendente, y a cambio emerge la certeza de una felicidad sin parangón en la historia de la humanidad. Nada de lo hecho hasta entonces por la civilización occidental podría igualar un desarrollo perfilado como indetenible, portentoso, extraordinariamente promisorio en el nuevo siglo. A pesar de la creciente sustitución de la mano de obra por la máquina, la esperanza se extiende a buena parte de los rincones del planeta.

Por supuesto, nada hace sospechar que más temprano que tarde las grandes naciones se hundirían en la penosa experiencia de una conflagración que trastocaría los cimientos de la humanidad. No obstante, mientras el mundo civilizado se viste de gala ante la aparición de nuevas formas de vida, que le ofrecen satisfacción y placer, en el país la eterna crisis política y social parece perpetuarse. Los venezolanos se encuentran en la antesala de una de sus más cruentas y largas dictaduras. Juan Vicente Gómez no tardará en salir al escenario, dejará de lado a su compadre, Cipriano Castro, para entronizarse en

el poder y hacerse dueño absoluto de esa gigantesca finca llamada Venezuela.

Mientras tanto, por estos predios, Tulio Febres Cordero, el ya casi cuarentón escritor merideño, se lanza a una de las más temerarias e inauditas aventuras de su vida: la escritura de la novela *Don Quijote en América, o sea la cuarta salida del ingenioso Hidalgo de La Mancha*. Coincidiendo con el tercer centenario del *Quijote*, 1605-1905, publica su obra, no sin las reticencias propias de quien mira desde lo alto el abismo al cual se lanzará irremediamente y, a pesar del vértigo, lo hace. Pero resulta que tal salto al vacío no es temerario sólo en Don Tulio, autor inserto en lo más intrincado y alejado de la geografía venezolana, sino en cualquier autor que reconozca la magnificencia del clásico, y su obligada vuelta a él a través de la lectura.

Hemos dicho, “a través de la lectura”, único lugar posible desde donde se puede otear su inexpugnable fortaleza y vigor. Aunque como sabemos, de la lectura a la escritura sólo media ese relámpago llamado salto cualitativo, que nos hace tomar la decisión de acallar los silencios de la meditación y del goce estéticos, a través de nuestra propia experiencia. Si analizamos la posición del escritor para entonces, podemos atisbar una obra creciente, una febril escritura que, como se ha dicho ya en estas páginas, sólo logrará apagar la muerte. Es decir, la pasión *cervantina* de Don Tulio lo empuja a hacer una pausa en su periplo literario, para internarse en las “tinieblas” de una obra que constituyó en su vida un tránsito salpicado por amarguras y triunfos. Visto hoy aquel gesto literario de dar continuidad a una obra, alejada trescientos años de su admirado ultramarino, pareciera extraño, complejo; pero compleja y extraña es la vida.

Sin embargo, como ya dijimos, Don Tulio se prepara para el salto, olfatea el entorno, mira a los ojos a sus connaturales críticos, y toma la decisión. Cuando accedemos al libro en cuestión salta de inmediato un texto que a manera de *prólogo* ubica el autor antes de la novela, al cual titula: *Advertencia en la primera edición*. En el primer párrafo leemos: “Primeramente te suplicamos, lector, que no juzgues este li-

bro sólo por su título, sino que antes lo leas desde el principio hasta el fin, porque de lo contrario nos calificarías injustamente de atrevidos y presuntuosos”. Nótese que Don Tulio se escuda tras el plural mayestático, no para eludir su responsabilidad autoral, cuestión absurda en un escritor como él, que asumió sus procesos con gallardía y lucidez, sino como una manera de tomar distancia ante la crítica, y así poder seguir adelante con su pesada empresa literaria sin que ello lo afectara mayormente en sus emociones.

En esas mismas páginas afirma Don Tulio que la escritura de la novela “corresponde a la última década del siglo XIX”, es decir, cuando la obra sale a la luz pública mediaba un espacio de aproximadamente 10 años. Si bien coincide su publicación con el aniversario del tercer centenario del clásico, al parecer su destino no es ganar lisonja haciendo uso del renombre de un personaje inmortal, sino recrear el “hipnotismo” y el “encantamiento” de un realismo que el autor merideño declara como “honesto”.

La “advertencia” de Don Tulio no es gratuita, porque a partir del momento de la publicación de la primera edición de su libro, hasta que se agotan las sucesivas ediciones, llueven sobre el autor y su obra “sapos y culebras”, un aluvión de críticas, que lo obligan a medirse con lo más sobresaliente de la inteligencia venezolana, latinoamericana y europea. Desde el texto más simple y obsequioso, hasta la crítica más perversa y mordaz, recibe Don Tulio con una tranquilidad que, como veremos luego, y vista su sensibilidad artística, no es tal. En la *Aclaración* a la segunda edición de la obra, o *Prólogo a la 2ª edición* (como lo acota entre paréntesis), aparecida en 1906, nos percatamos de un Don Tulio a la defensiva, utilizando disímiles argumentos para persuadir a sus detractores, de que no se trata de la continuación de la gran obra de Cervantes, pues ello sería audaz y ridículo.

Se empeña el escritor merideño en resaltar el fin primordial de su libro, “aplicar la crítica cervantina como correctivo de vicios y preocupaciones reinantes en lugar y épocas determinados”. Aunque algunos estudiosos ven en el gesto de Don Tulio una velada crítica a la situa-

ción política de la Venezuela de entonces, el mismo autor se encarga de echar por tierra tales argumentaciones, al aclarar que lo movió “un acto sincero de buena voluntad”, agrega lacónico y contundente a la vez, que se trata de una obra de “intención patriótica” ante los peligros generalizados del “menosprecio a lo criollo y la servil imitación de lo extranjero”.

Aunque esta última expresión podría ser utilizada por sus críticos para echar por tierra su propia intención personal y social, al tratarse de una obra que toma como modelo precisamente una allende los mares, no podemos menos sino partir de la premisa de una intencionalidad erigida sobre su reconocida defensa de lo nacional, ante el desmedido avance de lo foráneo. En todo caso, encuentra Don Tulio en la obra cervantina elementos que calzan dentro de su arraigada concepción moralista del mundo, utilizándola como mampuesto para insertar así su defensa de lo criollo (tradiciones, costumbres, rasgos, cultura, etc.), sin que ello sea motivo suficiente para descalificarlo por la vía de la incongruencia entre la literatura y el afán moralizante, que bulle desde sus fueros internos como un volcán activo.

Es importante observar que en el texto “explicativo” a sus intenciones literarias, que incluye Don Tulio en la segunda edición de la obra, resalta una frase que no deja de llamar poderosamente la atención: “por criollo y humilde que sea...”. ¿Cómo interpretar tal declaración? ¿Acaso se refería a una situación de minusvalía que siempre ha sentido el escritor de provincia, ante sus coetáneos capitalinos; más aún: frente a sus “iguales” de otras nacionalidades?. Sin embargo, no deja de ser inquietante que sea precisamente Don Tulio quien se declare “criollo” y “humilde”, como excusa por su “atrevimiento”, pues ha sido uno de los pocos escritores de su generación que más han recibido en vida realimentación y reconocimiento a su obra, tanto a lo interno como desde otras latitudes. Peor aún: para 1905, Don Tulio ya era profesor de la Universidad de Los Andes desde hacía varios años, y ello es mucho decir en una época en la que acceder como catedrático de la universidad andina era algo así como un reconocimiento inconmen-

surable al talento y a las dotes intelectuales de un ciudadano. Aunándose a ello la existencia de sólo un pequeño puñado de instituciones universitarias, donde resaltaban con luz propia la Universidad de Caracas y la de Mérida.

Por otra parte, para ese tiempo ya Don Tulio había publicado varios trabajos de importancia, veamos: *Apoteosis de Colón e Historia Micrográfica de Venezuela: Siglo XVIII-XIX* (1890), *Estudios sobre etnografía americana* (1892), *El nombre de América* (1892), *Las cinco águilas blancas, Mitología americana sobre el origen de la Sierra Nevada de Mérida* (1895), *Foliografía de las plantas de los Andes venezolanos* (1896), editada en *El Lápiz* y la edición constó sólo de dos ejemplares, *Cocina criolla o guía del ama de casa para disponer la comida con prontitud y acierto* (1899), que se erige en el primer libro de cocina que se publica en el país, donde el autor despliega con fluidez infinidad de recetas y de platos, cuya rica sazón guarda los más atávicos secretos de la comida andina. *Biblioteca micrográfica de Venezuela* (1899), constituida por dos pequeños tomos: *El siglo XIX en Venezuela y el Siglo XVIII en Venezuela*: de estos tomos baste señalar que son los libros más pequeños editados en el país en el siglo XIX, *Los Mitos de Los Andes y la Legislación Primitiva de América* (1900), *Colección de cuentos* (1902), los cuales fueron escritos entre 1886 y 1902. Además, debido a sus afanes de coleccionista, ya referidos acá, se dio a la tarea de compilar una serie de documentos históricos sobre la vieja querrela entre Mérida y el Zulia por los derechos de usufructo de la Costa Sur del Lago de Maracaibo, que intituló *El derecho de Mérida a la costa sur del Lago de Maracaibo*, y que hizo públicos en 1891 y una segunda edición ampliada en 1906 con el título de *Cuestión Límites: el Derecho de Mérida a la Costa Sur del Lago*. Es decir, en lo que va de 1890 a 1906, cuando Don Tulio publica la segunda edición de su polémica novela cervantina, media una vasta obra que ya lo había posicionado en un lugar preeminente en las letras nacionales y continentales.

Es más, durante ese mismo período histórico Don Tulio fue centro de atención dentro y fuera del país, y ello le conquistó innumerables

premios y reconocimientos. Podemos citar: *Miembro Correspondiente de la Academia Nacional de la Historia* en Caracas (1889), *Miembro Honorario de la Sociedad recreativa de Rubio* (1890), *Medalla de Oro por el Primer Premio en el Certamen Literario del Centenario del general José Antonio Páez, Cronista de la Universidad de Los Andes* (1892), *Socio Corresponsal en Venezuela por la Sociedad de Guatemala* (1894), *Medalla de Oro, Primer Premio del Certamen Literario de Coro* (1895), *Medalla y Pluma de Oro, Primer Premio del Certamen Literario de Táriba* (1900), *Cruz de Caballero Benemérito* otorgada en 1900 por el Comité Internacional de la entrada del siglo XX, reunido en Bologna. *Medalla de Oro, Primer Premio del Certamen Literario del Zulia, por su novela La Hija del Cacique o La Conquista de Valencia* (1906).

Esa “humildad” que se autoendilga el autor merideño no deja de hacernos ruido. Veamos. A lo largo de la investigación para la escritura de esta biografía, nos hemos topado con numerosas referencias – por parte de sus contemporáneos, familiares y de los estudiosos de su obra– a la humildad personal de Don Tulio. Es más, se dice que el escritor merideño vivió toda la vida en casa alquilada en medio de una “pobreza honesta”; en otras circunstancias se ha dicho, que vivía en medio de una “extrema pobreza”. Es preciso acotar que la casa donde nació y murió Don Tulio era la misma del doctor Foción, su padre, cuestión a la que ya hemos hecho referencia. Habría que sopesar entonces con rigurosidad lo que significaba para la época estar en “pobreza”. Cuando cotejamos la literalidad del vocablo con la realidad sustentada en los propios escritos del autor y en el testimonio directo de familiares, hallamos a un hombre sencillo, pero catedrático universitario y dueño de una pequeña finca (más bien una casa campo, transigimos), ubicada en La Hechicera, lugar que gustaba frecuentar para el descanso y para el reencontrarse con las letras, desde una posición si se quiere privilegiada, ante la cercana magnificencia de la Sierra Nevada. Si bien su trabajo como catedrático universitario fue *ad honorem*, al final de sus días comenzó a percibir una pequeña pensión a raíz de su designación como Rector Honorario de su universidad.

Por otra parte, Don Tulio se bandeaba con la venta de trabajos impresos en su Tipografía “El Lápiz”, y muchas veces percibió dinero por la venta directa de sus libros.

Es decir, el biografiado fue un hombre que no gustaba de extravagancias ni de lujos, llevaba una vida llana, pero de allí a estar en “extrema pobreza” nos parece un exabrupto histórico. Por otra parte, la referencia que reiteradamente se hace, en cuanto a su desdén por los homenajes y los honores, deja traslucir una personalidad libre de los atavismos de la soberbia y del endiosamiento, propios de quienes ostentan en vida una respetabilidad y una fama ganadas sobre la base de una muy destacada actuación. Pero, por las eternas paradojas del destino, Don Tulio recibió en vida innumerables premios y reconocimientos a su fructífera trayectoria intelectual, y como hombre público.

Don Tulio fue ante todo un gran personaje de su época, su opinión era buscada como referente obligado en todo lo concerniente a la cultura de su región y del país, sumándose sus inmensos afanes por desvelar al hombre común a través de sus costumbres, del habla popular, de los ritos y de las leyendas, que impregnan de un halo mágico y reverencial una obra llevada a pulso, y con grandes esfuerzos personales. Si tomamos en consideración que Don Tulio publica la obra cervantina a los cuarenta y cinco años, y sobre sus hombros pesaba ya una fructífera carrera literaria, amén de reconocimiento público y gran prestigio social, la consabida “humildad” de la que hemos venido hablando se torna –en todo caso– más una característica propia de su personalidad, que la resultante de factores o elementos exógenos que le podrían arrebatarse la gloria a la cual tenía pleno derecho.

Ahora bien, dejándose un tanto de lado la estructura psicológica que caracterizó al biografiado que, como se ha dicho en varias oportunidades, se empeñó por mostrarse como un hombre sencillo y honesto (cuestión que no ponemos en duda), no deja de lacerarnos la piel el hecho de que haya elegido precisamente a la obra cumbre de las letras hispánicas, *El Quijote*, como el referente para producir otra obra, que no sólo toma parte del título del texto primigenio, sino que busca en

su argumento y estructura recrear en un entorno local las aventuras de un Quijote criollo. ¡Tamaña aventura literaria! No podemos exclamar otra cosa.

Existe, pues, a nuestro entender, una compleja paradoja difícil de desentrañar, porque, mientras por un lado se califica de criollo y de humilde, adjetivos que “calzan” a su personalidad por lo ya esbozado; por la otra, escribe una novela cuyo título no puede ser más comprometedor y temerario: *Don Quijote en América, o sea la cuarta salida del ingenioso Hidalgo de La Mancha*. Y muy a pesar de las posteriores aclaraciones del autor, en un afán denodado por deslastrarse del inmenso peso que se le vino encima, la obra está allí como testigo del ingenio del autor de provincia, y como la piedra de toque que permanentemente da argumentos (reales o ficticios) a la crítica para que golpee sobre su débil y muy quijotesca humanidad física una y otra vez.

Si bien Don Tulio podría haber escrito la novela sin los atávicos recursos y argumentos que utilizara trescientos años atrás Miguel de Cervantes –por ese inmenso talento traducido en una obra multidimensional, que lo hacía entonces merecedor de la fama local y nacional–; en su empeño por inundar su entorno de una moral que lucía quebrantada, a la luz de los acontecimientos políticos que afectaban notablemente el entorno y la vida de todos, donde las montoneras y la permanente trifulca entre caudillos de corto pelo eran el pan nuestro, se decidió por la gran obra universal. Es decir, su pasión cervantina y su afán moralizante ante el empuje de lo foráneo y el retroceso de lo criollo, rompieron los diques de la medida literaria y lo lanzaron a una empresa desmedida, sin duda, pero que vista cien años después recobra otros matices, y otra textura.

El escritor merideño por ese prodigio, que tantos dolores de cabeza le causó en su tiempo y que aún en nuestros días intenta horadar su memoria, luce hoy como un autor adelantado a su época, para quien la intertextualidad no era problema a la hora de buscar una solución creíble y verosímil a su propia desmesura. *El Quijote*, metamorfoseado en el simpático y criollo *doctor Quix*, no es otra cosa que el culmen

(por decirlo de alguna manera) del pensamiento de Don Tulio, quien busca aleccionar a sus contemporáneos ante el devastador empuje de las fuerzas que hoy llamaríamos globales.

Mientras el autor merideño propugna una salida *nacionalista* ante la batalla que se libra entre las fuerzas telúricas y las foráneas, en una aptitud a todas luces conservadora de lo propio; por otro lado, se transforma en un autor de avanzada al utilizar un texto clásico como punto de partida de su propia obra literaria. Don Tulio rompe esquemas mentales y literarios y se expone de lleno a la vindicta de su entorno, que solapadamente le exige explicaciones ante el “irritable” hecho consumando, mientras que matiza la situación con el halago al “amigo”, o con la referencia a la extraordinaria densidad del texto, y del lenguaje utilizado.

Ante el positivismo que deglute el pensamiento y las acciones de los académicos e intelectuales de la época, Don Tulio se levanta con su obra para denunciar el empeño del denominado e idolatrado progreso en pretender revertir el “orden natural de las cosas”. Habla el escritor en su obra:

La causa principal de esta xenomanía y sistemático menosprecio por lo criollo, está en un ciego y fanático respeto a la gran palabra del día, a la palabra mágica del Progreso. En nombre del progreso se invierte el orden natural de las cosas, y se atropella hasta lo más sagrado.

El desenvolvimiento psicológico de un pueblo, y su progreso útil y trascendental, no son cosas que se improvisan: vienen lógica y gradualmente. La obra del verdadero progreso empieza por la conservación de todo lo bueno, aunque lo bueno sea más viejo que Matusalén, y sigue con el mejoramiento de las cosas existentes y la implantación oportuna de lo nuevo, cuando lo nuevo es ventajoso, procediendo no persaltum, como lo quieren los falsos apóstoles del Progreso...

Nos encontramos entonces con un escritor “decimonónico”, pero con una visión amplia del mundo. Es decir, estamos frente a un intelectual cuya preocupación por el asalto del progreso a lo existente, lo

lleva a definir desde comienzos del siglo XX postulados que sólo 70 u 80 años después serían conocidos y admirados por el mundo académico. Descubrimos a un escritor de provincia cuyas reflexiones logran dar el salto cualitativo hacia un nuevo paradigma, hoy en plena vigencia: la complejidad del mundo. El progreso y la conservación de lo existente no son antagónicos: ambos se complementan. Es decir, los avances tecnocientíficos, llamados a secas como “progreso”, no pueden ponerse de espaldas, ni mucho menos destruir lo existente, porque sencillamente eso es aberrante.

Contrariamente a lo que pensaba su contemporáneo español Miguel de Unamuno, para quien “la enfermedad misma sea la condición esencial de lo que llamamos progreso, y el progreso mismo una enfermedad”, para Don Tulio el progreso tiene que ser concebido como parte de un todo, y en ese todo está indefectiblemente lo existente. Pareciera que en Don Tulio confluye el pensamiento y la reflexión del intelectual inserta en un mundo global, cuya complejidad hace perentorio defender lo alcanzado como garantía de progreso y futuro.

Los postulados de Tulio Febres Cordero, en defensa de las tradiciones, no pueden entonces ser tomados a la ligera, etiquetados como simple *criollismo*, o *tradicionalismo*, o el de estar adosados a una corriente literaria de moda, porque ello implicaría desnaturalizar los fines teleológicos de su lucha literaria y humana, que iban mucho más allá de los límites de su tiempo y espacio vital. Para Don Tulio su lar nativo era el universo, y al universo lo hizo su lar nativo; es decir, en su afán por evitar el derrumbe de lo propio en pos de la utopía del denominado progreso, universalizó su obra tomando como punto de partida ese pedazo de tierra andina que casi nunca abandonó, y ubicó en lo más alto de su reflexión existencial y de su profusa obra literaria.

Tulio Febres Cordero ante la crítica

Resulta curioso constatar que la densa personalidad de Don Tulio lo impulsó a desvelar públicamente lo que pudo haber guardado con celo en lo más profundo e íntimo de su ser, como son los comentarios adversos –a veces terribles– a su celebérrima obra cervantina. Si bien, visto *a posteriori*, cuando la energía de las pasiones ha mermado por el correr de los años, podría significar un gesto de humildad y de sencillez, o en todo caso, seguridad ante su talento y confianza en el veredicto del tiempo; a lo mejor para sus coetáneos todo ello no fue más que un signo muy claro de una soberbia rayana en autosuficiencia y arrogancia literaria.

Como *Prólogo de la tercera edición*, el autor incluye dos cartas significativas, porque a través de ellas se logra establecer con certeza el calibre del encendido debate en torno a *Don Quijote en América, o sea la cuarta salida del ingenioso Hidalgo de La Mancha*. Es más, con su reconocida paciencia de coleccionista, Don Tulio fue archivando todo lo que llegó a sus manos con respecto a la inmensa polvareda que levantó su libro, pudiéndose con los años conocer en detalle cuáles fueron los argumentos esgrimidos por los críticos (y el doblez del com-

portamiento humano), y cómo fue la “defensa” del ilustre merideño ante lo que constituyó su mayor desafío intelectual.

Incluye Don Tulio, en primer término, una misiva de Pedro Fortoul Hurtado, quien se hace llamar en la misma: “Su admirador, amigo y compatriota”, cuestión que llama a la reflexión, no sólo cuando leemos sus fortísimos comentarios críticos, que parecieran venir más de un enconado adversario que de un amigo y admirador, sino al constatar que ambos no se conocían en lo personal, sólo a través de la lectura de sus respectivos escritos. Declara Fortoul en su empalagosa carta que el libro en cuestión le llegó a través del doctor Pedro J. Romero, por encargo del diario *La Religión* de Caracas, solicitándole un juicio sobre la obra. Al comienzo, la comunicación es profusa en halagos y declaraciones de amistad y simpatía, donde se dejan leer frases de admiración por la “calidad de su estilo” y por “el ingenio del escritor andino”. A medida que el texto fluye, Fortoul va lentamente tendiendo el puente hacia su parecer, aunque de entrada –por las razones esbozadas al propio autor– se negó a escribir la nota crítica que se le pedía. Veamos, pues, en *Recuento crítico a una novela centenaria* (2005) lo expresado por Fortoul: “Si el autor fuera otro –le dije al doctor Romero– me sería fácil publicar mi opinión acerca de D. Quijote en América, pero Tulio Febres Cordero es uno de los escritores venezolanos que más respeto y simpatía me inspiran, (...) en tanto que mi opinión le es muy adversa, no quiero ni debo salir ahora con una nota discordante” (TFC, 2005).

Fortoul se lamenta de tener que callar, porque considera que la obra es “una novela criolla de las mejores que en Venezuela se han escrito”. Sin embargo, de inmediato inserta un dardo envenenado que de seguro le heló la sangre a Don Tulio: “Pero desgraciadamente esa obra nació más enferma que aquellos pueblos (*se refería no sólo a Venezuela, sino también a todos aquellos que van desde México hasta Buenos Aires*), postrada, enclavada en la irremediable parálisis de su propósito imposible”. Luego agrega de manera contundente que es tal la enfermedad de la obra, que necesariamente la crítica tiene que “dejarla morir en el silencio”. Ante tales consideraciones, imaginamos que en

Don Tulio iba creciendo un sentido de impotencia difícil de drenar, toda vez sus notas aclaratorias en las sucesivas ediciones, que al parecer no habían hecho mella en el criterio del espinoso Fortoul.

La marejada de contradicciones que expone el autor de la misiva no deja de ser importante, porque al tiempo que desmonta la novela sobre la base de su imposibilidad estética y “vituperable profanación” al pretender continuar la obra de Cervantes, sólo comparable a un hecho tan insólito como el que un poeta osase continuar la *Iliada*, reconoce en ella un trabajo serio y sincero “como lo requiere el noble y patriótico ideal de combatir males profundos de un pueblo y de una época.” Concluye Fortoul su comunicación deseando poder hacerla pública para así “responder a ciertas malintencionadas interpretaciones, haciendo ver que (...) el libro es una simple aberración, incapaz en absoluto de obscurecer los envidiables triunfos alcanzados por el egregio escritor andino”.

El 8 de marzo de 1907, a poco más de un mes de haber recibido la carta ya citada, Don Tulio se da a la penosa tarea de responderle. No podemos negar que la carta está impregnada de honestidad no exenta de ironía, y deja traslucir el estado ánimo en el que se encontraba el escritor: “Con grata sorpresa he leído su interesante carta”, dice Don Tulio, sin cerrarse a la posibilidad de hallar en ella elementos, resquicios, tal vez, para algún aprendizaje. Prosigue haciendo alusión a la amistad que le ha brindado y que reitera “con la misma ingenuidad”. Es decir, reconoce Don Tulio que se necesita ser un ingenuo para creer en la “excesiva benevolencia” con que Fortoul ha acogido la “sentida y profesada” amistad de parte de alguien a quien no conoce personalmente; pero, por supuesto, no es motivo alguno como para cerrarse ante una crítica “gallarda” que trae consigo un “ventajoso concepto” acerca de su persona. Aunque Don Tulio se muestra “maduro” ante la crítica, expresa a Fortoul con aguda sensibilidad:

...que, no obstante haber sido excitado por varios amigos a escribir en defensa de aquel libro, desde que aparecieron sucesivamente los juicios críticos de los distinguidos

escritores Semprún, en El Cojo Ilustrado de Caracas, Max Grillo, en El Correo Nacional de Bogotá, y Picón Febres, en su historia crítica La literatura venezolana en el siglo XIX, no lo había hecho por varias causas, siendo la principal de ellas mi respeto a la libertad de juzgar en el terreno literario, que tiene más entradas y salidas que la famosa Tebas; pero ya que V. me dirige epistolarmente una impugnación análoga, voy a exponerle algunas ideas, para que las considere y aprecie, según su leal saber y entender, sin adelantarme a creer que puedan persuadirlo, porque en estas materias tanto tengo yo de infalible como de cristiano el gran Turco (op. cit).

De entrada le está diciendo Don Tulio a su destinatario que, muy en contra de su intención literaria de convertirse en un segundo Cervantes, como quedó expuesto y “aclarado” en sus notas preliminares a las sucesivas ediciones de su libro, va a intentar desmontarle su discurso, aunque no guarda mucha esperanza de “persuadirlo” por la inmensa muralla que Fortoul erigió en su texto crítico, en el cual utilizó términos por demás agrios y poco caballerosos. Pensamos que fue muy difícil para Don Tulio armarse con sus mejores criterios para salir a la defensa de una obra que él consideraba “honesta” y “patriótica”, sobre todo cuando a la par de esta misiva fue recibiendo a lo largo de los meses innumerables muestras de adhesión a su propuesta literaria, lo que cada vez era más evidente a través de la prensa regional, nacional e internacional, en las que fueron apareciendo disímiles textos donde se alababa la obra desde sus diversas aristas y posibilidades artísticas. Es más, fue tan comentada la obra en su tiempo y llegó a recibir tal cantidad de referencias, citas, ensayos, estudios y comentarios, que de la conjunción de todo ese material ha salido un extenso libro. Por otra parte, la sucesión de ediciones se fue dando en tiempo muy corto (aunque desconocemos el tamaño de cada tiraje) y ello pone de manifiesto el éxito de la obra en una época por demás difícil y escabrosa, desde el punto de vista político, social y económico.

Es importante dejar sentado que las críticas fundamentales, tanto de Fortoul como de otras personalidades, no están centradas en la calidad de la novela como tal, sino en sus “afanes” de continuación de

una obra inmortal, como lo es *El Quijote*. Es más, todos los detractores de la obra, sin excepción, alaban su prosa, los ambientes y su ingeniosa osadía. La mayoría de los críticos expresan respeto y admiración por el escritor andino, eso sí: “condenando” el “traspié” literario, y dando finalmente un voto de confianza al talento y a la honestidad de Don Tulio. Es por ello que no resulta extraño que la defensa del autor esté centrada en la utilización del nombre y de la intención de la obra cervantina, sobre la base de su ejemplo aleccionador para un país dañado, como la Venezuela de entonces (y de ahora), que de manera ciega asume lo foráneo como bueno, y desdeña lo criollo como pasado de moda, o como inconveniente a los mezquinos intereses crematísticos de grupos o de elites. Los entuertos que pretende remediar el *Caballero de la Triste Figura*, en su entorno medieval, no son distintos a los que tiene que subsanar un Quijote redivivo en estas tierras americanas. Para Don Tulio los méritos de la obra cervantina son muchos:

Pero por encima de estos méritos, está el mayor de todos, el haber sido el Quijote para el arte de la crítica lo que la pólvora para el arte militar, un nuevo elemento, una sustancia poderosa, que ora se queme en cañones y morteros, ora en trabucos y escopetas, y hasta en la simple carabina de Ambrosio, y bien pueda reventar como un trueno, bien como un triquitraque, siempre será la pólvora, y una arma de combate de que todos pueden hacer uso, sin que el poco o ningún acierto de los tiradores pueda tomarse como burla u ofensa hecha a su célebre inventor (op. cit.).

Defiende Don Tulio la universalidad de la literatura, no como un coto cerrado para el disfrute estético o utilitario de una obra, sino como un prisma que se abre cuando es tocado por el haz luminoso, en un amplísimo espectro de posibilidades. Y en esto es también el autor andino una mente adelantada a su época. La posesión de la obra, una vez salida de las manos de su creador, es de la humanidad. Detrás de su discurso en defensa de lo criollo, frente al avance incontenible de lo foráneo, subyace una concepción de profunda libertad del hecho literario, de la cual –quizás– ni el mismo Don Tulio estaba plenamente

te consciente. Ahora bien, ateniéndonos a los hechos puntuales, Don Tulio cita un texto del crítico José M. Asensio para dar réplica al de Fortoul, en el cual el estudioso español, al cual se le atribuye la invención del término *cervantista*, aplaude la utilización y continuación de una obra que puedan hacer los sucesores de la misma, y es una prueba de reconocimiento a un gran autor:

...la de imitar sus obras, aprovecharse de sus pensamientos, resucitar los personajes creados por su fantasía y tratar de continuar sus narraciones. (...) Pero al hablar de los continuadores del Quijote, es necesario trazar una gran línea divisoria. Preciso es apartar y distinguir al que en vida del autor se apoderó de su pensamiento, escarneció sus hechos gloriosos y trató de privarle de la ganancia (...), de aquellos que después de su muerte han procurado seguir sus huellas (op. cit.).

No obstante, insistimos, no se trata del “permiso” que pueda otorgar o no una “voz autorizada” a darle continuidad a una obra, lo que impulsó a Don Tulio a escribir su novela cervantina, sino el sentirse esencia de un hecho universal que le es consustancial a quienes son parte del mismo, por ser sus naturales herederos. El alegato presentado por Don Tulio vale como defensa sobre la base de una “autoridad”, pero no logra superponerse del todo al que verdaderamente subyace: su libertad como escritor de tomar lo que considere plausible para llevar adelante su propio proceso creativo. Pero no contento con la voz autorizada y contundente de Asensio, y actuando ya como un fino estratega leguleyo, se arma de otros alegatos no menos poderosos, en su afán de dejar bien sentada su “inocencia” y su honestidad. De Unamuno toma una célebre frase de su libro *Vida de D. Quijote y Sancho*, cuando sorprendido se interroga: “¿Pero es que creéis que D. Quijote no ha de resucitar? Hay quien cree que no ha muerto, que el muerto, y bien muerto, es Cervantes que quiso matarle, y no D. Quijote”. Se solaza Don Tulio, ante Fortoul, al comentarle que el propio autor español, a quien acaba de citar, está leyendo su obra, y le ha expresado “que le está dando buenos ratos y que ha de decir de él mucho bueno”.

Continúa Don Tulio su argumentación agregando nombres de personalidades a su ya densa misiva. “Tampoco se escandalizó Gil Fortoul, crítico tan sagaz como experimentado, ante la resurrección del Quijote”. Añadió: “Anduvo usted más acertado que Montalvo en los Capítulos que se le olvidaron a Cervantes (...). La idea iniciativa de usted es más original.” Como se puede observar, se codeaba Don Tulio con lo más eximio de la intelectualidad local y extranjera, lo que le sirvió de base para hacerse de una sólida argumentación en la defensa de su obra.

Es decir, el escritor andino, que escasamente abandonó su tierra, mantuvo durante toda su vida comunicación epistolar frecuente con intelectuales, académicos y escritores contemporáneos, lo que le permitió cotejarse permanentemente y poner en claro su valía, y la de su obra literaria. Pero lo más significativo de todo ello es que, al leer sus cartas y las recibidas procedentes de muchos confines, nos percatamos de que la relación entre Don Tulio y los autores nacionales y extranjeros no era en absoluto de vasallaje ni de sumisión intelectual o literaria, sino de “iguales”; de personalidades que compartían o disentían en torno al hecho escritural.

No nos equivoquemos al pensar que algunas de las frases o vocablos colocados por Don Tulio en sus cartas podrían ser signo evidente de un sentido de inferioridad ante el otro; son respuesta a una cortesía propia de las personas cultas de estas regiones andinas para la época estudiada. Cosas como “Justo y hasta caritativo es ponerle ya fin a esta carta, que por lo larga e insípida, es de aquellas que no pueden leerse sin haber hecho antes votos de humildad y paciencia”, no implican rendición o flaqueza intelectual, todo lo contrario, es decirle al oponente que a pesar de lo dicho, a pesar de la batalla, quedan fuerzas morales y gallardía suficientes para seguir el camino trazado. No en balde escribe antes de concluir la redacción:

Debo manifestarle que de ninguna manera habría visto con disgusto la publicación de su carta (...). En prueba de ello, pienso publicarla (...) para que sepan al menos los que

vean brillar en sus diestras manos la lanza de oro con que acomete al Quijote criollo, que no ha quedado muerto de la lanzada, y conozcan la clase de armadura a que debe su salvación (op. cit.).

Resulta verdaderamente curioso todo este proceso crítico en torno a *Don Quijote en América, o sea la cuarta salida del ingenioso Hidalgo de La Mancha*. Curioso, porque no se trata tan sólo de seguir al detalle los ataques recibidos por Don Tulio y su obra, y las lúcidas respuestas dadas a cada oponente. Se trata ya de críticas sobre críticas, de un ir y venir de textos que hacen cada vez más interesante y denso todo lo relacionado con la obra. Personalidades a las que de pronto les llegó el eco de las controversias y se sintieron impelidas a participar en apoyo del autor andino. Pero no resulta ello una mera reacción de apoyo automático a un escritor denostado por su osadía literaria, sino el refuerzo serio y profundo a sus propias argumentaciones. Max Grillo, crítico ya citado, se une al coro presidido por Fortoul, pero con mayor vehemencia, en su ensayo publicado el 20 de Febrero de 1906 en *El Correo Nacional* de Bogotá:

Qué diré ahora de Don Quijote en América, o sea la cuarta salida del ingenioso hidalgo de la Mancha, obra acometida por el escritor venezolano Sr. Tulio Febres Cordero, quien más osado que Avellaneda y a cien mil leguas del merecimiento de Montalvo, se las compuso consigo mismo y sin mayor recato se lanza a resucitar al Caballero de la Triste Figura y, en compañía de Sancho, lo trae a los rastrojos indianos después de haber cometido toda suerte de desatinos en la Península (op. cit.).

Deducimos del párrafo anterior una xenofobia rayana en animadversión, toda vez que Grillo insulta a Don Tulio y a su obra por la vía de los denominados “rastrojos indianos”. Es decir, el pecado de Don Tulio no es tanto el haber resucitado al Quijote –lo cual es tomado como excusa y argumento para arremeter con saña–, sino el provenir de estos apartados rincones del planeta. Más adelante acusa a Don Tulio de “iconoclasta”, de irreverente, y no contento con esa sarta de adjetivos remata

su ensayo afirmando que “Don Quijote en las páginas del Sr. Febres parece un maniquí ridículo, un pseudo-sabio (...), una caricatura irreverente.” De igual forma, el crítico Jesús Semprum publica un breve texto crítico en *El Cojo Ilustrado* de Caracas, el cual aparece el 1 de agosto de 1905. Si bien Semprum también arremete contra la obra y su autor, sus argumentos son menos elaborados, pero no por ello menos punzantes: “Lo que traza Febres Cordero es una caricatura, con sus consiguientes extremos cómicos.” Luego añade: “Despojemos al doctor Quix de sus ridículas exageraciones y resultará muy apreciable frente al cacique bestial que así como lancea al tigre inverosímil del inverosímil Jardín Zoológico de Mapiche, sería capaz también de romper a pedradas los faroles públicos.” No obstante, Semprum reconoce méritos a la obra criticada, haciendo referencia, entre otras cuestiones, a “la soltura de su estilo impregnado de naturalidad”.

En su libro *La literatura venezolana en el siglo XIX: ensayo de historia crítica*, Gonzalo Picón Febres, reconocido académico, crítico y estudioso de la literatura venezolana, nacido en Mérida (1860), inserta un ensayo crítico sobre la obra de Don Tulio. Resalta en primer término la “benevolencia” con que Picón Febres aborda el libro en cuestión, no porque careciera de argumentos para la crítica vehemente y dura (como era su estilo), sino porque considera de entrada que *Don Quijote en América*:

...es un libro de bien, de virtud reintegradora, de patriotismo intencionalmente curativo, de propaganda contra el charlatanismo reinante hoy en Venezuela, de oposición al entronizamiento de lo exótico, adulterador funesto de la integridad nacional en todos sus órdenes y manifestaciones y de resistencia briosa contra ese espíritu de novelería inconsciente que permuta de buen grado de oro puro de la tierra por las baratijas de buhonero itinerante que echa sobre nosotros el audaz mercantilismo de los países codiciosos que quieren explotarnos a sus anchas (en op. cit.).

Como se observa claramente, la crítica “benevolente” queda circunscrita al sólo ámbito de la intención literaria, dejando de lado el análi-

sis riguroso en torno a su estructura y composición artística. Pero es precisamente allí donde Picón Febres mete el ojo y la pluma, para ir desmontando –si cabe tal situación– el denso entramado obrado por Don Tulio. Sin ánimos de hacer un análisis *per se* del texto (que no es de interés biográfico), resulta importante lo subrayado por el crítico merideño, a los efectos del maremagno de críticas que levantó en su tiempo la obra de Don Tulio. “Lo que falta es acierto, en el plan precipitado, seguridad en el desenvolvimiento, más animación en el relato y una mirada sutilmente certera para dar en los vicios con la crítica”. Más adelante Picón Febres se suma al eco de voces que sostienen “que la obra es de imitación”. Sin ir muy lejos en la interpretación de lo expresado por el crítico, queda en el ambiente la rara sensación de hallarnos frente a un texto que aplaude la intención literaria y la justifica, pero al mismo tiempo denuesta de ella con meras argumentaciones de carácter estrictamente literarias. Es decir, lo que es bueno desde el punto de vista social, político y para la “reintegración” nacional, resulta nefasto para el intelectual y el literato.

Por otra parte, y partiendo de la premisa ya esbozada de la “imitación”, Picón Febres se empeña en el análisis y cotejo de los personajes: El Quijote y el doctor Quij se ensartan en una lucha titánica, a muerte, cuerpo a cuerpo, donde lógicamente –y por el peso específico del clásico español–, sale “victorioso” el primero. Tal vez sea altisonante expresarlo, pero tal comparación no es posible –y luce desfasada– habida cuenta de ser ambas obras afluentes –por ello distintos– de un mismo océano. Finaliza su crítica Picón Febres con una declaración de principios que ya habíamos percibido: “La obra del señor Febres Cordero es más notable en su intención que en su desenvolvimiento”, con lo cual la descalifica desde el punto de vista literario, e intenta con ello saldar su postura como lector crítico e incisivo, sin ser descortés con su paisano.

Ahora bien, si nos atenemos *sensu stricto* a los criterios esbozados por el propio Don Tulio, en los textos de encabezamiento de las tres ediciones de la obra, cabe expresar aquí que la crítica de Picón Febres no hace

otra cosa que corroborar la “intencionalidad” del autor, otorgándole fuerza y peso “académico” a los fines teleológicos del propio Don Tulio, frente al avasallante aluvión de férreas y desconsideradas críticas que le llegaron desde los más disímiles rincones del país, y desde otras latitudes. ¿Hubo acaso por parte de Picón Febres el deseo soterrado de desviar la atención de la crítica hacia los derroteros meramente literarios –halagados en demasía por la crítica más feroz, por ejemplo la de Fortoul, pero en donde la obra se defendía sola–, con la ambición de abrirle a la novela espacios en el vasto mundo literario de entonces, despejando el camino de una “intencionalidad” denigrada por muchos otros, y que oscurecía ostensiblemente su valía y su aporte? No lo sabemos.

Don Tulio recibió también innumerables muestras de solidaridad. Paralelamente a ese duro enfrentamiento dialéctico que suscitan las tres ediciones de la novela, y cuyos máximos exponentes ya se han mencionado, llegan hasta la residencia del escritor andino y salen publicados en medios regionales, nacionales e internacionales, cartas, breves notas, y nutridos ensayos de lo que serían las “fortalezas” de *Don Quijote en América*. Si bien es cierto que más nos dicen los detractores que los amigos, en materia artística y literaria las palmas en el hombro no dejan de ser un gran aliciente frente al solitario esfuerzo de escribir. El 4 de julio de 1905 aparece publicada a través de la tipografía “León XIII” una breve nota titulada *Felicitación*, la cual suscriben A. I. Picón, Federico Salas Roo, Caracciolo Parra Picón y A. C. Sanz, dirigida a “Nuestro muy querido amigo y compatriota, el ilustrado doctor Tulio Febres Cordero”. En ella los autores dejan sentada la impresión que les causara la lectura de *Don Quijote en América*, la cual “nos ha deleitado y nos llena de noble orgullo patrio”. No contentos con esa declaración solemne de principios argumentan:

No pretendemos ni debemos decir que ha logrado imitar exactamente al inimitable Cervantes, porque podría reputarse de hipóbole atribuible a simpatías y paisanaje.

Pero sí nos atrevemos a recomendar instantemente la lectura de tan interesante obra, satisfechos de que todos encontrarán en ella bellezas literarias, estilo culto y castizo, mu-

cha amenidad, enseñanzas muy útiles, críticas muy justas y oportunas y gran fondo de moralidad; y, por sobre todo esto, indiscutiblemente gran honra para Mérida (op. cit.).

Lógicamente, sus amigos se reúnen y deciden entonces hacer público su gozo ante la aparición de la obra, no obstante, aluden al epicentro de la “tormenta” crítica que muy pronto se desatará en torno a ella, como es el hecho de la supuesta “imitación” que hace Don Tulio de la obra cervantina.

Siguen llegando notas: esta vez corresponde al doctor J. P. Franco Luzardo, a través de las páginas de *La Botica*, hacer manifiesta su impresión ante la obra obsequiada por el autor. Expresa galante: “Sus brillantes páginas, hacen honor a la literatura regional; por la riqueza de sus ideas, la belleza de la forma, las imágenes originales y sobre todo por la seducción de su estilo”. Franco Luzardo alude a algo que pocas veces se ha señalado, como es la originalidad de las imágenes presentes en *Don Quijote en América*. Estamos ante un lector desprejuiciado en lo literario (suponemos que se trata de un doctor en Farmacia) que admira como lector lo que tiene entre sus manos, y a pesar de su cultura que también suponemos vasta al tratarse de un universitario, y por lo tanto conocedor del gran clásico cervantino, no tiene empacho en adjudicarle a la obra “originalidad”, lo que de alguna manera ubica su texto en el camino de la reinterpretación de la novela, que comenzará a recorrer en los próximos decenios hasta llegar a nosotros.

No podemos pasar por alto un telegrama que recibe Don Tulio, con fecha 23 de julio de 1905. Se trata nada más y nada menos que el acuse de recibo de la obra por parte del general Cipriano Castro, a la sazón Presidente de la República. Leamos:

Señor Tulio Febres Cordero

Recibí el Quijote en América, o sea la cuarta salida del Ingenioso Hidalgo de la Mancha, que Ud. tuvo la bondad de dedicarme, por lo cual le doy las gracias. Sírvase enviarme por correo, o por otra oportunidad segura cien (100) ejemplares de dicha obra, avisándome a la vez su valor y dónde y a quién quiere Ud. que se haga el pago.

Apenas he empezado a leer su producción, y sin riesgo de equivocarme, aun cuando no soy perito en la materia, la creo digna de la envidia de los que se llaman literatos.

Su amigo,

Cipriano Castro

De seguidas la respuesta que da Don Tulio a su remitente:

Benemérito General Cipriano Castro

Caracas

He recibido su honrosísimo telegrama, brillante testimonio de la protección que brinda usted a las letras patrias.

El juicio favorable de usted sobre Don Quijote en América, humilde obra que escribí al calor de su sentimiento muy puro de amor a Hispano América, viene a ser un gran triunfo para el autor, no menos que una prueba más del alto y trascendente espíritu de acendrado americanismo de que ha dado usted tan valiente y ruidoso ejemplo ante el mundo entero.

Oportunamente quedarán satisfechos sus generosos deseos de obtener cien ejemplares de dicha obra.

Su respetuoso y agradecido amigo,

Tulio Febres Cordero (op. cit.)

No deja de sorprendernos el gesto del gobernante para con un escritor de provincia. Pudiera pensarse que se trata sólo de una mera cortesía, o de la solidaridad andina. Del análisis del texto se desprende una opinión, si se quiere una crítica, que anima al escritor a responderle en los términos como lo hizo. Si Don Tulio cumplió con su envío, como suponemos que sucedió, a lo mejor ello contribuyó a la difusión de la obra en el mundo literario de la capital y de los estados centrales.

En *La Semana*, Caracas, sale publicado un breve texto de Juan de Dios Méndez, hijo, en el que elogia al escritor y a la obra. “Ha traído al público amante de la literatura amena un volumen, (...), el señor Tulio Febres Cordero, escritor merideño, (...) conocido por su carácter discreto, estilo llano y hermoso, ideas moralizadoras, fantasía de fecun-

do poeta”. Agrega luego: “No necesitaba acudir a figura tan saliente en la literatura española para ofrecernos un *Doctor Quix...*(op. cit.)”. Aunque somos de similar pensamiento en torno a la obra, como ya hemos expuesto en páginas anteriores, quiso Don Tulio traer a tan ilustre personaje hasta nuestras tierras para que acometiera tanto entuerto social y allanara el camino de un avasallante aluvión “progresista” que amenazaba con destruir (y de hecho ocurrió) buena parte de nuestra cultura ancestral.

El mismo año E. Porras publica un texto en *El Noticiero*, de Caracas, y en él deja bien sentado que “no es nuestro ánimo juzgar este libro que está muy por encima de nuestras humildes aptitudes intelectuales, ni mucho menos emitir un juicio que por razones apuntadas tendría que ser aventurado; pero si se nos pidiese una reservada opinión (...), desde luego le sería ésta favorable (op. cit.)”. Ahora bien, ¿cuántas opiniones y críticas en torno al *Quijote en América* no lucen ayer y hoy aventuradas? ¿Cuántos “intelectuales” no participaron en el “torneo” crítico a que dio pie esta obra, por el simple hecho de aparecer reseñados en los medios? Notamos que tanto en el extremo del halago, como en el de la crítica acérrima, hay elementos descontextualizados, fuera de su sitio.

Cuando leemos con atención los innumerables textos referentes a la diatriba tenemos que taparnos los ojos por la inmensa polvareda que levantaron, pero en el fondo la discusión fue meramente cuantitativa, porque en su esencia los aportes a la comprensión de la misma no fueron tan vastos como el volumen de papel que consumieron. Podríamos continuar incluyendo notas, ensayos, telegramas y cartas, y el espacio de esta obra no alcanzaría para ello. Lo sustantivo de todo esto no es precisamente las notas en contra o a favor del autor y de su obra, sino la reflexión que logró acuñar en un breve período de tiempo.

Sin duda, Don Tulio y su novela salieron victoriosos de la guerra “mediática” y literaria acaecida, pero nada le haría suponer al noble escritor merideño, que luego de tan ardua jornada intelectual, que lo dejó exhausto, entraría justamente en la antesala de uno de los períodos más oscuros y difíciles de su vida.

En la intimidad de su **tragedia personal**

Suele ocurrir que, por las ansias de analizar a los personajes desde una mera perspectiva intelectual, los investigadores nos olvidamos que se trata de seres humanos, con todas sus flaquezas y sus virtudes. Por lo general, hacemos mucho énfasis en su obra artística, en los premios y en las distinciones, o en su influencia e impacto en el colectivo social de su época. Todo ello no está mal; es más: es obligante para el biógrafo. Sin embargo, la vida es un *continuum*, es una sucesión –a veces sin lógica– de etapas y de acaecimientos que conforman un todo, que solemos llamar vida. Nos encontramos, pues, ante el asombro de unas circunstancias personales y familiares que nos eran veladas por esa especie de campana de acero que muchos, en su afán de idolatría, colocan sobre los personajes históricos, para hacerlos aparecer como seres de otros mundos: impolutos, sin máculas, a los que jamás los problemas humanos los alcanzó.

Es decir, de pronto, sin percatarnos siquiera, erigimos sobre un ser de carne y huesos un halo de misterio lindante con la inverosimilitud, transformándolo en una vaca sagrada que mucho y poco nos dice a la vez. Creemos que todo ello parte de una falsa premisa: “lo humano minimiza la gloria” y tendemos por lo tanto a borrarlo, a enterrarlo, a

extinguirlo a toda costa. No obstante, contrariamente a lo que esa casta hacedora de “héroes infrahumanos” piensa, el descarnar a un biografiado en su más profunda intimidad personal y familiar, más que exponerlo a la vindicta de una posteridad que no perdona extravíos, exalta su figura al acercarla a la condición de protagonista de esa tragicomedia llamada la existencia humana.

La vida de Don Tulio no estuvo exenta de grandes tragedias personales. Entonces, asombra el hecho de que en las semblanzas que se han repetido a lo largo del tiempo jamás se haya hecho referencia alguna a todas las vicisitudes que tuvo que sortear en su larga existencia. Siempre se nos ha mostrado a un personaje cercenado en su condición de ser mortal, ajeno al sufrimiento ante las pérdidas familiares, incapaz de caer abatido moralmente frente a las ominosas circunstancias que la vida le fue presentando una tras otra, sin descanso y sin dilación. No podemos entonces seguir siendo “cómplices” históricos ante las más claras evidencias del Don Tulio profundamente golpeado en lo emocional, del escritor perseguido constantemente por la tragedia, del hombre que en plena madurez física e intelectual sufrió los avatares de ir perdiendo paulatinamente a los miembros más cercanos de su núcleo familiar, del escritor que tuvo que ir narrando a la posteridad el dolor y la tristeza que se apoderó de la noche a la mañana de su existencia, y que lo hizo perder muchas veces las fuerzas anímicas y físicas para continuar el camino.

Conociendo ya la sensibilidad artística y humana de Don Tulio, habiendo bebido de su propia e inagotable fuente literaria, no podemos sino imaginarnos la congoja de su corazón, las profundas heridas que dejaron en su espíritu los golpes que el destino le tenía preparados. Pero nada le hacía suponer todo lo que estaba por venir. Su obra literaria cobraba día a día mayores adeptos, seguía recibiendo cartas y ensayos referentes a su novela *Don Quijote en América*. Las publicaciones y los reconocimientos iban fluyendo. En 1906 aparece publicado su texto *Datos históricos sobre la imprenta en Venezuela*, que es un homenaje al primer centenario de la introducción de la imprenta en el

país por parte del Generalísimo Francisco de Miranda. Ese mismo año publica la segunda edición de *Don Quijote en América*. Gana un certamen literario en el Zulia con su novela inédita *La hija del cacique o La conquista de Valencia*. Dos años después, obtiene *Medalla de oro en el Certamen Literario del Salón de Lectura de San Cristóbal*, con el relato *Alhaja Maldita*. Publica el texto *La Revolución de 1810 en la Provincia de Barinas*. El año siguiente, es decir, 1909, edita *Actas de la Independencia de Mérida, Trujillo y Táchira en 1810*.

El día 7 de junio de ese mismo año lo sorprende la muerte prematura de su amada hija primogénita, Ana Josefa de los Dolores, quien para entonces no había cumplido los 25 años. Sin duda, fue un golpe terrible para los Febres Cordero Carnevali. El escritor entra en una dura fase de introspección y de análisis de su vida familiar, y al sobreponerse de la conmoción logra escribir un hermoso texto que intituló *Siempre en blanco*, que representa una especie de vitrina a través de la cual Don Tulio se expone, se desnuda, abre su corazón, y deja que broten todos los sentimientos que a lo largo de la vida de la hija había anidado en lo más profundo de su yo interior. Diríamos que se trata del primer escrito referencial en torno a su tarea como padre, y en él deja bien sentada la solidez de sus sentimientos, así como las añoranzas por la vida hogareña, que a partir de entonces comienza inexorablemente a desarticularse.

En *Siempre en blanco*, a pesar de ser un escrito escatológico, brilla la lírica y no deja el autor de hacer referencia al paisaje merideño (el entorno ecológico es para Don Tulio fuente permanente de animación intelectual, y un referente obligado en su obra literaria). Aunque notamos un denodado esfuerzo intelectual por parte del escritor de apartar su corazón cuando está escribiendo, su amor dolido y su tristeza fluyen como torrentes a lo largo de estas breves y muy conmovedoras páginas:

¡Jamás lo olvidaré, hija mía!

Un día al amanecer, cuando las aves despertaban alegres y los rayos del sol naciente apenas doraban la nivea cresta de los Andes, te acercaste a mí vestida de blanco, pálida por la emoción y dulcemente sonreída bajo el velo sutil que cubría tu faz adolescente.

Llevabas en la mano un cirio y un devocionario. Te vi llegar con la gentileza y humildad de un ángel, y caer de rodillas a mis pies, a tiempo que las campanas de la vecina iglesia tocaban a fiesta, y se oía de lejos el suave acorde de los instrumentos músicos. Yo te estreché en mis brazos bañado en lágrimas y te bendije más con el corazón que con los labios. La hora se acercaba. Ibas por el templo, iluminada por los esplendores de la fe, a recibir en tu alma inocente el delicioso pan de los ángeles. Era el día de tu primera comunión (TFC, OC).

Cuando analizamos el texto, salta de inmediato la estructura del mismo. Fue precedido por una “larga” reflexión que conllevó necesariamente una ilación lógica, nacida al abrigo de la secuencia de situaciones cronológicas, cuyo denominador común es el traje blanco que llevaba puesto Ana Josefa en cada circunstancia. Es decir, *Siempre de blanco* no es una catarsis sensiblera y ramplona, con la que un padre destrozado pretende exorcizar sus sentimientos, sin orden ni concierto. Estamos, eso sí, frente a un escrito coherente que amalgama diversidad de elementos que retratan el alma del autor en un momento de su vida: su amor filial, su profunda fe cristiana, su ineludible atracción por la naturaleza, pero sobre todo, la seriedad y la honestidad del autor frente al hecho escritural. A pesar del dolor, Don Tulio no se deja arrastrar por el aluvión de las sensaciones y de la tristeza humana, sino que logra sobreponerse a ello sin sacrificar su derecho –por decirlo de alguna manera– a expresar libremente su pensamiento, sin los atavismos propios de su época. Estamos entonces frente a una prueba significativa de la madurez del escritor, que logra supeditar sus emociones a la limpieza estilística de sus textos, sin afectarlos, sin subordinarlos a las pasiones. Por otra parte, hallamos en tal posición otro elemento más que nos permite afianzar lo ya expresado en capítulos anteriores: Don Tulio fue un escritor que fijó su mirada más allá de los límites connaturales de su propio tiempo histórico:

¡Jamás lo olvidaré, hija mía!

Otro día, más reciente, cuando las aves buscaban silenciosas sus nidos y los postreros rayos del sol, en lucha con las sombras, llenaban el espacio, de melancólicos reflejos, ya al

caer la tarde, te acercaste a mí, vaporosa y gentil, vestida también de blanco, trémula y profundamente conmovida. Llevabas en la frente la corona simbólica de azahares; y arrodillada a mis pies, me pediste la bendición entre sollozos y lágrimas. La hora se acercaba. Brillaban las luces y esparcían las flores su suave aroma en la intimidad del hogar. Cándida avecilla, criada al calor del techo paterno, alzabas ya el vuelo para ir a formar tu nido de casto amor, llena de alusiones y esperanzas de ventura. Era el día de tus bodas (TFC, OC).

Cuesta mucho transcribir los párrafos. Duele el dolor del otro, y hacemos nuestro el consuelo de la eternidad de la palabra. Nos imaginamos al hombre cincuentón, que desde hacía tiempo ya pintaba canas, llorar sobre su mesa de trabajo a medida que de su pluma iban brotando estas tristes líneas, de una exuberante y contagiosa belleza lírica. A medida que nos adentramos más y más en el texto completo, llega a nosotros la certeza de estar leyendo a un exquisito escritor, cuya prosa poética nos sublima hasta lo más alto de esas cumbres andinas que tanto admiró y describió. Es entonces cuando decimos que Don Tulio, contrariamente a lo que pensaba y afirmaba Mariano Picón Salas, fue más un escritor que un gran patriarca. Porque mientras fue erigido como un personaje venerado y respetado por su actuación pública y por su preeminencia en medio de su propio contexto social, su pluma logró dar ese salto cualitativo que logró inscribir su obra en los anales de la mejor prosa de la última porción del siglo XIX y de la primera del siglo XX venezolano. Referirse entonces a él como a un personaje “pintoresco”, cuya trascendencia está centrada en la importancia de su activa figuración pública y social, es minimizar equivocadamente su huella perenne en la literatura venezolana, y en su contexto local:

¡Jamás lo olvidaré, hija mía!

Otro día, más reciente aún, en medio del silencio profundo de la media noche, cuando sólo el búho aleteaba entre las paredes de alguna ruina, yo desperté de súbito, oyendo en tu alcoba llantos, risas y voces exaltadas. Corro a tu lado, y te hallo en actitud trágica, víctima de terrible dolencia. Arrodillada sobre el lecho, con el cabello

destrenzado y la mirada ardiente, te echaste en mis brazos en el frenesí del delirio, y me besaste con entrañable amor. ¡Estabas también vestida de blanco! Tras largas horas de desesperación y de angustia, llega un momento supremo en que flaquean mis fuerzas, y caigo de rodillas al lado de tu lecho. La hora se acercaba. ¡Oh, gran dolor, hija mía, estabas ya tranquila, con los ojos vueltos al cielo, extinguida el habla, y apretabas en tus yertas manos la sagrada efigie del Crucifijo, a tiempo que el sacerdote con voz solemne rogaba al Eterno por tu alma agonizante...! Era la tremenda hora de tu muerte (TFC, OC).

El hijo del antiguo y exquisito linaje, el universitario incólume, el hombre de pensamiento, el fabulador, no puede ocultar el dolor y la pesadumbre que le causa la muerte de su hija. Descarnado se nos muestra entonces Don Tulio en este texto. Asume sin rubor su condición finita: sufre y llora frente a las desgracias y tragedias de su vida. Mientras que algún otro mortal podría gritar e implorar con rabia a una deidad que lo ha defraudado con tanto pesar y tristeza, o tal vez decida desesperado poner fin a sus días, Don Tulio se sienta y escribe un texto extraordinario que lo dibuja claramente en su sencilla y a la vez compleja naturaleza humana. Estamos ante una declaración fehaciente de la profunda sensibilidad humana, artística y religiosa del biografiado. Cuando otros hubiesen optado por callar ante lo que podría significar una intromisión inadmisibles por parte del lector en la intimidad de su vida personal y familiar, opta por descubrirse, por mostrarse, por dejar pasar a una posteridad que había obviado –quizá, deliberadamente– sus debilidades y flaquezas. El hombre intelectual deja fluir la prosa poética y, con ella, sus propia desventura.

Descubrimos a un escritor atormentado por sus circunstancias vitales. Hallamos también al creador que escribe sus desvelos en “horas de cruel insomnio, en la profunda quietud de la media noche”. El Don Tulio impertérrito, patriarca, convertido *ex profeso* en oráculo vivo de sus congéneres, sentado en su silla favorita a la luz de una fría mañana o un ardoroso atardecer merideño, se transforma de pronto, por efecto de la tragedia, en un ser noctámbulo, golpeado por la vida,

al que le han arrancado un pedazo de sí; un ser que toma la noche como excusa para sus lúgubres y agudas reflexiones personales.

Un Don Tulio padre, que recibe con lágrimas el último abrazo de su hija, y se reconoce receptáculo del afecto de un hogar, cuya dirección comparte con su esposa, pero que al mismo tiempo es objeto de especial atención por parte de sus miembros. Un Don Tulio que se redescubre en el dolor y hace de él punto de partida de una prosa irreductible, sólida, profusa y variada, que irá hasta el final de su días por disímiles derroteros.

Un Don Tulio maduro, que poco a poco va desentrañando de sus vivencias los necesarios aprendizajes, que le permitirán endurecer la piel para lo que sobrevendrá. La tragedia se ensañará sin duda con Don Tulio, aunque cierra ese infausto año con la sorpresa de recibir el certificado que lo acredita como *Miembro Correspondiente de la Academia Nacional de la Historia* del vecino país de Colombia, honor que muy pocos intelectuales venezolanos han alcanzado y que él, a pesar de las circunstancias personales, agradece y asume.

El día 1 de enero de 1910 comienza Don Tulio a escribir sus *Memoorias*, texto al que le dedica varios años y queda truncado por las diferentes situaciones personales que le corresponde vivir, así como por las flaquezas de su salud física y emocional. No obstante, a sus *Memoorias* nos referiremos en el siguiente capítulo, así como a sus implicaciones en su obra final. A mediados de ese mismo año concluye el estudio *Estadística económica del Estado Mérida*, a instancias del Secretario de la Junta Nacional para el Centenario de la Independencia, doctor César Zumeta. Nótese acá la ingerencia del autor en áreas que no le son ordinarias, lo que deja traslucir la enorme cultura que poseía, la cual era reconocida por el Estado, al encargársele un estudio de una naturaleza tan específica y especializada como ésa. Aunque no deberían extrañarnos esas ingerencias de Don Tulio en temas no-literarios, porque a lo largo de estas mismas páginas hemos visto cómo su obra presenta un espectro muy amplio, que lo cataloga como un autor ambicioso (en el mejor sentido del vocablo) y universal.

A todas éstas, la ciudad de Mérida se hallaba sumergida en la novedad de la circulación del primer coche en sus angostas calles coloniales. Refiere el mismo Don Tulio que ya antes, por allá en 1885, el gobernador de la provincia, general Medina, había intentado hacer rodar un coche en la ciudad, pero la condición deplorable en que se encontraban las calles logró el efecto de destartalar rápidamente al vehículo, así como también las buenas intenciones del gobernante. Es entonces cuando a mediados del año 1910, y coincidiendo con el alboroto público por el paso del *Cometa Halley*, se estrenan los primeros coches en la ciudad de Mérida. La iniciativa estuvo comandada entonces por hombres provenientes de familias patricias, mencionándose a los doctores Francisco Fonseca y Antonio Febres Cordero, sin olvidarse del señor Manuel Franco Lizardo. Ya nos podemos imaginar la comidilla que resultara de tales acontecimientos, al ser Mérida para entonces un pueblo con aspiraciones de ciudad.

Cuentan las crónicas de la época el susto que se llevaron muchas personas ante las arremetidas del mismo diablo en persona, el estruendoso sonido de las máquinas y las peripecias de aquellos novales conductores en un poblado de estructura colonial, cuyas calles estaban “diseñadas” para el paso de caballos y bestias. No obstante, el espíritu emprendedor de hombres como aquellos dio paso a la entrada de Mérida al siglo XX, si es que ese “paso” era posible en todo el sentido de la palabra, debido al estancamiento que sufrió Venezuela por las cruentas dictaduras que la anclaban a un pasado decimonónico y turbio, y que fuera inmortalizada por boca del notable escritor Mariano Picón Salas cuando señaló, a la muerte de Juan Vicente Gómez, que era entonces cuando Venezuela entraba verdaderamente al siglo XX. ¡Lapidario!

En cuanto al paso del *Cometa Halley*, la reseña que hace Don Tulio de tal acontecimiento en sus escritos no se corresponde exactamente con la tradición oral recogida de otras fuentes, ya que comenta que el *Halley* pasó con mucha expectación entre los pobladores, pero sin llegar a producir conmoción alguna entre ellos. “Y es de admirar que en

estos retirados pueblos del mundo, donde la ilustración del pueblo es más escasa, comparada con la de los pueblos más civilizados de Europa; en estos lugares de Venezuela, decimos, no produjo el Cometa ningún pánico”. Es decir, según el testimonio del escritor, el paso del cometa fue un hecho que no trastocó la vida de los merideños, quienes tomaron su arribo de la mejor manera posible. No obstante, la tradición cuenta que cientos de pobladores se lanzaron a las calles y plazas de Mérida presas del miedo, y muchos creyeron que la aparición del cometa en el horizonte era un signo evidente de la llegada del fin del mundo. Agregan las crónicas que la gente gritaba y lloraba y muchos contrajeron nupcias precipitadamente, con la certeza de que no vivirían para consumarlas. La gente confesaba sus pecados a voz en grito, y los sacerdotes impartían la “absolución” de igual forma. Más que tranquilidad ante la aparición del cometa, lo que relatan estas crónicas es un verdadero infierno. Mariano Picón Salas, en su ya citada novela *Viaje al amanecer*, hace referencia a la llegada del *Halley* y a su impacto en la ciudad de Mérida:

En ese 1910 –y por lo que ahora recuerdo, ya que fue uno de los años más medrosos de mi infancia–, las “pintas del año” aparecieron signadas de presagios. Era el año del gran cometa Halley, cuya vecindad anunciaban los diarios de Caracas, que sólo visitaba a la Tierra cada tres cuartos de siglo y que bien puede quebrar su cola de estrellas encendidas contra la superficie de nuestro arrugado planeta. Oscuros nubarrones cubrían la sierra; afirmaban las gentes que sería año de muchas lluvias, y la mascarada de los Reyes Magos –tan famosa en el vecino pueblo de Ejido– debió suspenderse por un inoportuno aguacero.

Malos presagios, nubarrones, torrenciales aguaceros, crecidas de ríos e inundaciones, muerte y espanto, fueron asociados a la periódica llegada del cometa. Suponemos que en el espíritu de Don Tulio no había cabida para dar muchos detalles en torno a ese fenómeno estelar; en su lugar estaba posicionado el dolor por la reciente muerte de su hija Ana Josefa. ¿Cuánto dura en el tiempo la cicatrización de una herida

por la pérdida de un ser amado? Depende de muchas circunstancias, obviamente, pero es que Don Tulio no tuvo mucho chance para recuperarse, porque el 15 de abril de 1911 fallece en Mérida el doctor Foción Febres Cordero, su padre.

No es un secreto el profundo amor y la admiración de Don Tulio por su progenitor. A lo largo de muchas páginas, donde rememora sus vivencias infantiles, se refiere a él en los mejores términos. Muchas veces recuerda situaciones acaecidas en el seno del hogar y alude a la casa paterna del anciano doctor Foción, ubicada en la esquina del Centenario, en la que nació y vivió para siempre (por desgracia esa casa no se conservó y a comienzos de la década de los años cincuenta se levantó en su lugar el Edificio Centenario, que hoy permanece). No debemos olvidar que Don Tulio pierde a su madre siendo aún muy joven, y es su padre y su tía doña Sofía quienes se encargarán de su crianza y de su primera formación; razón por la que se produce un mayor acercamiento con su padre al estrecharse la relación por el vacío que deja doña Georgina al fallecer de manera inesperada. Se instala, pues, de nuevo, y con mayor intensidad ahora, el dolor en la casa de los Febres Cordero. Con mayor intensidad, porque al morir el doctor Foción, el abuelo, se desmorona el eje alrededor del cual giraba la vida del clan, y se instala en el corazón de los familiares un vacío inmenso, una incertidumbre, una pérdida de norte y de guía, que sólo el tiempo sería capaz de matizar.

No obstante su pesadumbre, Don Tulio jamás abandona el desarrollo de su obra literaria, y de indagación histórica. Su trabajo es febril. De este período destaca la publicación de la novela *La hija del cacique*. *La conquista de Valencia*, que fue editada por la imprenta "Maduro" de Valencia. De más está decir que esta novela recibió excelentes comentarios por parte de la crítica –sin olvidar que resultó ganadora en un certamen literario– y en ella está presente esa sincronía mestiza que nos conforma como nación, y que es fuente recurrente de nuestro autor en su permanente indagación histórica, así como en su obra literaria. También aparece *Documentos para la Historia del Zulia en*

la Época Colonial, que fue editado por la Imprenta Americana de la ciudad de Maracaibo. Esta circunstancia se relaciona sin duda con su preocupación por “aclarar” la permanente disputa entre las entidades del Zulia y de Mérida, por la posesión de territorio en la Costa Sur del Lago de Maracaibo. Una querrela trascendente para ambas entidades, porque está en juego nada más y nada menos que los derechos a la explotación y al usufructo de tierras muy ricas desde el punto de vista agropecuario, así como la salida al mar por parte de Mérida. Destaca también en este período la publicación de *Tradiciones y leyendas* (1911), impreso en la tipografía El Lápiz.

El día 22 de agosto de ese mismo año, otra partida enluta el hogar del escritor. Fallece su tío, don Fabio Febres Cordero. De nuevo se abre la cicatriz del dolor en la atribulada familia. Pero cuando apenas la tristeza comenzaba aflorar ante el féretro de don Fabio en plena capilla ardiente, el día 23 la conmoción es suprema, la incomprensión de lo sucedido abonaba el camino para la locura, para el desgarramiento interior y físico de Don Tulio. Su mente estupefacta ante lo inaudito no tiene otra opción sino el aceptar las circunstancias: fallece su hija Mercedes del Corazón de Jesús. Es imposible comprender el dolor del padre ante la pérdida de otro de sus hijos; nos imaginamos el torbellino de su corazón sensible, y no podemos menos que compadecerlo por tanto desafío de lo infausto. Abatido, busca en la palabra la catarsis, y se sienta a redactar una carta que dedica a su hija difunta, la cual tituló: *Las primeras azucenas*, en la que no sólo abre su pecho para mostrarnos lo sublime de su emoción, sino también algunos aspectos familiares hasta entonces desconocidos para los lectores:

Era la primera vez que manejaba yo la azada para cultivar la tierra, y no obstante lo nuevo y rudo del trabajo, con gusto soporté la faena aquella hermosa tarde, hija mía, allá en la poética soledad del campo de La Hechicera, en íntimas pláticas contigo, forjándonos la ilusión de que pronto brotarían los claveles y las azucenas, en aquel suelo virgen... porque veía brillar en tus lánguidos ojos la llama de una esperanza, la risueña esperanza de las flores.

–¿Se tardan mucho las azucenas? –me preguntaste con la voz débil y fatigosa por la cruel enfermedad que te consumía.

–No, hija, las azucenas en esta tierra vienen pronto, muy pronto...

–Pues yo tendré el cuidado de hacerlas regar todos los días, mientras estemos aquí – me dijiste con firme resolución.

...Las gracias de la juventud, las tiernas ilusiones de los diez y nueve años volvían como suaves destellos a iluminar su semblante, extenuado bajo los rigores de lenta y gravísima enfermedad.

¡Pero esto fue fugaz como un relámpago!

¡Oh Dios mío! Con cuanta rapidez se encadenaron después los sucesos. Allí mismo, el pausado y triste cortejo de una silla de manos para conducirte a la ciudad; enseguida, el tañido lastimero del esquilón de la parroquia y la imponente ceremonia del viático en torno de tu lecho; y luego a luego, lo más desgarrador, lo más tremendo, mi adorada Mercedes, tu muerte prematura, tu apacible muerte, sin estertores ni agonía, con la dulce sonrisa en los labios, como se duerme un niño en el regazo materno (TFC, OC).

Diecinueve años son muy pocos en la vida de una persona. Si tomamos en consideración las necesarias etapas de nuestro devenir, a esa edad están en plena efervescencia, bullen las ilusiones por un mundo que nos aguarda. Se puede afirmar que a esa edad nos encontramos en el mejor momento de nuestra existencia para definir lo que será nuestro futuro, y actuamos en consecuencia. Ahora bien, nos dice el desconsolado padre que Mercedes padecía una grave enfermedad. ¿Cuál? No lo sabemos. Lo que sí podemos colegir es que a pesar de sorprender a Don Tulio y a los suyos su partida, y de sumirlos en la más profunda de las tristezas –como de hecho se puede conocer a través del texto citado– Mercedes estaba desahuciada. En otras palabras, por lo menos los padres conocían del hecho y se resistían a aceptarlo, aunque en el fondo de su alma aguardaban con amargura ese trágico momento. Resulta conmovedor el símil establecido por el escritor entre la espera por ver florecer los claveles y las azucenas, con esa remota esperanza por el reestablecimiento de la muchacha.

La historia que nos narra Don Tulio acaece en su casa de campo de La Hechicera, y si analizamos lo intrincado de su acceso para la época resulta calamitoso su traslado en bestia con la ayuda de una silla de manos, porque era técnicamente imposible la entrada de alguno de esos coches que apenas comenzaban a circular por el centro de la ciudad de Mérida. Para la época el campo de La Hechicera era, como bien lo expresa Don Tulio, un bosque virgen, anclado entre montañas hacia la parte más alta de la ciudad, con un clima caracterizado por intensas lluvias, bajas temperaturas y una densa neblina, que desde las cuatro de la tarde se iba instalando en sus predios hasta hacer desaparecer la fisonomía de sus contornos naturales y, en su lugar, se desgranaban como torrente historias y leyendas, que le imprimían a la zona un misterio insondable y profundo.

En medio de ese halo de esperanza que abraza el corazón de Don Tulio por el hipotético restablecimiento de su hija, toma la azada y comienza a escarbar en la tierra para introducir en ella las estacas de donde brotarían muy pronto las hermosas flores. Vemos que el autor reconoce utilizar por primera vez ese rudimentario instrumento con el que se horada la tierra, y se lanza a la aventura de complacer a su hija, de alimentar en ella la emoción de ver florecer unas estacas, porque sencillamente anhela ver brillar en sus ojos las ilusiones juveniles, que una enfermedad cruelmente le roba para siempre.

Pero la vida les hace una mala jugada: no alcanzan a ver los claveles y las azucenas en flor, y más pronto de lo que pensaba el padre, la muerte le arrebató a su hija. Si analizamos el simbolismo que fluye en la historia podemos percibir que Mercedes quería claveles y azucenas. Si bien a los primeros se les asocia en todas las épocas con la inocencia infantil y juvenil, a las azucenas siempre se les ha asociado en los Andes con la muerte. No sabemos si Mercedes conocía su trágico destino —pensamos que no—, tal vez intuyera algo por su debilidad y por la fatiga. Entonces, los claveles representan esa llama inextinguible de la ilusión juvenil, mientras que las azucenas son los nubarrones que se perfilaban en el horizonte: el miedo ante lo desconocido. En esa

dicotomía se balanceaba el corazón del padre, conocedor a profundidad del alma humana, e indagador incansable en las creencias propias de una región, en la que la realidad supera con creces la más ardiente fantasía creadora.

En 1912, a poco tiempo de la muerte de Mercedes, Don Tulio escribe un texto breve, que dedica a su nieta Ana Consuelo, hija de Ana Josefa de los Dolores, su primogénita fallecida, el cual titula *De viejo a niño*:

...A pesar de un carácter ajeno por completo a recreos y entretenimientos, y del desencanto que traen consigo las amarguras de la vida;

A pesar de las graves ocupaciones y los múltiples quehaceres, a pesar de todo eso; he retrocedido como por ensalmo a la edad de los juegos infantiles, a la plácida y encantadora niñez, guiado dulcemente por una hermosa y adorable chiquilla, que me tiene subyugado con el poder irresistible de sus gracias y la ternura incomparable de sus inocentes caricias.

Es un hada en miniatura (TFC, OC).

Cuánto desengaño se desprende del citado texto. Si hacemos memoria, Don Tulio cuenta para ese entonces con 52 años. Es decir, es un hombre joven todavía, al que por lo demás le queda mucha vida por delante, y bastante obra por escribir. Sin embargo, los golpes que le ha propinado la vida lo hacen sentir viejo y cansado. Es más, las fotografías de la época no desmienten su estado de ánimo; sin mediar la razón cualquier persona que las observe podría perfectamente afirmar que se trata de un hombre de más de 70 años. Porque aunada a su genética delgadez, ahora hallamos el cabello gris y unas facciones afiladas por el sufrimiento. No obstante, se refiere nuestro autor a una faceta desconocida y jamás tratada en otros escritos: un carácter ajeno por completo de recreos y entretenimientos. Si sacamos cuentas a través de su misma obra podemos deducir que tal aseveración es lógica y congruente con los hechos: sólo un autor que se dedique por entero a su obra, sin entretenerse en otras actividades, podría exhibir a esa altura del camino una vastedad que asombra a los estudiosos

del tema, y al biógrafo. Sigamos, pues, leyendo el texto que le dedica a su nieta:

Héteme, pues, jugando con ella por todas partes como un chiquillo, ora elevando la tradicional cometa, ora persiguiendo por el campo las pintadas mariposas y las florecillas silvestres; entre gritos de sorpresa y el dulce resonar de los besos en que estalla mi corazón, al ver risueña y gozosa a esta angelical criatura, presente del cielo, bendecido rayo del sol en los días más nublados de mi existencia.

¡Oh, tu, mi nietecita adorada, mi querida Consuelo! El día que puedas leer estas líneas, sabrás por ellas que tu pobre abuelo, sobreponiéndose a hondos pesares, se ha hecho niño para darte gusto y estar más cerca de ti, compartiendo tus juegos y caricias, y recuerda entonces, que al contemplar las nubes extendidas por lo azul del firmamento... había unos ojos expresivos y hermosos como los tuyos... que allá estaba la tierna madre que no conociste (TFC, OC).

El abuelo que se hace niño y juega con la nieta es una tierna estampa que logra diluir un poco la densidad de las horas aciagas. Pero en lo más hondo, allí donde anidan los recuerdos y las emociones, ese corazón ya cansado de dolor busca al abrigo de la pequeña niña renacer como el ave Fénix y así erguirse para seguir adelante. “Tan duro es el golpe en el supremo instante de la muerte de los seres más queridos, que el espíritu queda aturdido por algunos momentos, en medio de las graves y urgentes atenciones domésticas y sociales (TFC, OC)”, le escribiría Don Tulio a sus hermanos Miguel Febres Cordero y Dolores de Febres Cordero, 21 años después, en ocasión de la muerte de dos de sus hijos. Es decir, ni el paso del tiempo logra mitigar el dolor en nuestro autor, y ello lógicamente va resquebrajando paulatinamente su carácter y sus fuerzas físicas, hasta dejarlo exánime frente al porvenir. “Lo más cruel viene después, cuando se siente el inmenso vacío, con el martirio constante de los más vivos recuerdos... pero ahí el corazón, con una honda herida siempre abierta... en silencio gime y... paga el tributo con lágrimas a los seres que hemos perdido para siempre” (TFC, OC).

Esa herida del corazón permanecerá abierta el resto de su vida, y se profundizará aún más cuando tenga que enfrentar la pérdida de su amante esposa, hecho al cual nos referiremos más adelante. A partir de ese momento comenzará la cuenta regresiva para nuestro autor, no sin antes saldar la deuda con su ciudad a través de sus *Memorias*, que como ya dijimos, jamás concluye, pero que darán pie a un extraordinario libro, en el que recoge algunos elementos esbozados en aquellas, y en el que profundizará en otros temas vitales para la comprensión de su obra y de su tiempo histórico. Estamos hablando de la *Clave histórica de Mérida*.

Memorias para los amigos de saber las cosas, o para el **gran edificio de la historia**

Poco antes de cumplir los 50 años de edad, Don Tulio da inicio a la escritura de un texto que denominó *Memorias*. Ahora bien, ateniéndonos a lo que conocemos como tales, estaríamos hablando de un texto autobiográfico, en el que un personaje se da a la tarea de dejar un registro detallado y pormenorizado de todos sus recuerdos, experiencias y transitar a lo largo de un determinado período de tiempo. Muchos las escriben luego de un extenso recorrido vital, transformándose por tanto en un especie de legado –o herencia– con el que el autor cierra todos sus procesos creadores. Otros, prefieren asumir la escritura de sus memorias a edades tempranas, lo cual es visto por muchos como algo extemporáneo ante la lógica de un devenir, que por las leyes fisiológicas deberá ser mucho mayor. En todo caso, transigimos en que las memorias deberán dejar un registro de la vida y de la obra de un personaje, independientemente de que el autor caiga en derivaciones o digresiones en torno a hechos paralelos o influyentes en esa suma de etapas, no necesariamente ordenadas cronológicamente.

En el caso que nos ocupa, las *Memorias* parten de la edad madura, cuando el biografiado tenía mucho aún por dar. No obstante, tomando en consideración la tragedia familiar ya analizada, que impactó

fuertemente el estado de ánimo de Don Tulio, así como su salud física, no debe de extrañarnos que haya tomado la decisión de iniciar un texto memorial, tal vez con el soterrado temor de ser sorprendido por la muerte.

La primera impresión que nos asalta al tener en nuestras manos el manuscrito es la hermosa caligrafía del autor. Observamos una letra adornada y pequeña, con sutiles enlaces entre las letras. Su firma es completamente legible, con una extensa rúbrica que parte desde la T inicial, recorre los nombres y regresa por encima dibujando en su tránsito una curva, que se pierde a un centímetro aproximadamente de la página en blanco. Al lado de cada párrafo o texto aparece indicado el año en cuestión. Don Tulio dio inicio oficial a sus *Memorias* el 1 de enero de 1910, y la extensión general del texto es de 36 páginas apretadas. Entre 1910 y 1911 escribe una sola página incompleta. Es importante acotar que a los márgenes de las páginas y con letra más pequeña hallamos notas como estas: “Murió Jesús el 22 de agosto de 1923, después de larga enfermedad. Murió María Teresa el 10 de agosto de 1948 a las 3:35 am. Se enterró el mismo día a las 5 pm. Murió Teresa inesperadamente el 12 de febrero de 1923. Se sepultó el 13, a las 10 am.”. Por las fechas de defunción colegimos que algunas de esas notas fueron añadidas al manuscrito original por alguno de los descendientes de Don Tulio, suponemos que por José Rafael, el menor de los hijos, que se encargó hasta su muerte de ordenar y publicar las obras completas de su padre. Seguimos leyendo y nos encontramos con un salto al año 1912 y apenas escribe durante ese período algo más de una cuartilla. Otro salto, 1919, dos cuartillas. 1923: poco más de una cuartilla.

Nos encontramos con un texto incompleto, sin mucho orden ni concierto, que va creciendo de manera artificiosa en la medida en que Don Tulio incorpora elementos que no son propios para un texto de naturaleza autobiográfica. Es decir, *Memorias* nace –lógicamente– con la premeditada intención de preservar de la inquina del tiempo su memoria personal, familiar y literaria, pero los crecientes problemas

de salud, así como las innumerables tragedias familiares vividas por el autor durante el período ya analizado, quizás hayan influido para que las *Memorias* tomen otro cariz y deriven en una suerte de registro de acaecimientos y datos en torno a su ciudad natal, y a su mundo contemporáneo.

Lo más relevante de este texto no es su estructura atrabiliaria, que podría ser tomada como un rompimiento deliberado del género con fines de innovación. No. Sabemos que otras fueron las circunstancias. Lo relevante es lo que allí queda asentado sobre la vida de la región, como acto de fe de un testigo de excepción. Afortunadamente, Don Tulio no nos deja acéfalos en cuanto al conocimiento sobre su vida familiar e íntima, ya que a lo largo de su carrera publicó papeles sueltos, que al ser retomados para dársele un *corpus* coherente y lógico, constituyen interesantes remembranzas de su niñez, primera adultez y la madurez. Eso sin contar con la publicación en 1924 de su novela *Memorias de un muchacho: vida provinciana*, que a todas luces constituye una magnífica pieza autobiográfica en la que abre su corazón a la posteridad con una llaneza estilística sorprendente y exquisita. Con el valor agregado de incluir en ella referencias en cuanto a las costumbres de esa Mérida bucólica que le correspondió vivir, así como también de su intrincado perfil psicológico.

En la introducción a sus *Memorias* el autor explica con claridad cuál ha sido el propósito de tal aventura intelectual. Llama poderosamente la atención el hecho de afirmar que se trata de un texto:

...que no puede brillar nunca por la regularidad de la forma ni por la corrección del lenguaje. Lo primero es imposible obtenerlo, tratándose de meros apuntes, escritos según y cómo vayan viniendo a la mente, y lo segundo, menos practicable aún, desde luego que no habrá lugar a pulimentos ni retoques, sino a escribir de primeras, para aprovechar el rato desocupado o para impedir que se nos escape algún recuerdo (TFC, OC).

Podemos deducir fácilmente del párrafo anterior, que el autor escribe sus *Memorias* con el fin de darlas a conocer y no para su uso inter-

no como mecanismo de catarsis ante las vicisitudes de la vida; de lo contrario, no tendría ningún sentido explicar lo referente a la forma y al lenguaje. Nuestro biografiado está presentando sus excusas a los lectores por el texto en bruto. No obstante, hay algo que no nos cuadra. Si Don Tulio escribe para un hipotético lector: ¿por qué entonces nos presenta las excusas de la forma y de la incorrección del lenguaje, cuando podría haber recurrido a la edición para mejorar sustancialmente todos los aspectos señalados, contando con una imprenta propia a través de la cual dio forma a buena parte de su obra? La única respuesta posible es que las *Memorias* fueron recreadas y concebidas como un texto abierto, sin un período de tiempo predeterminado. En otras palabras, se proponía el autor escribir todo lo que se le viniera a la mente a partir de sus cincuenta años, hasta que lo sorprendiera la muerte. Ello, definitivamente, fue determinante para que Don Tulio no se empeñara en completar la obra. No estaba en sus planes publicar en vida el citado libro. Escribía para un lector de la posteridad. Pero, ¿cuál de tantos?: “Será pues, una pepitoria, una conversación escrita, sin aliños ni adornos, que no está dedicada al público en general, sino a los amigos de saber las cosas, libro que será únicamente como un protocolo de mis recuerdos e impresiones, pero encaminados siempre a llevar siquiera algunos granitos de arena al gran edificio de la Historia” (TFC, OC).

Sorprende el último párrafo prolegómeno. Hay en él una flagrante contradicción teleológica. Veamos entonces. Don Tulio escribe para una posteridad que denomina eufemísticamente como “amigos de saber las cosas”. ¿Se trataba en todo caso de su grupo selecto de amigos, todos ellos ilustres y connotados? Pero, ¿no estaban también ellos enterados de los acaecimientos familiares y culturales que el autor incorpora en el *corpus* del texto, por tratarse de personas pertenecientes a una misma clase privilegiada y docta? ¿Se trata, entonces, de un público más amplio al ser un intelectual sencillo con acceso a las distintas clases sociales de la época? Entonces, ¿a qué público –“no general”– hace referencia el biografiado? Si como Don Tulio expresa, su

texto está dirigido a unos “amigos de saber las cosas”, es decir, algo acotado y perfectamente medible, cómo es entonces que aspire con sus páginas a aportar “algunos granitos de arena al gran edificio de la Historia? Enredado el asunto. En todo caso, en medio de la “sencillez” de las aspiraciones de Don Tulio para con el texto en cuestión, al catalogarlo inicialmente como “meros apuntes” y al no buscar dar forma y corrección, subyace en lo más profundo de su ser las ansias de eternidad, de perpetuidad, por el poder de la palabra impresa. Por otra parte, al adelantarnos nuestro autor que con su texto aspira enriquecer el gran edificio de la historia, deja ya sentado que el carácter de sus *Memorias* no va ser sólo de orden personal ni familiar, sino que buscará incorporar información referente a su tiempo, que intentará salvar del oficio del olvido.

En este mismo orden de ideas observamos que las inquietudes del escritor son múltiples y variadas. En un capítulo que titula “Mudanza del tiempo (mutaciones atmosféricas)” nos habla de su preocupación con respecto a la paulatina destrucción del medio ambiente. No le son ajenos a Don Tulio la disminución de los períodos de lluvias, el progreso de los desmontes, la tala indiscriminada con fines de “progreso” y para la construcción, la sustitución de las selvas vírgenes por campos destinados a la cría de animales de ordeño y para el cultivo, la explosión demográfica, la desglaciación de la Sierra Nevada de Mérida, la invasión de zancudos, y la contaminación de los ríos. Estamos ante un intelectual que centra su vida no precisamente en un regodeo vanidoso y torpe en torno a su obra; hablamos de un ser profundamente sensible ante lo que le rodea, un ciudadano preocupado no sólo por su momento histórico, sino también por la flaca herencia ecológica que le dejaremos a nuestros descendientes. Además, hallamos en Don Tulio a un escritor consustanciado con un pensamiento si se quiere “extraño” a la época, cuando aún no se habían desbocado las fuerzas de una naturaleza golpeada por un modernismo atrabiliario y cruel. En pocas palabras, se erige el biografiado en uno de los precursores del pensamiento conservacionista, que logrará anclar en la concien-

cia del colectivo social casi 100 años después, cuando el daño ocasionado al entorno natural luce irreversible y amenazante para la supervivencia de la biodiversidad y del planeta.

No es un secreto que Don Tulio se transforma a través de su obra y de sus intereses intelectuales y científicos en cronista de la ciudad de Mérida. Sus referencias constantes a los acontecimientos cotidianos y a veces triviales que se suscitaban en su tiempo histórico –y en épocas remotas–, constituyen hoy piezas fundamentales para la comprensión cabal de esta parte del mundo. Nadie como él hurtó tanto en nuestra historia, y sin su activa presencia intelectual hoy fuese muy difícil la reconstrucción del complejo entramado que ha revestido nuestro destino social. Es, pues, nuestro autor, observador y participante clave a la vez de un período crucial de nuestra historia, cuyas estructuras dieron origen al país monorentista y sin memoria que hoy sufrimos, pero que con fuerza y determinación busca su destino. Las *Memorias* del Don Tulio se yerguen, entonces, en las memorias de un colectivo, en ese cofre rico en detalles y en acontecimientos cuya explicación trae consigo más interrogantes ante el presente, aunque no menos anhelos de grandeza hacia el futuro.

Aborda el biografiado en sus *Memorias* los principales acontecimientos que estremecieron en su tiempo a la opinión pública regional y local. No contento con hablarnos de hechos como la aparición del *Cometa Halley*, o de la entrada a Mérida de la novedad de los primeros coches de combustión, hace un profuso inventario de los bienes patrimoniales del estado, como fiel demostración de su inmenso conocimiento y de su acuciosa inteligencia investigadora. En el capítulo “Número de fundos” nos ilustra acerca de la posesión de las grandes extensiones de tierra y su aplicación práctica. Es por ello que hoy podemos saber que cada casa “campesina” correspondía a un fundo, por lo que por simple aritmética deducimos que 20.301 fueron los fundos que en los tiempos de Don Tulio se dedicaron a diversas actividades agrícolas: café, caña, trigo, cacao, frutos menores, potreros de cría y ceba, y cortes de madera. Consciente estaba el escritor de que sus pa-

peles iban a pasar a constituir, con el correr de los años, en la más completa memoria de la entidad andina.

Dejó constancia el memorialista de datos tan precisos como el aumento de la población, y el valor de la propiedad privada. Resulta risible leer cuestiones como estas: “un terreno... hoy representa... Bs. 4.000. Es común ver en los títulos antiguos de páramos y montañas, derechos de comuneros estimados en Bs. 40, que hoy representan valores de 200 y hasta 400 bolívares”. En todo caso, se sorprende Don Tulio de la voracidad del crecimiento exponencial del valor de los terrenos, lo que nos demuestra que tal fenómeno económico no es de reciente data, sino que constituye parte de una “cultura” de la explotación de los bienes, sobre la base de los desajustes y los altibajos de nuestra variopinta economía. Otro aspecto que toca el autor en sus *Memorias* es lo referente a la nacionalidad de los grupos migratorios, que desde los tiempos de la Colonia se fueron asentando en el territorio merideño. Como es lógico suponer, “la nacionalidad extranjera predominante es la italiana”, lo que corrobora la preeminencia entre nosotros (tal como se ha visto en este libro) de apellidos cuyas raíces están sembradas en tierra italiana.

No escapa a la lupa de Don Tulio el tema de la “Estadística económica de Mérida”, adentrándose con propiedad en un terreno que no le es desconocido al escritor. Es por ello que analiza en sus *Memorias* el aspecto de las vías de comunicación, cuya álgida tesis toca las fibras más íntimas de los habitantes de aquella Mérida pueblerina. Uno de los aspectos que más afectó a la ciudad que conociera el biografiado era el difícil acceso a ella por la ausencia de carreteras, caminos y de vías de interconexión con otras provincias. Es por ello que los viajeros tenían que sortear toda clase de peligros y de obstáculos, desde remontar las aguas del Lago de Maracaibo a través del puerto de *La Ceiba*, hasta recorrer cientos de leguas de distancia a lomo de bestia, con sus respectivas pernoctas en disímiles lugares infectados de plagas y de espantosas epidemias. “De Mérida a la costa del Lago, por vía de *La Ceiba*, se invierten cuatro días para pasajeros y seis para cargas.”

Más adelante añade: “En el Estado no hay carreteras, tranvías ni ferrocarriles. Dado, pues, el único vehículo para pasajeros es el de bestias de silla, el alquiler de éstos es muy vario” (TFC, OC).

El aspecto de la economía de la región inquietaba mucho el espíritu del escritor. Con respecto al precio de los artículos no es la primera vez que lo aborda en algún escrito suelto, sólo que en esta oportunidad reflexiona largo y tendido al respecto. Le preocupan los altos precios de los productos de la dieta básica: “En 1909 (la harina de afrecho o criolla) estaba a veintidós bolívares la carga de ocho arrobas, y ahora, en 1910 ha subido hasta cuarenta y cuatro bolívares. El papelón en 1909, estuvo a treinta y dos bolívares, carga de 16 arrobas, y hoy está a setenta y cuatro”. Como se puede observar, los productos que selecciona Don Tulio para su análisis son arquetípicos de la economía merideña, los cuales no sólo desde siempre se han producido en sus campos, sino que forman parte consustancial en la dieta de sus habitantes.

No se trata de productos dirigidos a las clases desposeídas; todos esos rubros tienen la particularidad de no conocer distingos sociales y con el correr de los siglos se han hecho parte de la cultura del andino. Hoy en día, a pesar de la abrupta desaparición de los ingenios azucareros de las zonas circunvecinas (de manera muy particular los de la campaña de Ejido), la vieja tradición de la producción del papelón lucha por mantenerse a escala muy reducida, sin percatarnos siquiera que con la ausencia de dicho producto en los mercados populares y en los automercados estamos enterrando parte de una tradición, cuyos albores se pierden en la génesis de nuestra identidad como pueblo.

Analiza Don Tulio otros aspectos relativos a la economía. En cuanto a los impuestos, se percata con asombro de que el Estado venezolano no tenga más impuestos que el del papel sellado. Hurga con precisión en la situación que presentan las industrias locales y establece una clasificación que no sabemos si es propia, o si en alguna época de nuestra historia la había como tal. Nos habla de:

Industrias Implantables: En materia de cultivos, habiendo en el Estado todos los climas y dilatadas tierras, bien se comprende que podrían aclimatarse muchos frutos hoy no cultivados; y ensancharse la explotación de los que se cultivan en menor escala, como el cacao, la caña de azúcar, etc. –Pero a esto se opone la falta de caminos para dar pronta y barata salida a los frutos.

Industrias muertas: ...la cría del ganado lanar... el cultivo de algodón... el cultivo de añil...

Industrias decaídas: ...cultivo de caña de azúcar, y el del mismo trigo, debido a que ambos frutos se exportaban antes para los Estados vecinos y hoy está limitado el consumo a la pura localidad (TFC, OC).

Si analizamos con detenimiento lo expuesto por Don Tulio, nos percatamos de que la clasificación, un tanto arbitraria dada al sector industrial de la región, no es una simple entelequia del autor, o mera suposición basada en observaciones empíricas. Don Tulio se sustenta en estadísticas oficiales, en el conocimiento que tiene del área por sus permanentes investigaciones, así como por la indagación continua entre comerciantes, potentados y amigos. En otras palabras: el tema le era de real interés, no sólo como inquietud de un intelectual fuertemente comprometido con su tierra, sino como honda preocupación ante la drástica merma que iba sufriendo la economía andina, y la mirada un tanto indiferente de las autoridades. En el fondo le dolía el estado de pobreza de la provincia, el poco adelanto tecnológico, la pérdida de oportunidades frente al evidente progreso de otras zonas del país, la explotación indiscriminada del capital humano, y los pírricos ingresos de la población.

En fin, veía todo aquel panorama con los ojos escrutadores del presente, pero con la visión de un futuro cercenado y de escasas oportunidades. Hoy, a noventa años de aquellas páginas premonitorias, la realidad las secunda. Las “Industrias muertas” están bien muertas y enterradas. Las “Industrias decaídas” están en fase agónica. En cuanto a las “Industrias implantables”, si bien hay vías de comunicación para sacar los frutos hacia otras latitudes (aunque en pésimas condiciones),

no se escuchó su voz y el estado Mérida (por poner sólo un ejemplo) ostenta altas tasas de pobreza, de desempleo, de marginalidad y de analfabetismo.

Un punto relevante en la preocupación del escritor es el referente a la “Confitería”. De más está señalar que la región y la ciudad de Mérida han sido desde hace varios siglos renombradas por la elaboración artesanal de dulces y de confites. Muchas comunidades desde siempre han sustentado sus débiles economías en tales productos que, dicho sea de paso, son bastante apetecidos por los visitantes de otras regiones y del extranjero: “La confitería merideña es famosa en la República sobre todo por el bocadillo y los dulces abrillantados que salían para otras plazas; pero la importación de dulces extranjeros, ha aniquilado esta industria, al grado de que la producción está reducida también a las necesidades del consumo local” (TFC, OC).

Si bien la tendencia señalada por Don Tulio aún se mantiene; a medida que se incorporan a nuestra economía productos derivados de la globalización de los mercados, los dulces autóctonos pierden fuerza en nuestro mercado interno, y en el gusto de la población. La confitería local ha quedado absorbida por la denominación general de “dulces típicos”, quedando su producción y su venta orientadas básicamente a la industria del turismo. Mientras tanto, nuestros muchachos y los jóvenes buscan en los productos del ramo algo que los nuestros no pueden ofrecerles: exóticos empaques, sorpresas y novedad tecnológica, condenando lentamente a la confitería local al peor de los ostracismos: el olvido. Tal es así la situación, que muchos de los dulces conocidos y degustados por Don Tulio en su época, hoy no son más que simples entradas de curiosos libros. Poco a poco las nuevas generaciones han olvidado las tradiciones o se avergüenzan de ellas, y todo contribuye a ese fenómeno que le es connatural a muchos otros: la extinción.

En 1923 abandona Don Tulio sus aportes a las *Memorias*. Sabemos, como ya se ha apuntado, que entre otras razones esgrimidas se debió a su deteriorada salud para entonces, así como a las penas sufridas a lo largo del tiempo. Cuando seguimos indagando en su actividad crea-

dora, nos percatamos de que ya para entonces nuestro autor se hallaba trabajando en un libro cuya escritura finalizó poco antes de fallecer: nos referimos a la ya citada *Clave histórica de Mérida*. Por lo que asumimos como válida la hipótesis de que Don Tulio pierde su interés por las *Memorias* y se entrega luego al proyecto histórico con las pocas fuerzas que le restaban.

Eso no quiere decir que durante este dilatado período Don Tulio cerrara su producción intelectual y literaria. Todo lo contrario: la hace aún más vasta, a la par de que recibe múltiples reconocimientos académicos y literarios. Las *Memorias*, en virtud de su estructura abierta y liberal, no constituyen la apertura de una época de su vida, ni mucho menos un cierre de otra; toda vez se erigen en un extraordinario telón de fondo en cuya densidad obran disímiles circunstancias, crece paralelamente su obra, su presencia se hace más requerida y esa fama de hombre probo y recto no sufre punto alguno de inflexión. Todo lo contrario: su tortuoso devenir personal y familiar, que se hace público por la fuerzas de las circunstancias de ser Mérida una pequeña ciudad (un pañuelo, dirían algunos), le confiere un halo de respetabilidad y de brillantez, pocas veces alcanzado por algún otro intelectual de la región. A pesar de todo, el escritor y su obra marchan ineludiblemente hacia un solo destino: el reconocimiento público.

Los años dorados

Si hay un factor relevante en la carrera literaria de Don Tulio es el haber concitado a su alrededor –y en vida– toda la atención por parte de los lectores y de la crítica de su tiempo. Si bien hubo momentos en los que algunos de sus libros le conquistó exacerbados comentarios y prolongadas “querellas” intelectuales, eso no minimizó la curva ascendente de su reconocimiento y de su consagración; todo lo contrario, avivó aún más el interés por desvelar su obra, hasta el punto de recibir serias ofertas de traducción a otros idiomas de la obra supuestamente “cuestionada”. Nos encontramos, entonces, ante un hecho inaudito e inédito en el ámbito de nuestras letras, como lo es el que un escritor alcance el aplauso a su obra dentro y fuera de las fronteras de su país, sin que haya apenas salido de casa y sin participar en los eventos literarios en los que usualmente los autores se interrelacionan, se cotejan y “venden” (por decirlo de alguna manera) una imagen y una sólida presencia intelectual. Nuestro biografiado utiliza hábilmente los recursos con que cuenta a la mano, y paulatinamente va posicionando su obra y su prestigio personal en disímiles contextos. Se ayuda también con amigos y parientes que viajan constantemente dentro

del país y al exterior, y logra colocar su obra de manera estratégica en las manos de renombrados intelectuales y de connotados críticos.

A partir de 1912 los densos nubarrones que se habían ubicado en su destino, comienzan lentamente a disiparse. Sin embargo, la muerte sigue acechando a los miembros de su familia. En su ánimo continúa latente la tristeza por tantas desgracias y no es un secreto que ya para entonces se sentía viejo y desesperanzado. No resulta por lo tanto descabellado pensar que sus refugios fueron su familia –en especial su amada esposa–, y la escritura, y a ellas dedica buena parte de su tiempo en una actividad imparable, vertiginosa, extremadamente productiva y rica en matices. Si bien durante la etapa que llamamos trágica no detiene el avance de su obra, es a partir de ahora que comienza la fase de solidificación y consolidación de la misma. Es así como comienzan a suscitarse una serie de oportunidades que le imprimirán mayores bríos a su ya brillante carrera. Ese mismo año es designado Vicerrector interino de la Universidad de Los Andes, por ser en ese momento el docente más antiguo de la institución. Sin duda, nos estamos refiriendo a una universidad atípica, que fue estremecida por los altibajos políticos de regímenes *de facto* –a los que no les convenía los reductos del pensamiento–, estando a punto de sucumbir al ser desposeída de su sede y de sus privilegios. Don Tulio continúa sus labores frente a la *Cátedra de Historia Universal*, pero esta vez en carácter de jubilado. Así permanece hasta 1924, cuando por diversas circunstancias (sobre todo de salud) tuvo que separarse físicamente de ella, porque de manera indirecta (a través de la investigación) siguió fortaleciéndola.

Como dato curioso, este mismo año es designado miembro de la Junta de Fomento para la administración y dirección de todo lo concerniente a la reconstrucción del camino nacional de Timotes a Trujillo, de las laderas de San Pablo y de la construcción del camino que uniría a Mérida con Tabay. No conocemos a ciencia cierta si Don Tulio asumió las funciones que tal nombramiento deparaba; no obstante, es importante acotar que tal responsabilidad es producto de múltiples factores

que en ese preciso momento se aúnan: ser cronista de la ciudad y de la región, lo que implica un profuso conocimiento en torno a diversos menesteres. Ser un personaje notable de la ciudad, cuya honestidad y probidad estaban fuera de cualquier duda, y ser representante de una familia cuyos enlaces, relaciones y contactos le presentaban oportunidades que a lo mejor –por su carácter y por estado anímico– estaba muy lejos de aspirar. De cualquier forma, sea cual fuere la decisión del escritor con respecto a su incorporación al seno de la citada Junta, lo relevante de tal situación es que su nombre y su prestigio seguían creciendo, abriéndole puertas y senderos a través de los cuales buscó con empeño servir a su ciudad.

A finales de año sorprende a sus familiares y amigos con un intempestivo viaje a Caracas. Como se ha de suponer, tal decisión causa conmoción en su entorno y toda la ciudad se ve involucrada en tal acontecimiento. En Caracas lo esperaban parientes y amigos. De más está acotar que un viaje hacia la capital desde la provincia de Mérida no era cualquier cosa: eran tantas las dificultades y los tropiezos de los viajeros que muchos de ellos se resistían a continuar su periplo y abandonaban la empresa. Al parecer, el motivo principal de su viaje era el atender a un llamado hecho a través de *El Universal*, pero ignoramos la naturaleza del mismo. Sin embargo, sabemos por el testimonio dado por Ramón Díaz Suárez, cronista de Mérida, que “en toda su vida su tiempo de viaje fuera de la ciudad de Mérida no suma cuatro meses”, eso sin contar con salidas a poblados y ciudades cercanas. Sabemos que más adelante, en 1926, viaja a la ciudad de Barquisimeto para *temperar debido a sus dolencias en las articulaciones, y allí permanece casi un mes*. En Caracas se hospeda en casa de su hermano Antonio y se dedica a conocer la ciudad, así como a cumplir con algunos compromisos sociales y literarios. Se pone en contacto con R. A. García, propietario de una prestigiosa editorial, y adelanta los preparativos para la segunda edición de su novela *La hija del cacique o La conquista de valencia*, la cual sale a la calle al año siguiente. Al parecer, sus planes eran quedarse varias semanas en la capital, atendiendo invita-

ciones, visitando embajadas, museos y sitios históricos, pero la infausta noticia de la muerte intempestiva de una de sus hermanas lo obliga a retornar de inmediato a Mérida. No regresará nunca más a Caracas.

En 1913 es sorprendido con la noticia de que la Sociedad Académica de Historia Universal, con sede en París, decidió por unanimidad otorgarle medalla de oro y anexarlo como Individuo de esa prestigiosa institución. Los aportes históricos de Don Tulio al conocimiento de las raíces de la *merideñidad*, así como la permanente divulgación de hechos relativos a la formación del ser venezolano, fueron motivos suficientes para que los académicos franceses le rindieran tan merecido reconocimiento. Es bueno acotar que algunos de sus estudios históricos, así como la parcialidad de su obra literaria, estaba siendo estudiada en otros contextos geográficos, y crecía el interés por verterla a otros idiomas. Lamentablemente, varios años después tuvo que renunciar a la dignidad de académico de esa institución por la imposibilidad de sufragar los aportes monetarios correspondientes. No obstante, las dificultades económicas de nuestro autor, el reconocimiento a su peso intelectual y a su obra, crecían exponencialmente.

A pesar de sus reticencias en participar en actividades políticas, en 1914 la denominada Asamblea de Plenipotenciarios de los distritos del estado Mérida lo eligen como vocal suplente del Procurador General del estado. Al año siguiente le llega otro reconocimiento del extranjero: es condecorado por la Academia Latina en Ciencias, Artes y Bellas Letras de París, por la vastedad y peso específico de su obra literaria.

En este rico período (1917) publica Don Tulio los cuentos *En broma y en serio*. Es relevante acotar que el biografiado fue un prolífico y extraordinario escritor de cuentos. Muchos de ellos fueron apareciendo como hojas sueltas de periódicos locales y del extranjero, pero a partir de 1902 los fue reuniendo y publicando bajo la forma de libros, hasta alcanzar en 1930 una densa colección en la cual incluyó tres series de ellos, es decir, los publicados en 1902, los publicados en 1917 con el título de *En broma y en serio*, y otros que incorporó en la segunda edición de la citada colección, muchos de los cuales eran inéditos.

En su “Prólogo a la 1ra. Edición” (“Partida de Nacimiento”) del citado libro, el autor expresa:

Viene al mundo este librito desnudo de galas y méritos, y por ello lo presentamos al Público para que lo apadrine y lo ampare en su corta o larga vida contra los tajos de la crítica, por ser cristiana obligación de los padrinos hacer en ocasiones las veces de padre con respecto al ahijado, por más que éste haya nacido privado de gracias y atractivos...

...La mayor parte de estos cuentos han merecido una especie de tácita aprobación, a juzgar por la acogida que les han dado periódicos de dentro y fuera del país. No parecerá, pues, presunción del autor el creer que, ya coleccionados en un volumen, puedan captarse por lo menos la benevolencia y atención de los lectores no muy exigentes.

*Tal es la partida de nacimiento del presente librito, que hemos bautizado con el nombre de **En broma y en serio**, porque en realidad tanto tiene de lo uno como de lo otro, y que aparece en humilde forma, porque no ofrece tampoco en su lenguaje ricos atavíos, sino claridad y sencillez en los relatos, y muy recta intención respecto a no ofender en lo más mínimo la moral ni las buenas costumbres (TFC, OC).*

La obra cuentística de nuestro autor ha sido objeto de especial atención por parte de la academia y de la crítica especializada. Personalidades como Domingo Miliani, Efraín Subero, Alberto Blasi y Carmen Bravo Villasante se dieron a la compleja tarea de analizar desde diversos ángulos cada uno de los textos: sus tendencias literarias, su estructura, su pertinencia en el ámbito de la literatura infantil, su carga axiológica y su permanencia en el tiempo. No obstante, cabe destacar que es precisamente en el cuento donde nuestro autor deja mayor huella de su personalidad y capacidad creadora. Si bien algunos de los relatos ya no podrían calzar hoy en los gustos estéticos del lector contemporáneo, quedan como fieles testigos de una infatigable tarea que nace y se enriquece en nuestro autor desde muy joven. Es precisamente en sus cuentos donde hallamos la mayor carga afectiva, emocional y pasional de Don Tulio, ya que logra hurgar con pericia y talento en lo más profundo del sentir de su pueblo. Si bien la estructura de muchos de sus cuentos está soportada sobre bases sencillas y diáfanas, su

poder de contar, su lenguaje, su fin último, son insoslayables en la comprensión del autor y su obra. Para Don Tulio cualquier observación, por más nimia que pareciera, era motivo suficiente para encender esa llama que lo impulsaba a tomar el lápiz y el papel, y plasmar una obra. Resulta novedoso que el autor dedique parte de su obra cuentística a los niños, y es por ello que muchas de sus historias y anécdotas logran tocar la fibra más sensible del lector adulto, por la vía de la infancia perdida.

Otro elemento que llama poderosamente la atención en el cuento de Don Tulio es la carga moral que subyace bajo la figura de simple moraleja. Es decir, nos encontramos otra vez con una intencionalidad formadora y pedagógica que ya habíamos atisbado y analizado en su *Quijote en América*. Por otra parte, toma el autor elementos del habla popular, de la tradición oral, y los inserta en sus cuentos en una suerte de mural que enseguece la visión por la diversidad de tonalidades, pero que no nos desvía *ex profeso* de sus intenciones: entretener, divertir y propugnar valores. En sus cuentos es el biografiado el hombre de los mil detalles, de las agudas y lúcidas observaciones, de la picardía a flor de piel, del fino humor que termina en una franca y espléndida sonrisa ante lo simple –y a veces absurdo– de la cotidianidad y de sus actores.

Encontramos en la colección de cuentos publicada en 1930 (donde reúne el mismo autor toda su producción), relatos de diversa naturaleza y tamaño. El fin de todos ellos es el esparcimiento, el disfrute ante la historia contada. El autor no busca con ellos el regodeo en el lenguaje, o el lucirse ante la ingeniosa salida u ocurrencia estilística. No. En esto es claro y honesto Don Tulio: “Siendo los gustos muy diversos en materia de cuento a muchos les parecerán pasados de moda lo que hoy nuevamente ofrecemos, entre otros motivos, porque casi todos tienen moraleja, cosa poco usada ya en este tipo de escritos” (TFC, 1994). Es decir, el autor está conteste ante las posibles debilidades de sus relatos; empero, como ya es su costumbre, asume frente a su obra una actitud humilde, de absoluta franqueza, casi rayana en el deméri-

to a su propia obra literaria. El escritor asume ante su obra una postura crítica, férrea, sin ambages; no cae, como él mismo lo expresa, en la autocomplacencia, en el regodeo endogámico propio de quienes se creen dueños de la palabra, y de los lectores. Para nuestro autor el relato breve es diversión, es “honesto pasatiempo”. Es por ello que en su afán didáctico se adelanta a la crítica y le roba banderas al expresar: “por más que vengan y sobrevengan observaciones y reparos sobre la forma literaria, que es por extremo sencilla y falta de lustre”.

Ahora bien, si a las circunstancias nos atenemos, a pesar de la crudeza con la cual el autor se refiere a sus relatos, la realidad contradice su propia argumentación. Algunos de ellos obtuvieron reconocimientos y premios. Otros fueron enviados a diversos certámenes dentro y fuera de Venezuela, o publicados en distintos órganos periodísticos o literarios. El mismo Don Tulio refiere que el relato, *Un cántaro ilustre*, el cual fue escrito para el certamen literario promovido en la ciudad de Coro por la interesante revista *Miniaturas...* obtuvo el premio, según lo anunció *El Cojo Ilustrado* de Caracas. El cuento premiado data de 1896, y entró a formar parte del primer libro de cuentos que Don Tulio prepara y compila en 1902. Nos encontramos, pues, ante una colección de *Cuentos* que reúne piezas escritas entre 1886 y 1925 (y que sale bajo la forma de libro en 1930); es decir, 39 años de una labor cuentística que ha quedado como referencia ineludible de una época y de un acucioso y sensible escritor. Por lo demás, intentar una aproximación a la obra de Don Tulio y no considerar su vasta producción de relatos breves es sesgar de manera artificiosa su prolija actuación en este campo de las bellas letras.

Volviendo a la cronología de los hechos, el 1 de junio de 1917 muere en Mérida su hermana Josefa María; de nuevo el luto se instala en el seno de la golpeada familia. En 1918 Don Tulio es nombrado primer número en la terna para optar al cargo de Procurador General del Estado, para el período 1918-1921. Por el desenlace de los hechos suponemos que no alcanzó tal designación. Sin embargo, es bueno acotar que las mismas circunstancias sociales e intelectuales del biografiado

lo “empujan” permanentemente a ocupar cargos políticos dentro de su ciudad. Y sabemos cuál ha sido su reticencia al respecto. Paralelamente a ello incursiona en distintas actividades, que por su amplio espectro, le abren al autor múltiples facetas en su ya compleja y dinámica vida intelectual. Es así como durante el período que abarca desde 1918 hasta 1922, ejerce el cargo de Fiscal de Instrucción Pública del Estado Mérida, se hace miembro activo de la Sociedad Venezolana de Estudios Libres, es nombrado miembro honorario del Centro de Estudiantes de Mérida, es redactor durante sus dos años de existencia (junto a su hijo menor, José Rafael) del periódico *Mosaico*. Durante el mismo lapso publica textos menores: *Breve reseña de las misiones de Mérida, hechas por los R.R. padres jesuitas Ramón Díaz y Jesús Rivera* (1918), bajo el seudónimo de *El antiguo cronista de El Lápiz*; *Mi oferta: en el centenario del Dr. Caracciolo Parra* (1919), lo hace con su amigo Diego Carbonell; *Cuestión víveres: avance formidable del café. Los frutos tropicales en derrota* (1920); *Décadas de la historia de Mérida* (1920); *Historia de los Andes: procedencia y lengua de los aborígenes: vocabulario de dialecto indígena de los Mucuchíes y Mucubaches* (1921). *Elogio de la imprenta* (1922). Cierra tan provechoso periplo con la noticia de haber sido seleccionado para recibir la medalla del busto del Libertador.

Como se puede observar, Don Tulio vivió estos años intensamente. Su actividad literaria y de investigación histórica alcanzó ribetes de locura. No hubo un solo año, desde 1912 hasta 1922, en que su nombre no fuera postulado para ejercer algún cargo público o para recibir algún reconocimiento nacional o internacional. Es precisamente durante este fructífero período vital cuando la obra de Don Tulio alcanza el pleno reconocimiento dentro y fuera de las fronteras patrias. Por otra parte, de manera callada y silenciosa viene trabajando en una gran obra, en un libro que implica la suma de todos sus esfuerzos investigativos en torno al tema que más le apasiona: Mérida. Es una especie de pequeña enciclopedia en la que vierte con destreza e inteligencia centenares de entradas en torno a disímiles aspectos de la ciudad

y la región. Sin embargo, había mucho camino por andar. Le esperan todavía más reconocimientos y emociones. Su obra irá creciendo y, con ella, su impacto y sus satisfacciones literarias.

Empero, la vida le tenía guardada una de las más infaustas sorpresas, que termina por derrumbar sus ya menguadas fuerzas físicas y morales. Muy pronto su hogar será nuevamente presa de la tragedia y del dolor. Su mujer, su muy amada Teresa, la compañera de sus alegrías y de sus grandes triunfos, muere de manera inesperada. Comienza entonces para nuestro autor la cuenta regresiva que de manera determinante y persistente lo empujará por un tobogán, por un camino sin retorno.

¡Me amabas **tanto!**

Todo era alegría y festejo en la ciudad de Mérida. Los habitantes daban rienda suelta a sus expresiones corporales, al compás de típicas agrupaciones musicales. El Carnaval era en la pequeña ciudad motivo de regocijo y de alborozo, donde se rompía esa tristeza, a la cual alude Don Tulio en uno de sus escritos. “Mérida es triste: el aspecto general de la ciudad, erizada de campanarios y revestida de céspedes, el grave y perenne soliloquio de sus cuatro ríos, el silbo del viento, ...la música de los templos, todo contribuye a darle a Mérida, ...ese tinte romántico que tanto cautiva...” (TFC, 2005). En casa de los Febres Cordero Carnavali toda estaba en paz durante aquel Carnaval de 1923. Nada hacía presagiar el estallido de dolor que en instantes estaba por sobrevenir. Nos imaginamos a Teresa, su esposa, reposando luego de los trajines mañaneros. Nuestro autor a lo mejor se aprestaba a revisar alguna obra en proceso, o a leer algún clásico universal, como era su costumbre. De pronto, hace su aparición el sonido desconcertante de la tragedia. Sin mediar enfermedad alguna, sin arrastrar deficiencia que pudiera orientar el curso de posibles y nefastos acontecimientos, Teresa es presa de manera repentina de un grave trastorno, que lógicamente pone en guardia al esposo, y al resto de la familia.

Corría el año de 1878. Clara y serena era la noche... Reflejos vagos y fantásticos producía la luna bajo los rosales florecidos en el patio de antigua casa que yo frecuentaba desde niño. Era un gran claustro semi-conventual y semiarábigo. Había en él algo del místico ambiente de un monasterio.

Lleno de hermosos ideales y palpitante el corazón, penetré aquella noche en el poético recinto. Casi temblando me detuve frente a una reja. Allí, en la sugestiva penumbra, estabas tú, muy jovencita, espiritual y hermosa. Era la noche escogida para cruzarnos los anillos de esponsales, los dos solitos, poniendo a Dios como testigo de la firmeza y santidad de nuestros votos (TFC, OC).

Espléndida descripción del ambiente en el que floreció el amor entre Tulio y Teresa. Típica semblanza de tiempos románticos y divinos. Dos jovencitos se hallan en medio de la penumbra de un portal, y al cruzar sus anillos se juran un amor que deciden llevar hasta el final de sus días. Él, con 18 años; ella, apenas una adolescente. A partir de entonces se inicia un noviazgo que dura 5 años, hasta que el 7 de noviembre de 1883 contraen matrimonio. Ya hemos contado que de la unión nacen 6 hijos, pero lo que no se ha dicho es que a partir de su unión, Teresa se erige en el principal apoyo emocional del escritor. No hubo un solo texto o un solo libro que no contara con la aquiescencia de la esposa. Fue ella el hombro sobre el cual recostó Don Tulio los sinsabores de su prolija carrera y el dolor ante la muerte de varios de sus hijos; pero también fue ella con quien compartió extraordinarios y felices momentos de gloria. Nuestro autor soportó su carrera en la solidez y la templanza de las múltiples virtudes morales y humanas de su mujer:

Han pasado muchos años. Todo ha cambiado por obra del tiempo, menos la llama viva de nuestro mutuo afecto.

Era una tarde de febrero, tarde luminosa, de alegres músicas, abundantes flores y exquisitos perfumes, tarde de extraordinaria animación, en que cruzaban las calles carrozas de gala y artísticos disfraces. Era tarde de loca alegría carnavalesca.

A esa hora tu reposabas en la quietud del hogar y recogida por un malestar al parecer transitorio. Pero de súbito te agitas, dominada por extraña inquietud. Clamas al cielo,

aturdida por repentino dolor; te comprimes las sienes con desgarrador angustia, enmudece tu lengua, cierras los ojos y te desplomas en mis brazos como herida por un rayo. En vano te llamo y te grito. Habías perdido el conocimiento por completo (TFC, OC).

No es difícil imaginar la turbulencia de aquel hogar ante la repentina enfermedad de la madre. Se aúna, como se ha de suponer, las dificultades y la confusión propias de un día de fiesta. Llaman de inmediato al médico y lucha con angustia por salvarle la vida. Se hace presente también un sacerdote, quien en silencio aguarda el momento propicio para administrar la *Extrema Unción*. Van llegando al hogar familiares y amigos, y en torno al lecho de Teresa se agolpan los hijos y el esposo; y a pesar del miedo ante la inminencia de un fatal desenlace, el silencio y la expectación reinan en el recinto. El conternado esposo sólo escucha el leve silbido que emana de la pedregosa respiración de Teresa. A ratos ella se agita, se mueve desorientada en el lecho, y vuelve a caer en el sopor que antecede a la muerte. Es entonces cuando el sacerdote, con un rostro demudado por la tristeza, levanta su mano derecha dibujando una cruz en el aire, y con una voz firme y potente exclama: *Requiescant in pace*. Los presentes se santiguan y Don Tulio y sus hijos caen de rodillas frente al cuerpo de Teresa, ahogados en llanto:

Era tan fuerte el lazo que nos unía desde la niñez dichosa, que la muerte no ha sido bastante para desatarlo. Aún te siento en mí mismo; estrechamente abrazada a mi espíritu, apurando conmigo, en la misma copa, la gran amargura de la orfandad en que quedan nuestros hijos.

¡Me amabas tanto! (TFC, OC).

Los días pasan y la herida sigue abierta y sangrante. Lentamente el hogar va retomando un ritmo que luce artificioso y lúgubre, ya que Teresa era el eje alrededor del cual giraba la vida en casa. A partir de ese momento la familia se estrecha en torno al padre, y será éste quien en lo sucesivo ordene las piezas de una cotidianidad que se ha hecho peda-

zos. Los hijos van creciendo y nuestro autor retoma su obra. Ese mismo año publica un folleto intitulado *Archivo de historia y variedades: el alma de Gregorio de la Rivera*. Al año siguiente publica *Memorias de un muchacho: vida provinciana*. De inmediato el libro alcanza a focalizar la atención por parte de los lectores y de la crítica. La novela en cuestión relata los primeros años de la vida de un personaje, que es al mismo tiempo el Tulio volantón, entusiasta, observador y amante de las tradiciones de su pequeña ciudad. El lenguaje utilizado por el escritor es de añoranza y de apego a una ciudad lejana en el recuerdo, que fue dejando la piel con el correr del tiempo, y hoy ya no reconoce. Si la aritmética no nos falla, para el tiempo de su redacción y edición contaba nuestro biografiado con 64 años; tiempo suficiente para que comience en el ser humano la nostalgia ante lo inminente: el inexorable paso del tiempo.

La finitud del cuerpo físico es insoslayable. De esa numerosa familia cuyo seno albergara a Don Tulio hasta la edad adulta quedan ya pocos miembros. El 28 de junio de 1925, a las 10 y treinta minutos de la mañana, muere intempestivamente la Madre Georgina en el seno de su gran obra: la Congregación. En el momento de su fallecimiento se encontraban en su aposento la Hermana Tadea y sus hermanos carnales. La noticia causó gran revuelo en la ciudad, no por ser la hermana del ilustre hombre de letras, sino porque su nombre ya había sido asentado en los anales de la institución eclesiástica merideña y nacional, como una de sus benefactoras y promotoras. Amén de haber alcanzado en vida el prodigio de una santidad del que todos hablaban y se admiraban. Eso no quiere decir que su vida había sido fácil; todo lo contrario: tuvo que sortear miles de dificultades, sufrir la mezquindad de sus coetáneos, y ser golpeada por la infamia de la maledicencia. Sin embargo, su paciencia y su amor fueron superiores, y al final del camino demostró con sus obras y con su ejemplo, cuán equivocado estaba el mundo: “No hubo tiempo de llamar a las Hermanas, que la visitaban cada día; tristemente no tuvimos el consuelo de recibir su bendición. Murió como auténtica Religiosa, cooperando en los planes divinos. Don Tulio Febres Cordero pidió permiso a la Congregación y

al Sr. Arzobispo de trasladar el cadáver a su casa, para velarlo allí y le fue concedido” (Rojo, 1985).

El período comprendido entre 1926 y 1936 resulta muy productivo para Don Tulio. Tales fueron las invitaciones a participar en eventos internacionales, así como los reconocimientos recibidos, que a veces se hace difícil llevar el ritmo de tantas actividades. Siguiendo un poco la cronología publicada con sus *Obras Completas*, dirigidas por su hijo José Rafael, podemos dar orden y concierto a una tarea que resulta por momentos vertiginosa. Recibe *Pluma de oro* en el certamen literario de Barquisimeto (1926); es elegido senador suplente al Congreso Nacional por el estado Mérida (período constitucional 1927-1930). Es importante que acotemos que no pudo posesionarse como Senador titular, cuando ocurre el fallecimiento del principal, doctor Francisco Vicente Gutiérrez, por razones de salud. La exposición Íbero Americana de Sevilla le otorga medalla de oro a su imprenta “El Lápiz” y recibe el Gran Premio por sus reproducciones foliográficas (1929).

En 1930 es nombrado miembro principal de la Junta encargada de organizar los actos del centenario de la muerte del Libertador. Ese mismo año su libro *Archivo de Historia y Variedades* es publicado por la Editorial Sur América de Parra León Hermanos, de la ciudad de Caracas. Es relevante acotar acá que ese volumen está constituido por un conjunto de piezas ensayísticas escritas y publicadas en distintos tiempos vitales del autor, pero las une el común denominador de la historia. Varias décadas después, su coetáneo, Mariano Picón Salas, publica una colección de los mismos textos en la *Biblioteca Popular Venezolana* del Ministerio de Educación. En 1931, y con motivo del centenario del nacimiento de su padre, publica un texto intitulado *Homenaje a la memoria del doctor Foción Febres Cordero*. Dos años después nuestro autor es nombrado segundo senador suplente por el estado Táchira (período 1933 a 1935) y ejerce con presteza el cargo de Fiscal de Instrucción Pública del estado Mérida.

Como hecho relevante, también comentado por su hijo José Rafael, este mismo año Don Tulio se da a la fatigosa tarea de avanzar en la

escritura de su *Clave histórica de Mérida*, detenida parcialmente por diversas circunstancias. Problemas graves de salud le hacen un tanto cuesta arriba la tarea, pero continúa. La edición del citado libro la hace nuestro autor en la modesta tipografía "El Lápiz", y sólo dos meses antes de fallecer da por concluida la tarea, aunque el "Apéndice" es terminado por su hijo en 1941. Como podemos ver, el maremagno de acontecimientos se nos viene encima de manera ineludible. Por desgracia, el fin del largo transitar de Don Tulio se aproxima. No sabemos si por mera casualidad, o por la evidencia del creciente deterioro de su salud, durante este período le llueven los reconocimientos desde diferentes partes, y su nombre es reverenciado en distintos contextos geográficos. El 1 de febrero del año 1935 la prensa nacional le rinde un afectuoso homenaje en ocasión del Día del Periodista. Ese mismo año recibe el nombramiento como *Cronista de la Ciudad de Mérida*, función que había venido desempeñando durante casi toda su existencia, no obstante, recibe tal distinción con satisfacción y alegría, por su alta significación moral y emotiva. Pero no terminan las buenas noticias. Este mismo año es designado Miembro de la Academia Venezolana de la Lengua, correspondiente a la española. Sale también una nueva edición de su novela *La hija del cacique o La conquista de Valencia*, esta vez en la ciudad de Carora. En 1936 el gobierno del general Eleazar López Contreras lo nombra Rector honorario de su *Alma Mater*, y cierra este ciclo de buenas nuevas con su designación como miembro correspondiente del Centro de Historia del Norte de Santander, acaecida en 1938, poco tiempo antes de fallecer.

Sin duda, a nuestro biografiado le quedaron tareas por acometer. Al fallecer Don Tulio aquel 3 de junio de 1938 se trunca un proceso creador sin parangón en la historia de las letras merideñas y nacionales. Tal vez 78 años es una vida longeva, muy longeva, pero al mismo tiempo muy breve, sobre todo cuando sopesamos el inmenso caudal de posibilidades estéticas por desarrollar y por entregar a su amada ciudad. Mérida le debe mucho a Don Tulio; tanto así, que su devenir intelectual no sería el mismo que hoy ostenta sin la intensa y febril activi-

dad desplegada por uno de sus más ilustres hijos. Don Tulio no fue simplemente un escritor, un historiador o un intelectual. Su titánica empresa cultural sólo es equiparable a la hazaña de un hacedor de naciones. Sí, nuestro autor fundó de nuevo a Mérida, erigió su provincia sobre la base de una obra universal, cuyo derrotero final se yergue en una nueva y extraordinaria carta de identidad para su tierra y para el país. La historia de esta consentida comarca andina tiene sin duda un antes y un después. Tulio Febres Cordero es el nombre clave.

Post scriptum

Dos meses apenas separan a Don Tulio y a su libro *Clave histórica de Mérida*. Sus relamidas fuerzas espirituales no doblegaron un solo instante para llevar a la imprenta (su tipografía “El Lápiz”) esta obra fundamental, pero fueron tantos los tropiezos y las debilidades del cuerpo que dio por concluida la tarea faltándole completar el “Apéndice”; y de allí en adelante su salud se deterioró de manera inexorable hasta conducirlo a la muerte. Sabemos, por su hijo José Rafael, que el *corpus* de la obra le requirió a su autor más de una década de trabajo. Como bien lo expresáramos en capítulos anteriores, fueron las *Memoorias* las que exaltaron en Don Tulio la emoción de embarcarse en una proyecto que no era fácil. Indagar en los archivos del Estado, en los de los periódicos locales y nacionales, en los de la Universidad de Los Andes y los de su propia biblioteca personal (que era gigantesca), le consumió cientos de horas que le pudieron significar –tal vez– unos cuantos años menos de vida.

Elucubrando un poco, podríamos argumentar que tan profunda dedicación por parte del autor a la obra fue quizá motivada (entre otras razones de orden intelectual) por el inmenso vacío dejado por su esposa al morir. Si bien recibió el cariño de los suyos por haber sido un

padre y un esposo afectuoso y ejemplar, ese calor conyugal tan próximo e íntimo nada lo pudo sustituir. Vivió Don Tulio sus últimos años entregado a la *Clave*, a su familia, y al recuerdo de su esposa Teresa.

Los males del cuerpo no fueron obstáculo para que Don Tulio cerrara su obra. A pesar de haber estado confinado a una silla de ruedas durante los últimos tres años de vida, por la artrosis degenerativa, que el frío y la edad exacerbaron de manera inclemente, su mente lúcida y brillante no tuvo descanso ni un sólo instante. Cuando se sentía muy mal pedía que lo llevaran al clima más cálido de la Parroquia, en las afueras de la ciudad, a casa de uno de sus hijos, donde permanecía durante varios días hasta que lograba una lábil recuperación. Pero la acción determinante de un cáncer gástrico fue destruyendo progresivamente las pocas fuerzas físicas con que contaba nuestro autor, hasta quedar finalmente recluso en cama para no levantarse más.

Adentrándonos un poco a la última obra de Don Tulio, podríamos argumentar que se trata de un espléndido manual con diversidad de materias y de intereses intelectuales. Nada de lo relacionado con Mérida quedó por fuera del libro. Es más, constituye una fotografía fidedigna de una época, de un tiempo histórico crucial en nuestra formación social, política y cultural. Desde la “Fundación y conquista” de Mérida, hasta los detalles más precisos acerca de la vida colonial y republicana de su entidad, fueron anotados con paciencia de labriego en el cuaderno que le sirvió de receptáculo hasta que adquirió forma y tesitura de libro. Se detuvo el autor en nombres de insignes hombres que constituyeron piedra angular en su erección como ciudad. No contento con ello, se paseó por pueblos y caseríos para no dejar por fuera su peso y su importancia. Tabay, Morro, Ejido, Acequias, Jají, San Juan, Tovar, Mucuchíes, Las Piedras, Santo Domingo y Timotes, recibieron por parte del biografiado especial atención en su clave.

Como buen cristiano, coloca su escrutadora lupa en la Iglesia católica, y se da a la fatigosa tarea de nombrar uno a uno a cada sacerdote, y su destino regional. No pasan inadvertidos nombres como los del Pbro. Ramón Ignacio Méndez, Pbro. Dr. Ignacio Fernández, Pbro. Dr. Buena-

ventura Arias, Pbro. Dr. Francisco Antonio Uzcátegui, y tantos otros que a lo largo del tiempo lograron inscribir sus actuaciones y sus obras en la historia merideña. No en balde, calles, plazas y avenidas de la ciudad de Mérida y de sus principales poblados les son epónimas. Por otra parte, no escapan a su libro los aspectos políticos, judiciales, las guerras civiles, geografía, mitología, expediciones a la Sierra Nevada, edificios públicos, monumentos, institutos benéficos y culturales, instrucción pública, concursos, centenarios, templos y capillas, congregaciones religiosas, sociedades católicas, y servicios públicos.

Como un hecho curioso en el periplo creador de Don Tulio, y que implicará hasta nuestros días una profunda huella en su obra y en su “inmortalidad”, podemos señalar la inclusión en este libro de *Las cinco águilas blancas* (que como recordamos, ya había sido publicada suelta el 10 de julio de 1895 a través del periódico *El Lápiz*, y que en lo sucesivo se erigirá en texto arquetípico de su copiosa producción literaria). Vale la pena hacer un paréntesis para acotar que, muy a pesar de ser el citado texto una referencia emblemática e ineludible en la vida de Don Tulio, hasta el límite de haber sido transcrito un fragmento de ella a manera de epitafio en la lápida de su sepultura, no es lo mejor que salió de su pluma. Sin ánimos de sobre-valorar su obra, para agregarle más luces a su ya brillante carrera, el conjunto, la totalidad de sus escritos conforman un todo de un peso singular y valioso para la comprensión del devenir social, literario y cultural venezolano, de los últimos 100 años.

Es así como extraer de ese “todo”, de ese vasto universo, un solo texto breve y erigirlo como representante o insignia de una portentosa obra es desnaturalizar su esencia e ignorar la excelsitud del bosque en aras de la frondosidad de uno de sus árboles. Por supuesto, nadie pone en duda que *Las cinco águilas blancas* es un exquisito texto, en cuya creación incorpora el autor todo ese amplio bagaje de lecturas, indagaciones históricas, y pesquisas en torno al aspecto mitológico y tradicional de la región, sustentados bajo una prosa poética de singular tesitura y belleza. Caribay, el genio de los bosques aromáticos, la hija

del ardiente Zuhé y la pálida Chía, habitante del Andes empinado, yace espléndida y exuberante recorriendo presurosa los empinados riscos de la Sierra Nevada, como alguna vez la soñara el joven autor, desde su casa de campo de La Hechicera, en la grata compañía de sus hijos y de su mujer; o más adelante: el ya anciano escritor con su nieta, de regreso de los caminos de la vida, desengañado, tejiendo historias, e hilvanando recuerdos de días más felices.

Casi al final de la obra el autor inserta un capítulo que titula “Pronuario Informativo”. En él acopia ingente información referente a disímiles aspectos: acueductos, alfombras, alumbrado eléctrico, anime, apicultura, arcos de frutos, aserradero mecánico, bibliotecas, bocadillo, buey, cacao, café, campanas, caña de azúcar, carreteras, cementerios, cerveza, cigarrillos, cinematógrafo, coches, correos, crías, cuevas, ferrocarril, fideos, fieras, fique, flores, foliografía, fonógrafo, fotografía, frailejón, haciendas y conucos, imagotipia, jabón, jamons, lagunas, langostas, lazareto, litografía, manufacturas rurales, máquinas de coser, máquina de escribir, meteorología, minas, mosaico, música, nevadas, páramos, pesebres, pianos, pilas, etc.

Es tal la cantidad de información que logra rescatar Don Tulio de la voracidad del paso del tiempo que hoy sería tarea titánica acometer algo similar. Por fortuna, contamos con la extraordinaria biblioteca y papeles, tanto de Don Tulio como de su hijo José Rafael, donados al estado por la familia de Don Tulio, y que hoy se conservan dignamente en la *Biblioteca Febres Cordero* de la Biblioteca Nacional, con sede en la ciudad de Mérida.

A partir de la muerte de nuestro autor, su hijo menor, José Rafael Febres Cordero, al cual hemos aludido frecuentemente, no dio descanso a su espíritu ni a su intelecto, hasta su muerte, por dar a conocer la producción de su padre, tanto los textos inéditos como las obras completas. Es así como en 1941 saca a luz pública: *Clave histórica de Mérida*. Desde aquellos años hasta nuestros días se han reeditado muchas de las obras de Don Tulio: *Mitos y tradiciones* (1952, Ministerio de Educación); *La hija del cacique o La Conquista de Valencia* (1954,

Tipografía El Vigilante); *El Perro Nevado* (1952, Imprenta Oficial de Mérida); *El alma de Gregorio de la Rivera* (1955, Tipografía Picón Graf); *La revolución de 1810 en la provincia de Barinas* (1958, Gobierno del estado Barinas); *Obras Completas, 6 Volúmenes* (1960, Ejecutivo del estado Mérida, 1991, Banco Hipotecario de Occidente, con el agregado de *Páginas Sueltas y Memorias de Tulio Febres Cordero*); *Páginas Sueltas* (1966, Universidad de Los Andes); *Cocina criolla o guía del ama de casa: para disponer la comida diaria con prontitud y acierto* (1968, Dirección de Turismo del estado Mérida, 1979, Corporación de Los Andes, 1988, Banco Hipotecario de Occidente, 1993, Imprenta de Mérida, 2006, Consejo de Publicaciones de la ULA); *Las cinco águilas blancas* (1968, Euroamérica Impresores); *Memorias de Tulio Febres Cordero, 1910* (1979, Instituto Autónomo Biblioteca Nacional, Sala Febres Cordero); *Memorias de un muchacho* (1993, Diario Frontera); *Cuentos* (1994, Fondo Editorial Solar); *Mitos y tradiciones* (1994, Monte Ávila Editores Latinoamericana). Finalmente, *Don Quijote en América, o sea la cuarta salida del ingenioso Hidalgo de La Mancha* (2005), *Don Quijote en América, recuento crítico de una novela centenaria* (2005), y *Clave Histórica de Mérida* (2005), las tres por el Vicerrectorado Académico de la Universidad de Los Andes.

Sería interminable enumerar la cantidad de sucesivas ediciones que de la obra de Don Tulio se han efectuado a lo largo del tiempo, y en disímiles contextos geográficos. Su pensamiento y su accionar literario continúan siendo objeto de atención por parte de la academia, dentro y fuera de nuestras fronteras. Sin embargo, a pesar de ello, la incompreensión frente a su propuesta, así como la persistencia del lugar común, siguen siendo estigmas sobre su figura y obra que sólo el futuro podrá dirimir.

Epílogo

La biografía se abandona, no así el interés por conocer a Don Tulio y su época. Vasta es su obra, como vasto es el horizonte, y nada – incluyendo este libro– agota el tema. Los caminos están abiertos: los libros y el prolijo actuar de nuestro autor se expanden en el devenir histórico de la ciudad y de la nación. Don Tulio no es una entelequia, mucho menos un mármol pétreo y frío. Don Tulio es conciencia viva, un permanente fluir cultural, social e intelectual. Las presentes generaciones de merideños y de venezolanos le debemos mucho a este hombre de quijotesco aspecto físico, pero de sólido y universal pensamiento creador.

Fuentes Primarias

- **Febres Cordero, Tulio.** *Archivo de Historia y Variedades. Obras Completas.* Tomos II y III. Segunda Edición. Caracas: Banco Hipotecario de Occidente, 1991.
- _____. *Páginas Íntimas. Obras Completas.* Tomo VII. Segunda Edición. Caracas: Banco Hipotecario de Occidente, 1991.
- _____. *Memorias de Tulio Febres Cordero. Obras Completas.* Tomo IX. Segunda Edición. Cronología, Prólogo y Notas de Beatriz Martínez de Cartay. Caracas: Banco Hipotecario de Occidente, 1991.
- _____. *Cocina Criolla o Guía del ama de casa para disponer la comida diaria con prontitud y acierto.* Sexta Edición. Mérida: Imprenta de Mérida C.A., 1993.
- _____. *Cuentos.* Mérida: Solar Clásicos Merideños. Dirección de Cultura del Estado Mérida. Consejo Nacional de la Cultura CONAC, 1994.
- _____. *Don Quijote en América, o sea la cuarta salida del ingenioso Hidalgo de La Mancha.* Mérida: Publicaciones del Vicerrectorado Académico de la Universidad de Los Andes. Colección Clásicos del Pensamiento Andino. Banco de Venezuela - Grupo Santander. Biblioteca Nacional - Biblioteca Febres Cordero, 2005.
- _____. *Don Quijote en América. Recuento Crítico de una novela centenaria.* Compiladora Belis Araque. Mérida: Publicaciones del Vicerrectorado Académico de la Universidad de Los Andes. Banco de Venezuela - Grupo Santander. Biblioteca Nacional - Biblioteca Febres Cordero, 2005.
- _____. *Clave histórica de Mérida.* Mérida: Publicaciones del Vicerrectorado Académico de la Universidad de Los Andes. Colección Clásicos del Pensamiento Andino. Biblioteca Nacional - Biblioteca Febres Cordero. Alcaldía Bolivariana Municipio Libertador, 2005.

Fuentes Secundarias

- **Chalbaud Zepa, Carlos.** *Historia de Mérida.* Mérida: Consejo de Publicaciones de la Universidad de Los Andes. Segunda Edición, 1997.
- _____. *Compendio Histórico de la universidad de Los Andes de Mérida de Venezuela.* Mérida: Vicerrectorado Académico de la Universidad de Los Andes, 2000.

- **Fundación Polar.** *Diccionario de Historia de Venezuela.* Caracas: Autor. Tomos 1, 2, 3 y 4, 1997.
- **Markovich, Lucía.** *Don Quijote de la Mancha, Don Quijote de América y Don Tulio de Mérida: Tres hombres y un destino.* Mérida: Consejo de Publicaciones de la Universidad de Los Andes. Rectorado, 2005.
- **Picón Salas, Mariano.** *Viaje al amanecer.* Mérida: Solar Narrativa. Dirección de Cultura del Estado Mérida. Consejo Nacional de la Cultura CONAC, 1993.
- **Porras Cardozo, Baltasar.** *El ciclo vital de Fray Juan Ramos de Lora.* Mérida: Ediciones del Rectorado de la Universidad de Los Andes, 1992.
- **Rodríguez, Carlos César.** *Testimonios Merideños.* Mérida: Solar Clásicos Merideños. Vicerrectorado Académico de la Universidad de Los Andes. Dirección de Cultura del Estado Mérida, 1996.
- **Rojo, Josefa.** *Biografía y obra de la Madre Georgina Febres Cordero T. Fundadora de la Congregación de Hermanas Dominicas de "Sta. Rosa de Lima".* Mérida: Editorial Venezolana C.A., 1985.

Un gran des-conocido	11
La biografía que jamás se escribió	13
Cinco águilas blancas y un epitafio	19
La formación en el seno	27
de la campiña bucólica	27
El empeñoso artesano	37
Hijo amado de una ciudad y de un linaje	45
El ingenioso hidalgo merideño	53
Tulio Febres Cordero ante la crítica	63
En la intimidad de su tragedia personal	77
Memorias para los amigos de saber las cosas, o para el gran edificio de la historia	93
Los años dorados	105
¡Me amabas tanto!	115
Post scriptum	123
Epílogo	129
Bibliografía esencial	129

Biblioteca Biográfica Venezolana

Títulos publicados

Primera etapa / 2005-2006

1. Joaquín Crespo / Ramón J. Velásquez / Tomo I y Tomo II
2. José Gregorio Hernández / María Matilde Suárez
3. Aquiles Nazoa / Ildemaro Torres
4. Raúl Leoni / Rafael Arráiz Lucca
5. Isaías Medina Angarita / Antonio García Ponce
6. José Tomás Boves / Edgardo Mondolfi Gudat
7. El Cardenal Quintero / Miguel Ángel Burelli Rivas
8. Andrés Eloy Blanco / Alfonso Ramírez
9. Renny Ottolina / Carlos Alarico Gómez
10. Juan Pablo Rojas Paúl / Edgar C. Otálvora
11. Simón Rodríguez / Rafael Fernández Heres
12. Manuel Antonio Carreño / Mirla Alcibíades
13. Rómulo Betancourt / María Teresa Romero
14. Esteban Gil Borges / Elsa Cardozo
15. Rafael de Nogales Méndez / Mirela Quero de Trinca
16. Juan Pablo Pérez Alfonzo / Eduardo Mayobre
17. Teresa Carreño / Violeta Rojo
18. Eleazar López Contreras / Clemy Machado de Acedo
19. Antonio José de Sucre / Alberto Silva Aristeguieta
20. Ramón Ignacio Méndez / Manuel Donís Ríos
21. Leoncio Martínez / Juan Carlos Palenzuela
22. Ignacio Andrade / David Ruiz Chataing
23. Teresa de la Parra / María Fernanda Palacios
24. Cecilio Acosta / Rafael Cartay
25. Francisco de Miranda / Inés Quintero

Segunda etapa/ 2006-2007

26. José Tadeo Monagas / Carlos Alarico Gómez
27. Arturo Uslar Pietri / Rafael Arráiz Lucca

28. Daniel Florencio O' Leary / Edgardo Mondolfi Gudat
29. Morella Muñoz / Ildemaro Torres
30. Cipriano Castro / Antonio García Ponce
31. Juan Vicente González / Lucía Raynero
32. Carmen Clemente Travieso / Omar Pérez
33. Carlos Delgado Chalbaud / Ocarina Castillo D'Imperio
34. César Zumeta / Luis Ricardo Dávila
35. Carlos Soubllette / Magaly Burguera
36. Miguel Otero Silva / Argenis Martínez
37. Agustín Codazzi / Juan José Pérez Rancel
38. Pedro Manuel Arcaya / Pedro Manuel Arcaya Urrutia
39. Raimundo Andueza Palacio / Edgar C. Otálvora
40. Andrés Bello / Pedro Cunill Grau
41. Rómulo Gallegos / Simón Alberto Consalvi
42. Eugenio Mendoza / Carlos Alarico Gómez
43. José Gregorio Monagas / Agustín Moreno Molina
44. José Rafael Revenga / Carlos Hernández Delfino
45. Gustavo Machado / Manuel Felipe Sierra
46. Rafael Arias Blanco / Manuel Donís Ríos
47. José María Vargas / Carolina Guerrero
48. Mario Briceño-Iragorry / Laura Febres
49. José Antonio Ramos Sucre / Alba Rosa Hernández Bossio
50. Laureano Vallenilla Lanz / Elsa Cardozo

Tercera etapa / 2007-2008

51. Francisco De Venanzi / Sonia Hecker
52. Antonio Leocadio Guzmán / Rogelio Altez
53. Antonio Guzmán Blanco / María Elena González Deluca
54. Isacc J. Pardo / María Ramírez Ribes
55. Julián Castro / Tomás Straka
56. Carlos Eduardo Frías / Edgardo Mondolfi Gudat
57. Arturo Michelena / Javier Duplá
58. Diógenes Escalante / Maye Primera Garcés

59. Juan Vicente Gómez / Simón Alberto Consalvi
60. Tulio Febres Cordero / Ricardo Gil Otaiza
61. Lucila Palacios / Carmen Mannarino
62. José Cortés de Madariaga / Antonio Sánchez García
63. José Antonio Páez / Ramón Hernandez

Este volumen de la Biblioteca Biográfica Venezolana se terminó de imprimir el mes de julio de 2007, en los talleres de Editorial Arte, Caracas, Venezuela. En su diseño se utilizaron caracteres light, negra, cursiva y condensada de la familia tipográfica Swift y Frutiger, tamaños 8.5, 10.5, 11 y 12 puntos. En su impresión se usó papel Ensocreamy 55 grs.

La biografía es un género que concita siempre una gran atracción entre los lectores, pero no menos cierto es el hecho de que muchos venezolanos notables, más allá de su relevancia, carecen hasta ahora de biografías formales o han sido tratados en obras que, por lo general, resultan de difícil acceso.

Todo lo que contribuya a reducir la desmemoria de los venezolanos se me antoja como tarea principal de los tiempos que corren. Si nos cuesta relacionarnos con el pasado porque lo desconocemos, lo malinterpretamos o lo explotamos a nuestro antojo, una manera de volverlo diáfano y plural es recorriendo las vidas de quienes lo han forjado. Allí yace un múltiple espejo donde nuestro rostro se refleja en mil pedazos, tan variados como compleja y fascinante ha sido nuestra hechura de país.

Antonio López Ortega

Para entender nuestra historia, hay que conocer a sus protagonistas. Son ellos los que dieron forma a nuestra identidad actual. De ahí el estimable valor de poder leer sus biografías.

Isaac Chocrón

Antes que tratar de adivinarlo mediante ilusorios horóscopos, el verdadero futuro hay que aprender a leerlo en las obras y logros del pasado. Nada mejor, por tanto, que una colección de biografías de venezolanos distinguidos, de vidas esenciales de nuestra historia, para entrever el porvenir del país que nos espera.

Eugenio Montejo

Tulio Febres Cordero

Biblioteca
Biográfica
Venezolana

Ricardo Gil Otaiza

Esta biografía de Tulio Febres Cordero escrita por Ricardo Gil Otaiza es el redescubrimiento de un intelectual que, sin desdeñar el mundo exterior, se aferró a su tierra natal y le dedicó todos sus desvelos de escritor. Don Tulio repartió su vida de por mitad en los siglos XIX y XX, pues nació en Mérida en 1860 y murió allá en 1938. Conoció los años de aislamiento absoluto de los Andes y también los años en que su ciudad pudo comunicarse con el resto del país, del caballo al automóvil.

Aun cuando en Mérida se le consideró Patriarca de las letras, la fama del escritor no trascendió de sus montañas: él mismo se obstinó en mirar hacia adentro, arraigar en su tierra y contar su historia, sus anales, leyendas, fábulas y mitos. Aun cuando de origen de discreta alcurnia, como lo relata con sutileza Gil Otaiza, don Tulio amaba el trabajo en todas sus formas. Fue zapatero y relojero, quizás por afanes de curiosidad, pero fundamentalmente impresor y tipógrafo, y con la tipografía solía darle riendas a la imaginación.

Autor de obra vasta y variada, en los albores del siglo XX escribió *Don Quijote en América o sea la cuarta salida del ingenioso Hidalgo de La Mancha*, en cuyas páginas exhibió cultura y gracia. "El escritor merideño por ese prodigio... luce hoy como un autor adelantado a su época, anota Gil Otaiza, para quien la intertextualidad no era problema a la hora de buscar una solución creíble y verosímil a su propia desmesura". Ante los positivistas que dominan la escena, "Don Tulio se levanta con su obra para denunciar el empeño del denominado e idolatrado progreso en pretender revertir el orden natural de las cosas". Esta es la primera biografía que se escribe sobre un personaje fundamental de nuestra cultura.

Simón Alberto Consalvi



J-00012242-3

EL NACIONAL

J-00002949-0

BANCARIBE 